

ALEXIA MARS

¿Y si fuese
tú?



¿Y si fuese tú?

Alexia Mars



Título original: ¿Y si fuese tú?

©AlexiaMars, 2021.

Imagen de portada e interior: Ana Pérez.

Imagen de contraportada e interior: Roberto Fernández.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares de *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

A mi Garban, porque me ha acompañado en esta historia y, juntos, hemos llegado al final. Que nada, ni nadie, pare tus sueños por imposibles que parezcan.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo 1



La subida

Muevo la cabeza al son de la música, cojo una lata de pepinillos en conserva y me la acerco a los labios a modo de micrófono, abro la boca y me marco un *playback*. El *rock* invade cada poro de mi piel y el de mis compañeros. Todos bailamos junto a Bon Jovi y su *Livin' On A Prayer*. Me vengo arriba en este punto. Tiro la diadema, pego un salto, lanzo un grito desgarrador que arranca una risa en Sugar y me despeino como una loca. Sugar se pone en pie y meneas su cuerpo como si le hubiese dado un telele y siempre mirando de reojo a la puerta, por si el Basilisco aparece. Llega el estribillo y doy vueltas y saltos.

En este momento soy libre, todos lo somos. Sugar se sube a la silla, abre los brazos y emite varios graznidos descompasados mientras Antonio, el encargado del armamento, coge un rifle descargado y lo convierte en una guitarra. Se pone de rodillas y toca mientras todos lo coreamos.

Este es el mejor momento del día.

La primera canción y la última. La tienda se abre a las diez, pero nosotros llegamos a las ocho para prepararlo todo. Trabajamos en Survivor, un pequeño local dedicado a la supervivencia. Y nuestro jefe, Herman, un alemán afincado en Valencia por amor, no es muy dado a la cháchara. Bueno, ni a la música, ni a las risas, ni a casi nada, en realidad. Nadie habla con nadie durante las horas que pasamos aquí.

De hecho, José María —o Sugar, como le gusta que le llamemos porque dice que es muy dulce—, el genio de la informática, está en la cuerda floja porque ha recibido varias broncas por distraerse.

A mí, la única mujer empleada, se me somete a un examen todos los viernes y he de demostrar que voy avanzando en esta especialidad —armamento y supervivencia— sacando un ocho o más. Cuando hablo de examen es examen, eh. Con una mesa, un folio y la cara agria de Herman mirándome fijamente hasta que termino el cuestionario. ¿Qué por qué aguanto esto? Bueno, pues porque a pesar de lo malo, me encanta mi trabajo.

Soy estilista de latas de conserva y, aunque suene algo ridículo, se me da muy bien. Dejo unos pasillos tan apetecibles, que todos los clientes que entran comprando cosas como pedernales, trampillas o cañas de pescar acaban llevándose una buena provisión de alimentos. Y, por otra parte, tampoco es que haya muchas ofertas de esta profesión para elegir, me aventuraría a decir que pocas o ninguna. Ni siquiera yo conocía el puesto hasta que cinco años atrás vi que lo ofrecían y me apunté. Siempre se me ha dado bien decorar, así que pasé la prueba y aquí sigo. La otra razón es la hipoteca. Y, ahora, con una bebé de nueve meses, como que no es momento de lanzarse a la piscina. Cuando no decoro los estantes, me dedico a las redes sociales de la tienda y llevo la web junto a Manel, un *community manager* en prácticas.

Estaría realmente bien si no fuese por Octavia Rayuela y Pérez, la mujer del jefe. El y del apellido se lo pone ella porque le da notoriedad, según dice. Lo cierto es que Octavia Rayuela es tan complicada como el libro de Cortázar. La apodamos el Basilisco porque destila tanto veneno

como el ser mitológico.

Esta es la única hora en la que podemos relacionarnos, así que aprovechamos, aunque siempre hay uno que monta guardia. Hoy es lunes, por lo que Herman vendrá acompañado de su mujer, quien siempre nos da una nada grata visita al inicio de semana.

Mi *walkie talkie* amarillo, colocado en la cintura, se enciende y la voz de Roberto sale en forma de grito:

—Todos a sus puestos, repito, todos a sus puestos. ¡Llega el Basilisco!

Corremos hacia nuestros lugares de trabajo, apagamos la música y eliminamos cualquier vestigio de vida. Segundos después oímos un motor, se apaga y, a continuación, unos tacones. La puerta se abre y un hombre de unos cincuenta, delgado y vestido de forma deportiva aparece junto a su trajeada mujer.

Ella, como siempre, toma la palabra:

—Buenos días, señores. —Se atusa el moño castaño y se quita las gafas de sol. A mí me ignora.

—Buenos días, Octavia. Herman. —Al saludo de Antonio le sigue el del resto de empleados, incluido el mío. Pasa por mi lado y me sonrío. Su extravagante perfume me mareo; esta mujer parece que se bañe en él.

—Querida, ¿cómo estás? —Se acerca y revisa mi trabajo con ojo crítico. Asiente satisfecha.

—Bien. Como siempre. —Como sé que realmente no le interesa, no me exployo.

—¿Seguro? No tienes buena cara.

—Ángela no duerme mucho, todavía es muy pequeña. Nos despierta cada hora y aunque nos turnamos...

—Lo digo para que te maquilles un poquito más —me corta—. Recuerda que estamos cara al público. Hay que dar buena imagen, Belén. Creo que mi corrector te iría de fábula, disimula muy bien las ojeras. Es de L'Oréal, luego te enseño una foto y así te lo compras.

«Pues a ver si te lo aplicas, guapa», replico en mi mente mientras le sonrío tirante.

Asiento.

Llama a Herman y este le da alcance. Le susurra algo en el oído y ambos me miran de forma penetrante; tanto, que mi estómago se contrae.

—Queremos hablar contigo, Belén. ¿Puedes seguirnos al despacho, por favor? —La petición de Herman me pone los pelos de punta. Quiero gritar, llorar. ¿Van a despedirme? No, por favor.

Le digo que sí con un hilito de voz y arrastro mis pies hacia el fondo del local. Entramos y Octavia cierra la puerta.

—Toma asiento, Belén —me pide mi jefa mientras se quita la americana. Herman se sienta en el borde de su mesa y me encara. Espera a que Octavia tome posición a su lado y fijan los ojos en mí. Dejan pasar un angustioso silencio.

Trago saliva.

—Belén, llevas cinco años aquí.

—Sí... —musito casi sin voz. Tengo la garganta seca.

—Y queríamos hablar contigo de algo sumamente importante.

—Vale —respondo sin saber qué más decir. ¡Me van a despedir, joder!

—Hemos sopesado tu petición del mes pasado y hemos decidido aceptar —declara Herman con ojos chispeantes.

—Vamos a darte ese aumento —lo apoya Octavia con una gran sonrisa y una palmada.

En este punto tengo que coger aire porque mi mente todavía no ha reiniciado. No van a

despedirme, van a... ¿Un aumento? ¡¡Por fin!! Poco a poco mis labios van ensanchándose hasta formar la sonrisa más grandiosa de todas. El corazón me late tan deprisa que va a estallarme.

—Aguarda unos minutos. Ahora volvemos —me pide Herman.

Los dos desaparecen por la puerta que da al almacén y me dejan sola. Rápidamente saco el móvil y con manos temblorosas y muy feliz tecleo un mensaje para Adrián, mi marido.

Belén: He conseguido un aumento. Hoy toca celebración.

Adrián: ¿En serio? Enhorabuena, cariño. Te dije que tarde o temprano esos dos se darían cuenta del diamante que tienen a su lado. Estoy muy orgulloso de ti. Nos vemos esta noche y brindamos.

Belén: ¡Qué contenta estoy! No me lo creo.

Adrián: Te lo mereces. Eres la mejor.

Belén: Bueno, cariño, te dejo que ya sabes cómo se pone Herman si sacamos el móvil.

Adrián: Está bien. Te quiero.

Belén: ¡Yo!

Meto en el bolsillo de mi vaquero el teléfono y espero. La puerta se abre a los pocos segundos y entran. Octavia, que pasa la primera, tiene un sobre en las manos.

—Toma, Belén. —Me lo tiende—. Este mes te lo daremos así y el que viene se sumará a tu fijo mensual.

Cojo el sobre y mis ojos se llenan de lágrimas.

—Muchas gracias a los dos, de verdad. No tengo palabras.

—No hay de qué, mujer. Pero no queremos que te relajes, eh. Sigue apostando por esta empresa y nosotros lo haremos por ti. Venga, ábrelo.

Con manos temblorosas lo despego y extraigo el dinero.

Enmudezco.

Los miro y contemplo el billete sobre mi palma. Parpadeo.

¡Veinte euros! ¡¡¡Veinte putos euros!!! Ese es mi aumento. Unas lágrimas se escapan de mis ojos y Octavia aprieta el brazo de su esposo.

—Ves, te lo dije, Herman. Hay que hacer este tipo de cosas por los nuestros. Mira lo feliz que está Belén con su subida. ¿A que sí, querida?

«¡Que me sujete alguien que yo la mato!», chillá mi voz interior.

Capítulo 2

La sorpresa

Las horas pasan lentamente después de la maldita reunión con mis jefes. Cada minuto miro el reloj que llevo en la muñeca deseando que llegue la hora de marcharme de aquí. Tengo varios mensajes de Adrián, de mi madre, y otros cuantos de las chicas, pero no estoy con ánimos de contestar a nadie y mucho menos a mis amigas.

Esta tarde hemos quedado y ya estoy pensando en varias excusas para escaquearme. No me apetece verlas y dar explicaciones. La verdad es que me han repetido hasta la saciedad que deje este trabajo, no entienden porqué soporto las cosas del alemán y los desplantes de Octavia, ni siquiera yo lo sé. En días como hoy me apetece coger mis pocas pertenencias, mandarlos a la mierda e irme, pero siempre hay algo que me retiene. El miedo sobre todo. Es difícil empezar de nuevo y más si tienes algo fijo que encima te gusta. Para ellas es más fácil o eso imagino.

Ainhoa es enfermera y le encanta. Vive con su novio desde hace años y está planeando la boda del siglo. Cristina, que también se casa, es la encargada del departamento de Recursos Humanos de una gran ETT. Carolina, mi mejor amiga desde los tres años, trabaja en un centro de estética aunque su sueño es maquillar a famosas, o eso dice. Tiene novio y están buscando un bebé.

Las adoro, pero últimamente me tienen saturada. Nuestras quedadas se centran en banquetes, vestidos de novia, proveedores y cosas infantiles. A veces me pregunto cuándo hemos pasado a un segundo plano. Digo yo que en la vida hay más cosas que el matrimonio y la maternidad, ¿no?

Un viernes me emperre en que saliésemos a cenar y tomásemos unas copas. Estuve todo mi turno pensando en esa quedada que acabó convirtiéndose en un debate sobre el parto natural o programado.

Hay días que tengo ganas de llorar porque me siento mal, quiero mucho a mi marido y a mi hija, pero necesito tener un momento para mí, uno con mis chicas de antes sin hablar del día a día.

Adrián y yo nos casamos hace tres años y fue algo muy sencillo, una firma en el juzgado y una comida con la gente más íntima en el chalé de mis padres. En realidad era el prelude al gran enlace, pero después transcurrió el tiempo y los ahorros menguaron, y al final desistimos de la idea. No necesito una gran boda, la verdad, porque soy feliz como estoy, pero a veces, cuando no paran de hablar del tema pienso en lo que no fue y me vengo abajo. Yo quiero que ellas disfruten, que tengan lo que han soñado y apoyarlas, pero desearía que no siempre hablasen del tema, a todas horas, porque echo de menos cómo éramos antes. Solo cuatro amigas que quedaban para reír, bailar y destripar a sus jefes. Supongo que es lo que tiene la edad...

De pronto pienso en Débora Cruz y entro en su Instagram aprovechando que Octavia y Herman están en el almacén con Antonio. Localizo una imagen y sonrío. Sale junto a sus amigas, en una fiesta, con una copa en la mano y se las ve muy contentas. Me pregunto si ellas también hablan de hipotecas, bebés y bodas. No parecen tener preocupaciones nunca. Me fijo en el modelito que luce una de ellas y suspiro, pues todavía no me he recuperado del embarazo y sigo con una talla de más.

—¿Otra vez cotilleando a la Cruz?

—¡Sugar, cojones! Qué susto me has dado. —Me pongo una mano en el pecho e intento controlar la agitada respiración mientras lo taladro con los ojos.

—Lo siento. Venía a avisarte de que es la hora.

—Ya. Venga, suéltalo, que nos conocemos.

Sugar es mi mejor amigo aquí. Me encanta como es. Parlanchín y despreocupado. De esas personas que se quieren tal y como son hasta el extremo. Creo que sufre lo que mis amigas y yo denominamos pibonismo máximo. Él se ve sexy, arrebatador, y le importan un pepino los kilos de más. Dice que tiene un arma letal a la que ninguna mujer puede resistirse —no, no es eso. Yo también lo pensé en su día—: la risa. Sugar cree que toda mujer puede ser conquistada si te ganas su sonrisa. Y algo de eso será verdad porque el tío tiene el Tinder a reventar.

—Confiesa. ¿Qué te han hecho? Y no lo niegues porque has entrado a ese despacho como si fueses la protagonista de la *Matanza de Texas* y estuvieses a punto de ser descuartizada, y después has salido convertida en un Hulk rabioso.

—Me han dado un aumento.

—Oh. —Asiente y espera porque los conoce bien y sabe que hay gato encerrado.

—De veinte euros.

—Joder.

—Y una charlita sobre apostar por la empresa como ellos lo hacen por nosotros.

Noto la mano de Sugar sobre el hombro y sus ojos compasivos. Él sabe cuánto ansiaba esa subida. Me sonrío con picardía y me guiña un ojo.

—Un día serás una estilista tan famosa que Octavia besaré tus pies.

Lanzo una carcajada.

—Bueno, recoge, anda. Que por hoy ya está bien —le ordeno con una sonrisa.

Él se aleja y yo me doy prisa para desaparecer antes de que los jefes salgan porque si no me lían otra hora más y hoy necesito marcharme, llegar a casa, ponerme una copa de vino y tumbarme en el sofá con Adrián a ver una serie de Netflix o a intentarlo porque con Ángela es difícil, pero al menos desaparecer por unas horas. No quiero ver a nadie.

Suelto una despedida precipitada y casi corro hasta mi coche. Mando varios mensajes sin leer ningún grupo e informo sobre lo cansada que estoy y que me voy directa a casa. Alejo el móvil y conduzco.

Adrián me llama y salta el manos libres del coche.

—*Hola, cariño. ¿Ya has salido?*

—Sí. Voy para allá.

—*Ah, genial.*

—*¿Cómo está la nena?*

—*Bien, dormida, aunque no creo que aguante mucho. ¿Vas a quedar con las chicas esta tarde?*

—No, ya les he dicho que voy directa a casa.

—*Bueno, pues ahora te vemos. Te quiero, ten cuidado.*

—Vale. Te quiero.

Adrián está algo raro, pero estoy tan frustrada que paso de darle vueltas. Supongo que tendrá que ver con su trabajo —es fotógrafo— y que ahora me lo contará, así que pongo la música a todo volumen y canto hasta quedar afónica. La mitad de las canciones ni me las sé, pero como desestresa mucho, me las invento y hago la pava, sin importarme cómo me miran desde otros

coches cada vez que paro en un semáforo. Imagino que yo también me reiría de una loca dando brincos si la viese por la ventana, pero ahora me la suda.

Aparco el coche. Cojo el bolso y abro la verja de abajo. Subo y meto las llaves en la cerradura y justo cuando doy un paso hacia el interior, un grito atronador me hace pegar un salto:

—¡¡Sorpreeeeesaaaa!!

Me quedo muerta.

Ahí están todos. Mis padres, mi hermano, mis cuñados, mis suegros, mis amigas y sus novios, y el causante de todo este lío: mi marido.

Nota mental: asesinarlo.

Una lluvia de confeti me ha bañado entera y leo el gran cartel que cuelga del salón: «Enhorabuena por el aumento».

Capítulo 3



El brindis

Sigo sin emitir palabra. Me rodean por todas partes, me abrazan, me jalean... Veo una botella de vino y voy directa hacia ella. Me sirvo tres copas que apuro de golpe.

Adrián se acerca.

—¡Cariño! ¿No vas a decir nada? ¿Estás contenta?

«Oh, sí. ¿No ves cómo salto de alegría», ironiza mi voz interior. Le echo una de esas miradas que significan: «Ya hablaremos, majó». Y veo cómo frunce el ceño y traga saliva, confuso.

—Eso, Belén. ¡Unas palabras! —me incita Ainhoa, que es la más alocada de las cuatro.

—Vamos, chica, alegra esa cara que es tu gran momento. —Cristina me guiña un ojo. Carol se pone a mi lado y me pasa el brazo por los hombros. Su novio bromea:

—Dentro de nada estos dos venden el piso y se compran un adosado, lo que yo os diga.

—Ni caso. Tú a disfrutar, Belén. Coged un viaje. Mira, ¿no te apetecía ir a Roma? Pues aprovechad —sugiere Carol.

«Con veinte euros no me da ni para hacerlo en bicicleta».

—Ay, hija, con todo lo que has luchado por ese ascenso... —Mi madre saca un pañuelito del bolso y se da unos toquecitos sobre los húmedos ojos. Mi padre, muy sonriente, me da un beso en la mejilla antes de musitar:

—Estamos muy orgullosos de ti, pequeña.

Se hace el silencio. Me miran.

Asiento, abro la boca y un sollozo se escapa.

—¡Qué contenta está! —manifiesta mi suegra—. Ahora sí podréis permitir os la escuela infantil que querías para la nena, Belén. Cuando tú me digas te acompaño a apuntarla.

—Bueno, no la atosiguemos todavía. Ya veremos —interviene Adrián que me conoce demasiado bien y sabe que mi mutismo no es propio de mí.

—Pues no es mala idea, Adri. Estas cosas hay que mirarlas pronto para que no os quedéis sin plaza, que el curso empezó hace cinco meses y será difícil que la cojan —rebate mi madre, apoyando a su consuegra.

—Ahora que eres rica recuerda que mi boda se acerca, amiga —bromea Ainhoa. Y su novio, que a la vez es uno de los mejores amigos de Adrián, asiente con fervor.

«Esto no está pasando, esto no está pasando», rezo en mi interior, agarrada cual garrapata a otra copa de vino.

Me noto algo contentilla.

—Si nos ponemos así, antes llega mi cumpleaños —apunta Carol.

—O Navidad. Hija, yo no te pido mucho. Una barbacoa nueva para el chalé para las comidas del domingo —solicita mi padre.

Un tic nervioso se instala en mi párpado derecho y mi pierna toma vida propia con un tembleque que augura el desastre. Inhalo y exhalo. Recorro a todas las clases de yoga de Youtube

que me he puesto en las últimas semanas, pero el movimiento del ojo se hace más acusado. Voy a estallar. Lo sé.

Respiro de nuevo.

—A mí tampoco me vendría mal un maletín nuevo de maquillaje. A ver si te acuerdas de tu mejor amiga, Belén. —No me puedo sumar a las tonterías de Carol porque la mala leche me ahoga. Mi suegro da un paso y justo cuando abre la boca para hablar, estallo:

—¡¡Baaaastaaa!!

Silencio sepulcral.

—Belén estás...

Alzo la copa y corto a Carol. Me pongo en pie.

—Venga, sí, brindemos por mi aumento. ¡Por los veinte euros que se suman a mi sueldo mensual!

Decir que se quedaron ojipláticos es quedarme corta.

Horas más tarde, después de que todos se fuesen de forma precipitada y Adrián se disculpase hasta la saciedad por la sorpresa, me meto en la cama y hago lo que todas las noches, visitar el Instagram de Débora Cruz. Acciono el vídeo que ha subido, un *Boomerang* brindando con su novio, un actor guapísimo. Están festejando el premio que ha recibido ella: Mujer del año, un galardón que entrega la revista *Las mujeres de hoy*.

Me recuesto y sollozo. Al poco siento cómo Adri se da la vuelta y me abraza. Me besa en la cabeza y me gira hacia él.

—Bel. No llores, por favor. Sé que lo que ha pasado es injusto y que yo también tengo la culpa de esas lágrimas, pero quiero que me escuches atentamente. No tienes porqué aguantar estas cosas, ni por Ángela, ni por la hipoteca y mucho menos por mí. Quiero que seas feliz y me da igual los apuros económicos que vengan porque tú eres lo primero. Si esa gente no te sabe valorar, déjalos. Vales mucho, muchísimo, y necesito que empieces a creerlo. Lánzate por tu cuenta. Le pediremos ayuda a Sugar y crearemos tu web. Yo haré fotos de tu trabajo para que te quede un portfolio chulo, o buscaremos más ofertas. Cariño, hay soluciones.

—No quiero irme. Me gusta mi empleo.

—Pero no eres feliz, Bel. Siempre estás mirando a esa tal Cruz y añorando su vida.

—Sí lo soy. Te quiero y adoro a Ángela. Lo que pasa es que parece que todo le va bien. Ella no tiene preocupaciones. No sé, Adri, la gente famosa y con dinero no tienen nuestros problemas.

—Eso no es así, Belén. Ellos te venden una imagen. De eso se trata. Te lo digo yo que los fotografía.

—Lo sé, tienes razón. Es que cuando miro su cuenta, lo olvido.

—No me gusta verte así.

—Estoy bien, de verdad.

Él suspira y deja el tema hasta la próxima vez que llegue a casa llorando.

—Vale. Sin agobios, pero recuerda que te apoyaré siempre decidas lo que decidas. Y ahora ven, que te voy a enseñar cómo tu marido no tiene nada que envidiar a ese tal Álex Langueta —ronronea.

—Álex Langueta —lo corrijo riendo. Él es el actor que sale con Débora Cruz.

—Como sea. Será más guapo y cachas, pero hay algo en lo que nunca me superará.

—¿Ah sí? ¿Y qué es? —pregunto con una sonrisa sin imaginar su respuesta porque él es muy

guasón.

Su mirada es tan intensa que se torna oscura. Al observarlo, nadie diría que sus ojos son verdes.

—En lo mucho que te quiero, mi amor —susurra y la sinceridad acompaña a cada una de sus palabras.

Mi corazón da un brinco. Recibo su tierno beso y me pone los pelos como escarpías. Este hombre sabe tocar la tecla exacta para desarmarme. Luego va bajando y ataca mi cuello con besos húmedos. Lanzo una carcajada y lo abrazo mientras disfruto del sabor de su boca sobre mi cuerpo. Chillo cuando noto su lengua abrirse paso por mi cuerpo. Succiona mis pezones con esa lentitud que sabe que me mata y sigue hasta abajo, jugando entre mis pliegues. Una sonrisa boba se instala en mi boca porque sé que no parará hasta que me corra sobre él.

Aprovechamos las pocas horas que tenemos para nosotros hasta que Ángela nos reclama. Esa noche no vuelvo a pensar en más famosos porque el único que me interesa es mi mejor amigo de la infancia, mi marido y compañero de vida. Tengo lo que quiero.

Entonces, ¿de qué me quejo?

Capítulo 4

El coloquio

El día se considera torcido cuando entras por la puerta de tu trabajo y lo primero que te anuncian es una reunión con los jefes. Sin preparación psicológica previa. Así a bocajarro y de sopetón. Esa ha sido la noticia que nos ha dado hace media hora Antonio, quien a su vez ha recibido un mensaje de Octavia.

Y aquí estamos. En medio de la tienda, sentados en las sillas que hemos cogido del almacén y esperando la bomba.

Herman y Octavia se encuentran frente a nosotros y llevan en angustioso silencio más de cinco minutos, seguramente ideando la mejor forma de descuartizarnos. Ellos son muy así.

Finalmente un conocido carraspeo por parte del alemán inicia la conversación.

—¡Buenos días a todos! Vamos a ser breves porque el tiempo apremia y dentro de nada se nos echa encima la hora de apertura de la tienda. Queríamos reuniros para abordar un asunto importante.

—En realidad son muy buenas noticias —interviene Octavia con una sonrisa resplandeciente que provoca la mía, pues su labial rojo le ha coloreado las palas y tiene una pinta muy rara. Me contengo a duras penas—. Estamos muy contentos porque nos han invitado a un coloquio internacional que tiene como base la historia armamentística, lo que nos viene muy bien para nuestro negocio porque habrá personalidades de este mundillo que podremos captar para futuras inversiones. Recordad que seguimos empeñados en crear un torneo de tiro, de modo que estos patrocinadores son imprescindibles. Lo hemos pensado mucho y como Herman no tiene mi don de gentes y suavidad —«Tan suave como limpiarse el culo con un estropajo», pienso —lo mejor es que vaya yo.

«Espléndido. Espero que el congreso dure por lo menos un mes. Vaya, si al final será un gran día y todo».

—Pero, y aquí viene lo mejor —continúa—. No lo haré sola. Uno de vosotros tendrá el gran privilegio de acompañarme mañana. Saldremos en AVE a primera hora y volveremos sobre las once de la noche.

«Mierda».

En este punto todos nos convertimos un poco en tortugas, ocultamos la cabeza, la tapamos y nos deslizamos hacia abajo como si así pudiésemos evitar el terrorífico desenlace. Un día junto a Octavia es una tortura que no le desearía ni a mi peor enemigo.

—Y como la cosa va de mujeres... ¡Belén! Tú vendrás conmigo.

En este momento me pregunto si el altísimo me odia tanto como para mandarme semejante tormento. Quiero llorar.

—¿Dónde estás que no te veo?

Emerjo lentamente cual oruga que se niega a su metamorfosis e intento esbozar una media sonrisa que seguramente se ha convertido en una mueca.

—Oh, pero mírate, qué guapa has venido hoy. Con una coleta. La verdad es que resalta tus rasgos. —Me extraña verla tan de buen humor y prodigando elogios a la de su mismo sexo. Se lo agradezco con una sonrisa un poco más sincera. No es muy propio de ella, pero me imagino que hasta Octavia puede tener una parte amable—. Bueno, este es un secreto femenino. ¿Verdad, Belén? Las mujeres nos recogemos el pelo para disimular que lo tenemos sucio. Pero, oye, que de aquí no sale, querida. —Corrijo. Es una zorra mayor. Lanza una carcajada de hiena y yo aprieto los labios y río en lo que me parece un estrangulado quejido. Si me pudiese mirar a un espejo mi cara sería de lo más avinagrada. Mis pobres compañeros sonrían y me miran con compasión, yo también lo haría si uno de ellos tuviese que pasar todo un día con el Basilisco. Me pregunto si mañana podré ponerme enferma, quizá si un niño del colegio de mi sobrino me tosiere encima... A ver, es una medida desesperada, pero quién sabe, por intentarlo...

Herman da un paso hacia mí y me guiña un ojo. Como estoy de mala hostia soy mala y pienso en lo feo que es el jodido. Tiene las cejas muy pobladas, la nariz larga y en forma de percha, los labios tan finos que cuando sonrío desaparecen en una línea y los pómulos muy pronunciados. Es alto y delgado. Lo más bonito son los ojos, azules claros. El pelo parece rubio oscuro, aunque lo lleva tan corto que nadie podría asegurarlo.

—Aquí tienes. —Me entrega el billete del tren impreso en un folio. Veo que sale a las nueve tanto por la mañana como por la tarde. Suspiro de fastidio. Hasta casi las once de la noche aguantando a esa mujer. Qué mala suerte la mía.

Esa noche sigo con mis reiteradas quejas, las mismas que llevo prodigando desde que entré por la puerta de casa. La cara de Adrián ha sido un poema porque sabe que lo peor está por llegar. Vamos, ¿quién sobrevive un día entero con el Basilisco? Menos mal que mi marido es un sol y hoy me ha mimado. Se ha encargado de Ángela para que yo pudiese tumbarme en el sofá con un libro entre las manos. Hacía tanto que no leía que casi he tenido un orgasmo literario.

Ahora estamos en la cama.

—¿Tú crees en los milagros?

—Bel, si estás pensando otra vez en que se desate un huracán tengo que recordarte que no es posible.

—Tampoco hace falta tanto, con un aguacero de estos importantes sobraría. Quizá cancelasen los trenes y el maldito coloquio.

—Me da a mí que el Basilisco no se pierde esa reunión ni aunque esté tronando.

—No me extraña, será su evento social de la semana —protesto—. ¿Por qué ha tenido que pasarme esto?

—Venga, cariño. Arriba ese ánimo. ¿Qué te digo siempre? Ocho horas y para casa.

—De ocho nada que mañana son muchas más.

—Verás cómo se te pasa el día volando. Tú ignórala y ya está.

—Como si eso fuese posible. Te aseguro que Octavia se hace notar siempre. Y, además, está el otro problemilla.

—Tranquila. Estos cinco años te has apañado muy bien y no se ha enterado.

—Ya, pero una cosa es asegurarles que domino el inglés porque era lo único que me separaba del puesto y yo sabía que no lo iba a tocar casi nada, como ha pasado en estos años, y otra, asistir a una reunión en la que solo se habla ese idioma. ¡Estoy desesperada! Cuando me lo han dicho antes de irme del trabajo casi me desmayo.

—Tú contesta con una sonrisa y algún que otro: «Yes, yes». Y ya está. Sabes que Octavia ni te dejará presentarte, tomará la palabra y tú solo tendrás que sacarle algunas fotos para las redes sociales. Saldrá bien.

Adri se acerca y me besa. Me doy media vuelta y cierro los ojos, me cuesta conciliar el sueño y cuando lo hago tengo pesadillas toda la noche. Sueño con una serpiente enorme que me devora por no saber inglés.

Capítulo 5

Las buenas señoritas

Las horas vuelan al día siguiente, y cuando me quiero dar cuenta, estoy en el AVE, pegada al lado de una perfumadísima Octavia, y rezando para que se calle un poquito y pueda leer algo del libro que me he llevado.

La mujer está tan contenta que ni hace pausas entre frases para respirar, es como un monólogo al que yo solo tengo que asentir de vez en cuando. He intentado dar mi opinión, por ser amable, pero no me ha dejado ni pronunciar la primera letra. Así que ahora, casi cuarenta minutos después, solo lanzo sonrisas o muevo la cabeza, mientras pienso en mis cosas.

Suspiro y miro de reojo por la ventana. Estoy que me caigo de sueño porque no he dormido nada entre los nervios, las pesadillas y Ángela, que se ha despertado cada media hora. Ser madre y trabajadora son dos conceptos opuestos, quizá haya valientes que lo lleven bien, pero yo no. Yo me río de la conciliación laboral. Ja, ¿eso qué es? Estoy tan cansada que hasta me duermo de pie. Mis ojos tienen tantos pliegues que parezco siamesa de Berna, el San Bernardo de mis padres.

Recuerdo la nota que Adri me ha dejado en la mesa junto a un zumo de naranja recién exprimido y unas tostadas, y sonrío: «Ocho horas y para casa. Todo tiene su fin, cariño, hasta este día. Aprovecha el viaje a Madrid y no te preocupes. Saldrá bien. Te quiero infinito».

—¿Te ríes? —Doy un brinco ante la animosidad que desprende la voz de mi jefa y parpadeo varias veces. Parece enfadada—. No es motivo de risa, Belén. A mí me parece gravísimo.

—Ya, ya. Tienes toda la razón. —Intento que mi cara refleje comprensión, pero no tengo ni puta idea de qué me ha dicho. Asiento y aprieto los labios. Mi gesto le agrada, se la ve conforme y hasta suspira melodramáticamente.

—La verdad es que estoy triste con su comportamiento, ambos lo estamos. Herman opina igual. ¿A ti te parece normal lo que hizo?

—¿Eh? No, claro que no.

—Pues lo mismo digo. ¡Es que me indigna! ¿Cómo puede perder así el tiempo? Te juro que ayer, cuando la vi, me dio la tarde. Su hermano se comportaba muchísimo mejor a su edad. Matilda es muy rebelde, o nos ponemos firmes con ella o, como asegura Herman, se nos descarrilará.

Me pregunto cómo se puede descarrilar una niña de seis años y qué habrá suscitado semejante enfado por parte de sus progenitores. Conozco a la niña, es muy buena y educada, por lo que pongo en seria duda esa rebeldía. Además, solo por haberle amargado la tarde a mi pomposa jefa la aprecio el doble.

—Ajá —emito, por expresar algo.

—¡Es que no puedo! Lo pienso y me enervo de nuevo. Ella lo sabe. Sabe que termina las clases del colegio y van las de piano, y lo mismo al llegar a casa. Debe repasar hasta la cena y, antes de acostarse, los deberes. Esa es la rutina.

—Y ayer se la saltó —aventuro. De eso seguramente va la conversación. Me pregunto qué hizo

la pobre criatura para enfadar tanto a esta loca del orden.

—¡Jugó con el perro en las horas de repaso de piano! —estalla como si me hubiese leído la mente—. ¿Tú lo ves normal?

«Oh, no. Qué crimen. Una niña de seis años jugando con su perro, que la encierren», me burlo mentalmente, mientras pienso en que la que está para encerrar, pero de por vida, es Octavia.

—Vaya.

—¿Vaya? A mí me parece muy fuerte. Pero ya le hemos puesto los puntos sobre las íes. Ah, y lo de quedarse aquí este verano, anulado. Irá al internado alemán como habíamos planeado. Peter sí tendrá permiso para saltárselo este año porque lo hemos pensado y si sigue por el mismo camino con las notas que está sacando, todo sobresaliente, por cierto, y con tan buen comportamiento, su padre le permitirá un último verano con los amigos. Quieren hacer un viajecito, ya sabes que en septiembre se irá fuera a estudiar la ingeniería. La verdad es que sigo sin entender en esa insistencia de poner tantos kilómetros de por medio. Lo vamos a echar mucho de menos...

Me río por dentro. Yo sí tengo la respuesta. El chaval se va a Australia para escapar de ellos y perderlos de vista varios años.

Al mencionar a su hijo de casi dieciocho años, Octavia se explaya en un monólogo sobre su infancia y todas las virtudes que presenta su primogénito, su charla se alarga tanto que da para el resto de viaje en tren y el del taxi que cogemos hasta el hotel en el que se va a celebrar el coloquio.

Paramos unas calles antes de nuestro destino porque hay obras y el coche no puede avanzar. Octavia paga y bajamos. Caminamos hacia arriba y, como vamos sobradas de hora, ella me pregunta si me apetece echar un vistazo en la tienda de gafas que tenemos a nuestra derecha. En realidad no es que pida mi opinión, porque aunque dijese que no, lo haríamos igual, pero a ella le gusta *incluirnos*, como siempre dice, y yo la sigo como un corderito.

Dentro espero pacientemente hasta que se prueba casi todo el catálogo. La pobre dependienta está agotada y me apiado de ella.

—Y estas patillas se pueden ajustar, ¿no?

La rubia asiente de nuevo, pues le ha preguntado lo mismo cuatro veces ya. Le sonrío, pero de forma muy tirante. Sus ojos, marrones como los míos, desprenden chispas de rabia. Imagino que está fantaseando con meterle las patillas por el culo. Me río y, para mi mala suerte, atraigo su atención.

—Belén, ¿cómo me ves estas? ¿Me favorecen? —Observo esas lentes redondas tan parecidas a las famosas de John Lennon, pero de sol y Ray-Ban, y pienso en lo mucho que se asemeja mi jefa con ellas a Gretchen Grundler, de *La banda del patio*. ¿Le favorecen? No, nada, de nada—. Sé sincera, por favor.

—Bueno...

—Vamos, la verdad. —Se mira de nuevo en el espejo y mueve la cabeza a ambos lados—. No estoy muy convencida, quizá otras me resaltarían más, ¿no?

Al final me apiado de ella y, aunque no tengo porqué, hago de amiga maja y le digo la verdad.

—A ver, no es que te queden mal. —En realidad sí, pero quiero tener tacto—. Pero tampoco te favorecen tanto como otras. Vamos, que no es un estilo que yo escogería, la verdad. Otro tipo, las de Aviator que también te has mirado, me gustan más para ti. —«Mierda». Sé que he metido la pata por cómo se convulsiona su rostro, sus ojos desprenden dardos venenosos y yo soy su diana—. Pero claro, solo es mi opinión—reculo cobardemente antes de que saque un machete y me asesine a sangre fría delante de la dependienta—. Además, se te ve bien, no sé, yo...

—Sí, es solo tu opinión. Y ambas sabemos que tampoco tienes mucho estilo para estas cosas. —Lanza una carcajada de hiena y mira a la rubia—. Que no me favorecen, dice. Pero si estoy fabulosa. ¿A que sí? —La trabajadora asiente tanto que el moño que lleva se le deshace; la pobre estará deseando que nos marchemos. Noto que me mira y veo la risa danzando en sus ojos, antes de hablar.

—Está usted maravillosa, señora.

—Ya, si lo sé. Venga, pónmelas que me las llevo. Hay que dar buena imagen hoy —me dice y me repasa de arriba abajo de forma despectiva. Me cruzo de brazos y mis ojos expresan todo el disgusto que puedo reunir en ellos. Ella gira el rostro y me ignora. Se contempla de nuevo en el espejo y se sonríe con cariño y admiración—. Mira que estoy guapa con ellas. ¿No crees, Belén?

Como no quiero mentir, ni hacerle la pelota, guardo silencio. Veo como pasa la tarjeta y se compra las carísimas gafas. Nada más salir de la tienda, las estrena y sonríe como si fuese a comerse el mundo con ellas. Pongo los ojos en blanco y la sigo hasta la puerta del hotel.

Horas después estamos sentadas en la terraza de un VIPS esperando nuestra comida. Tengo un hambre descomunal, a veces me pasa, se me contrae el estómago por los nervios y se me cierra. No puedo ingerir nada, pero cuando me tranquilizo, me aborda un apetito voraz. Y así estoy. Me comería el doble de lo que he pedido si no fuese por las quejas de Octavia, que, como paga la empresa, me ha sugerido insistentemente que pasemos de los entrantes y nos centremos en un pequeño plato, nada abundante para que no nos sienta mal durante el viaje de regreso. Ella se ha pedido una ensalada y yo una hamburguesa, sé que no le ha parecido muy bien, pero me ha dado igual.

La mañana ha sido movida.

Durante el coloquio he estado haciendo fotos y siguiendo la recomendación de Adri, es decir, relacionándome lo menos posible con los invitados para salir airoso del evento. Octavia estaba como pez en el agua con esos viejecillos, reía y coqueteaba con todos. Se la veía en su salsa.

Hubo un momento de pánico. Estaba observando a mi jefa cuando de repente se acercó un hombre y comenzó a hablarme en inglés. El corazón se me aceleró tanto que creí que me daría un vahído allí mismo. Asentí varias veces a ver si se cansaba y se marchaba, pero el tío siguió con su disertación. No entendía ni una palabra. De pronto, sentí los ojos de Octavia perforándome y, al poquito, se pegó a mí. Me iba a desmayar de los nervios. El otro seguía con su monólogo y yo le planté varios «yes, yes», sonrisas y asentamientos de cabeza. Y, para mi sorpresa, funcionó. El gigantón emitió una carcajada y me dijo:

—*OK, we have an appointment pending.*

No entendí absolutamente nada, pero le sonreí ampliamente. Bueno, el *OK* sí, como parecía esperar algo le dije yo también: «OK, OK» e imité su profundo tono, me quedó bastante bien porque asintió y me guiñó un ojo. Se fue y al momento sentí las afiladas uñas de Octavia sobre mi brazo. Giré el rostro hacia ella y me sorprendió la ira que se podía leer en sus rasgos. «¿Qué he hecho ahora para disgustarla?», pensé.

—Belén. Ya sé que te lo ha propuesto a ti, pero como tu superiora, estarás de acuerdo conmigo en esto, debo ser yo quien dé la charla sobre supervivencia en ese congreso que van a organizar, porque es íntegramente en inglés y tu pronunciación no será tan buena como la mía. Además, estará plagado de gente y lo mejor es que vaya el rostro de Survivor. ¡Decidido! Lo haré.

Abro los ojos como platos y asiento. ¿Una charla delante de cientos de personas? En ese

momento deseé besar a Octavia, de la que me había librado.

Después de aquello me escondí en un rincón y evité cualquier contacto hasta que terminó y Octavia me buscó para ir a comer. Intentó acoplarse con varios grupos, pero amablemente la despacharon, así que acabamos las dos en el VIPS.

El camarero trae mi hamburguesa y la miro con ansiedad, devorándola con los ojos. Espero pacientemente hasta que Octavia tiene su ensalada y, cuando la veo coger el tenedor, ataco mi comida. Primero las patatas y luego la carne. Después de varios mordiscos, noto sus ojos sobre mí, alzo los míos sin despegar los labios del pan y veo cómo me sonríe inocentemente.

«Oh, oh. Algo trama».

—¿Sabes lo que me decía de pequeña mi madre, Belén? A Matilda también intento inculcárselo.

Niego con la cabeza mientras sigo comiendo mi hamburguesa. Me queda menos de la mitad.

—Que las buenas señoritas siempre dejan algo de comida en el plato. Es de mala educación terminárselo todo.

Asiento, pero estoy más preocupada en llenarme la boca. De pronto sus palabras me invaden y agrando los ojos. ¿No pretenderá que deje mi hamburguesa? Ella, como si me leyese el pensamiento, asiente.

La miro, abro la boca y acerco lentamente el pan. Niega con la cabeza.

—Las buenas señoritas... Venga, sé más fuerte que tu glotonería. Belén, ahora que eres mi compañera de viajes y que vamos a repetir la experiencia de hoy, no puedo permitir que me avergüences.

¿Compañera de viajes? ¿Repetir? Vale, ahora sí se me ha quitado el hambre. Quiero llorar.

El resto de las horas se hacen eternas. La acompaño a probarse ropa y me siento como una pobre imitación de Richard Gere en *Pretty woman*. Como ya he aprendido la lección con las gafas, ahora le digo a todo que sí mientras le mando mensajes a Adrián y a las chicas contándoles mi nefasto día.

Cuando ya estamos sentadas en el AVE de vuelta oigo el sonido de su móvil. Lo coge y lanza una risita y varios: «Oh, vaya». Más risas y algún que otro: «Qué fuerte, qué fuerte». Sé que se está poniendo pesada para que le pregunte, pero no pienso hacerlo. Al final me lo cuenta de todos modos:

—Belén, mira. Es de uno de los inversores de esta mañana. El alto que habló contigo para lo de la charla. Hemos estado conversando y le he dado mi número para que concretemos más. —Me enseña la pantalla de su móvil, veo un mensaje en inglés y, obviamente, no entiendo nada. Trago saliva—. ¿Qué debo contestar a esto? —me pregunta. El tono de su voz, la sonrisa y los ojos me indican que está contenta y que es algo personal, no profesional.

—La pregunta no es qué debes contestarle, sino qué quieres responder. ¿Qué opinas tú de lo que pone?

Toma ya. Qué bien me ha quedado y eso que no sé qué puñetas dice ese mensaje.

—A todas nos gusta que nos endulcen el oído, ¿verdad? Y saber que mi presencia, ¿cómo decía? Ah sí, que era arrebatadora, que yo lo soy, y que le he trastocado tanto, me halaga, la verdad. Me siento bien. Siempre es bueno que se fijen en las cualidades de una, oye. Que yo sé que provocho algún que otro suspiro, pero es que este hombre parece encandilado. —Sonríe complacida y se muerde el labio de forma coqueta—. Voy a contestarle y borraré la conversación.

Herman no entiende cómo somos los españoles, podría malinterpretar este flirteo inocente. Será nuestro secretillo, Belén. —Las últimas palabras las pronuncia con la mirada fija en mí como advirtiéndome de que las diez plagas de Egipto no fueron nada si se comparan con lo que ella me haría si abro la boca.

Asiento y la observo mientras contesta.

«Malinterpretar dice la tía. A esta la almeja le canta por bulerías solo de imaginarse con el inglés», pienso y sonrío burlescamente.

Capítulo 6

Una inesperada visita

Me despierto con un sonoro bostezo y parpadeo varias veces para adaptarme a la luz que entra por las rendijas de la ventana. Hoy es un día especial: San Valentín, y después del tormento que sufrí ayer bien sabe el mundo que necesito una pequeña alegría. Tampoco es que me espere mucho porque el interés de Adri por esta festividad ha ido menguando en los años que llevamos juntos. Sin embargo, cualquier cosa me vale.

Bueno, a ver, precisemos, que luego me sale con algo como lo de Navidad. Todavía me dan ganas de gritarle, y él sigue sin entender mi cabreo. No ve nada raro en que me envolviese su *smartwatch* y se comprase uno nuevo para él. Su respuesta fue más o menos:

—¡Pero Bel! Me dijiste que te encantaba el mío e insististe mucho en que te lo diese. Y eso he hecho. ¿Por qué te molesta? Te has quedado con el que tenía que tanto te gustaba y yo me lo he cambiado por uno nuevo.

Juro que tuve que activar todos mis chacras y recurrir a pensamientos positivos para no cometer un mariticidio ese día.

Enciendo la pantalla de mi móvil y diviso el perfil de Instagram de Débora Cruz, la última publicación es de hace dos días. Vuelvo a verla y observo ese precioso anillo antiguo de amatistas. Releo el párrafo en el que explica que se lo ha regalado una fan, propietaria de una tienda de antigüedades, y que pertenecía a su abuela, antepasada de una bruja del mismísimo Salem.

Cotilleo los comentarios y pincho en el de Helen Bralem, la responsable del regalo, según husmeé la noche pasada. Entro en su perfil y sonrío al comprobar que ha aumentado de seguidores gracias al *post* de Cruz. Después vuelvo al de la modelo y miro su historia, aparece el enorme ramo de flores que Álex Laguerta le ha regalado, ocupa toda una mesa. Pienso en Adri y me levanto de un salto. Voy directa a la cocina con la anticipación pintada en mi pecho.

Allí me espera mi zumo de naranja recién exprimido, como todas las mañanas, y una nota:

«Que tengas un buen día, cariño. Le he llevado a Ángela a tus padres para que descanses un poquito más. La recogerás tú, ¿verdad?».

Me preparo unas tostadas y desayuno lentamente, puesto que hoy entro más tarde. La tienda permanecerá cerrada para el público porque vamos a grabar un anuncio con alguien famoso. No sé quién, Octavia insiste en mantener el secreto.

Me arreglo a conciencia, tal y como nos han pedido y, antes de coger el coche, llamo a mi madre para asegurarme de que Ángela esté bien y le mando varios mensajes a Adri, que leerá más tarde, imagino.

Una hora después estoy sentada junto a mis compañeros, todos emperifollados, esperando que

lleguen los jefes y se destape el misterio. Tenemos que aguardar media hora más hasta que aparecen. Cuando lo hacen, siento que el mundo se abre bajo mis pies y que me precipito hacia abajo. Agarro la silla con ambas manos para evitar levantarme y correr como una loca hacia la persona que ha entrado.

Débora Cruz. ¡¡Mi Débora Cruz!!

Ella habla con voz suave y dulce:

—¡Buenos días!

Repetimos el saludo como si fuésemos su eco. Octavia ríe y se pavonea, claramente orgullosa del revuelo que ha causado entre sus empleados. Intenta agarrar del brazo a la modelo y esta disimuladamente se aparta. La representante, una mujer rubia, que tendrá varios años más que mi jefe, se pone en el medio e inicia una conversación con Octavia.

Mis compañeros miran embobados a Débora, pero imagino que la del premio a la mayor cara de pasma es para mí porque Octavia no tarda en reprenderme.

—Belén, hija, cierra la boca que te va a entrar una mosca. —Después se pone en el centro y mueve las manos y brazos intentando captar nuestra atención—. A ver, escuchadme todos. Tenemos poco tiempo, así que hay que trabajar deprisa. Como ya habéis comprobado, Débora Cruz será la imagen de nuestra campaña. Las fotografías se harán en tu sección, Belén. —Una alegría inmensa me recorre, los dedos me queman de las ganas que tengo de mandar mensajes a mis amigas y a Adrián para contarles el bombazo—. ¿Lo tienes todo listo? —Asiento fervientemente—. Vale, pues Rosa, si queréis, empezamos ya —propone dirigiéndose a la representante de la modelo y actriz—. Belén, ven con nosotros, el resto id con Herman, que vais a preparar el inventario de este mes.

Ante sus palabras todos arrugan la nariz, pero obedecen.

—Rosa. —Débora Cruz llama a su representante y se apartan de nosotros. Mientras cuchichean observo a la chica morena que parece aburrída, y a los dos jóvenes que llevaban cámaras y focos. Supongo que es la maquilladora y ellos, los fotógrafos.

El chillido de Octavia llama mi atención y veo cómo se acerca también a la famosa y le observa las manos. Parece a punto de llorar. Me pregunto qué pasará, cuando Cruz se quita los guantes y descubre sus hinchados, rojos y lastimados dedos, repletos de pieles y bombollas.

—¡Tenías que habérmelo dicho, Débora! ¿Una urticaria? ¡Joder! —La representante está tan enfadada que su rostro se torna escarlata.

—Lo intenté, pero no me dejaste, como siempre.

—Porque te oponías a esto y pensé que como te disgustaba el anuncio protestabas por eso. Mierda. ¿Y ahora qué hacemos?

—Bueno, tampoco es tan grave. Salgo con los guantes y listo.

—¿Estás de broma? Ellos han pagado por tus manos.

—Pues posaré cerca de los productos y que se vea mi rostro, así los guantes pasarán desapercibidos.

—Esa tarifa no es la acordada. Además, no asociaré tu cara a unas malditas latas de conserva para supervivencia.

—¿¿Malditas?? Mire, *señora*, estos productos son altamente demandados. Mi marido y yo ostentamos el liderazgo del sector y no consentiré que se nos trate con desprecio —interviene Octavia, envarada. Las otras dos la ignoran y siguen con su discusión.

—No debiste meterme en esta absurda campaña —se queja Débora con desprecio.

—Solo iban a ser unas fotos de tus manos, nada más. Hay mucho dinero detrás.

—Dinero, dinero... ¡Estoy harta, Rosa!

—Hay que cancelar la sesión; la aplazaremos a otra semana —anuncia la representante.

—¡Eso es imposible!! Tenemos que sacar la nueva línea este mes y ustedes nos aseguraron que así sería. Hemos pagado una gran cuantía por las manos de Débora Cruz y no consentiré que nos estafen.

—¿Y qué quiere que hagamos, señora? ¿Es que usted no ha visto cómo está?

—Bueno, pues algo se nos ocurrirá. ¡Pero de aquí no se marcha nadie hasta que el anuncio se termine! —estalla Octavia, que pega un manotazo y roza los guantes que sostiene Cruz. Al hacerlo, los manda directamente a mis pies. Me agacho, los recojo y se los acerco a mi ídolo. Esta los toma y, al hacerlo, fija su mirada celeste sobre mis manos.

—Yo... ¿Rosa?

—Qué.

—Ven y mira esto. —Señala mis dedos y me sonrío—. Tienes unas manos preciosas. —Su hermoso rostro interroga a la rubia—. ¿Piensas lo mismo que yo?

—Lo dudo, así que infórmame.

Débora ignora a Rosa y se acerca a mí.

—¿Cómo te llamas? ¿Eres la dependienta, no?

—Me... —Trago saliva. «¡Me está hablando, me está hablando!», vocifera mi emocionada mente—. Me llamo Belén. Soy la estilista de las latas.

Las dos mujeres alzan una ceja, extrañadas.

—Ya, bueno. Rosa. Escucha, ella puede hacer las fotografías.

Al oír la propuesta, Octavia da un brinco y niega con la cabeza varias veces.

—¿¡Qué!? De ninguna manera. He pagado muchísimo como para que los dátiles de Belén sean los que posen con mis latas.

—Señora. Le devolveremos el dinero y, además, yo promocionaré en mis redes la campaña, así la gente pensará que son mis manos. —plantea Débora. Rosa abre los ojos como platos y se toca el pecho.

—A ver... Devolver tampoco, Débora, no te pases, hija. Aunque sí podemos hacerles un descuento y le triplicaremos la promoción. ¿Le parece? Nadie sospechará. Las únicas personas que sabemos la verdad somos las aquí presentes y hasta podemos firmar un contrato de confidencialidad.

—No sé... —Octavia se hace la remolona aunque sus ojos ya brillan con la idea. Mi boca se abre y mi lengua cobra vida antes de que la pueda detener:

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál? —pregunta Cruz. ¡Qué nerviosa me pongo cuando me habla, joder!

—Belén... —El tono de Octavia deja bien claro que desea que me calle.

—No, quiero oírla. Por favor, Belén.

Asiento y le sonrío.

—El anillo de amatistas. Si lo llevo cuando haga la sesión, todo el mundo creerá que son tus manos porque solo hay uno y lo tienes tú.

Débora me guiña un ojo y se atusa el cabello oscuro, que ondea como una bandera sobre sus hombros. Indirectamente me toco el mío y lo siento insulso a su lado. Ella, negro azabache. Yo, marrón mierda. ¡Necesito unas mechas urgentemente!

—Veo que me sigues en Instagram. Rosa, podría funcionar, tiene razón.

—¿Y dónde está ese anillo, ahora?

—Yo qué sé. Después de la fotografía te lo guardaste tú. Yo no me ocupo de esas cosas nunca, faltaría más.

—¡Pues deberías, Débora, que para eso te lo regalan a ti!

—Claro, y contesto a las cartas y a los correos también. No te fastidia. Yo soy la diva, Rosa. —Sus ojos azules chispearon de picardía.

—La diva, dice, a qué mala hora me metí en todo esto —murmura mientras busca la sortija por su enorme bolso—. Aquí no está.

—¿En el coche, quizá? —La sugerencia de la maquilladora obtiene un chillido de la jefa.

—Ay, Esther, gracias. Ve a mi coche, en la guantera, estoy casi segura de que lo tiré allí. —Le tiende las llaves y la otra sale corriendo.

Pasados unos minutos regresa con una gran sonrisa y enseñando el anillo. Me lo ofrece.

—Trátalo bien, que es muy valioso para Débora. —Me dan ganas de replicarle a la representante que no debe de ser tan importante cuando ni sabían dónde estaba, pero me callo y asiento. Prometo devolverlo tras la sesión y me lo pongo una vez que Esther termina de maquillar mis manos —sí, tal cual. Eso, y manicura—. Al hacerlo, me siento como ella.

Hoy, soy Débora Cruz.

Capítulo 7

El anillo que todo lo puede

Estoy tan emocionada con esta aventura que ni me doy cuenta de las horas que han pasado. La sesión da por finalizada a las seis de la tarde y, tras despedirnos de todo el equipo, nos vamos de Survivor.

Al entrar en el coche leo el mensaje de Adri y, con el subidón que tengo, me vengo arriba y llamo a Carol.

—¿Belén? Dime.

—¿Estás libre? No quiero joderte ningún plan.

—Ah, tranquila. Saldremos más tarde a cenar. ¿Qué necesitas? Por cierto, ¿qué tal tu San Valentín? ¿No has visto mis mensajes, no? Te he mandado fotos de lo que me ha regalado Carlos. Un peluche y bombones.

—Qué va, no he parado. Hoy teníamos las grabaciones del anuncio, creo que te lo conté.

—Sí, sí. ¿Quién iba al final? Era una fanfarronada del Basilisco, ¿no?

—No, tía, no. Por una vez hablaba en serio. Bua, es que no te lo vas a creer, te juro que todavía tiemblo con lo que me ha pasado.

Mis piernas se mueven dando la razón a mis palabras y tomo aire profundamente.

—Venga, pero no te calles ahora, dime.

—Débora.

—¿Débora? ¿Qué Déb...? Un momento. ¡No jodas! No puede ser. ¿¡¡ Hablas... Hablas de Débora Cruz!!?

—La misma.

—¡Madre mía! ¿Es en serio?

Río.

—Y tan en serio.

—Ven para mi casa ya mismo. Quiero todos los detalles.

—Está bien, pero a cambio de la información tienes que hacer algo por mí.

—Tú dirás.

—Ponme guapa. Esta noche tengo una cita especial.

—¿Ah sí? Y tú que te quejabas de que Adri ni recordaría San Valentín.

—Al parecer me equivocaba porque acabo de leer un mensaje que me ha mandado en el que me pide que antes de llegar a casa lo llame, que la nena sigue con mis padres y que ya les ha dicho que la recogeremos tarde. Dice que no se me ocurra subir sin avisarle que está haciendo las rayas del suelo y no quiere que me manche.

—¿¡Las rayas!?! Eso huele a cena romántica.

—¿Tú crees? —Mi tono esperanzado la hace resoplar.

—Pues claro que sí. Después del desastre de Navidad tiene que superarse. Venga, vente, y haremos que hoy babee en cuanto te vea.

Sonríó.

—Vale, en media hora estoy allí.

Después de poner al tanto de todo a Carol y de sus interminables gemidos de sorpresa y chillidos alucinados por lo que he vivido hoy, me dejo arreglar. Se empeña en colocarme hasta pestañas postizas, ondularme el pelo y enfundarme los michelines en una faja para que su vestido de cuero me quede a la perfección.

Cuando me echa laca alzo la mano para detenerla antes de que gaste todo el bote en mi pelo. Me coge la mano y frunce el ceño.

—¿Y ese anillo?

—¿Qué anillo? —Me miro la mano y ahogo una exclamación. ¡La madre del cordero! ¡¡El anillo de Débora Cruz!! Octavia me despellejará viva cuando se entere—. Mierda, joder. ¡Tenía que devolvérselo!

—¿Es el de ella? ¿El que te han dejado para la sesión?

—Sí... —Mi voz es tan lastimosa que la hago sonreír.

—Bah, yo creo que puedes quedártelo.

—¿Estás loca, Carol? ¡¡Es suyo!!

—Pues no parecía muy interesada en él. ¡Ni siquiera sabía dónde estaba! Y te recuerdo que lo habían tirado como un trapo en la guantera del coche de la representante.

—Aun así debo dárselo.

—Está bien, pero cuando lo hagas avísame.

—¿Por qué?

—¡Belén! Que es Débora Cruz. Igual hasta se hace un par de selfis con nosotras. Ojalá me dejase maquillarla. Podrías pedírselo ahora que sois colegas —me instiga.

—No somos nada. Ni siquiera recordaba mi nombre al final, me ha despedido con un: «Adiós, Tere, y muchas gracias».

—Pues vaya. Oye, hablando de eso, ¿no te has sacado ninguna fotografía?

—¿Con Octavia vigilando cada paso que daba? Ni de coña. Tampoco se me ocurrió, la verdad.

—Qué pena.

—Pues sí. —Mi móvil suena en ese momento. Pego un saltito y señalo la pantalla en la que se lee el nombre de mi marido.

—¡Contesta!! —me apremia Carol.

Asiento y carraspeo.

—¿Adri?

—*Bel, ¿te queda mucho?*

—No, no. En diez minutos estoy ahí.

—*Vale. Yo todavía sigo liado con esto, así que tranquila.*

—Ya.

—*Bueno, te espero aquí.*

—No recojo a la nena, entonces.

—*No, no. Mejor luego.*

Me pinzo los labios para evitar que se escape una carcajada. Carol me imita tapándose la boca con la mano.

—Vale, pues salgo para allá.

—*Genial, ten cuidado. Te quiero.*

—Te quiero.

Me quito el móvil de la oreja y doy un saltito agarrada a las manos de mi amiga.

—Esta noche me da que haréis el segundo. Ángela tendrá un hermanito.

—Uy, calla, que todavía es muy pronto.

Carol me da un amistoso empujón y luego me besa la mejilla.

—Ale, vete. Luego me cuentas, eh.

—Sí, sí.

La abrazo y me marchó. El camino hasta casa se me hace demasiado largo, estoy tan impaciente que el pecho me palpita. Aparco y, cuando salgo del coche, maldigo porque ha comenzado a llover. Utilizo el abrigo a modo de paraguas hasta que me adentro en el interior de mi portal. Subo y me sitúo delante de la puerta con una sonrisa tan ancha que hasta me duelen los labios de estirarlos. Meto la llave, respiro, la giro y abro.

Lo que veo me hace tambalear.

Ahí, frente a mí, está Adri. Arrodillado, con un delantal y guantes, un paño en la mano y un cuenco con jabón a su lado. Está limpiando las rayas que ha pintado. No me lo puedo creer, ¡era verdad! ¡Las putas rayas del suelo! ¿Quién cojones limpia las rayas en San Valentín?

Él parpadea y se pasa una mano por la húmeda frente. Me sonrío, pero arruga la nariz cuando me contempla.

—Belén, ¿estás bien? Te veo pálida. —Me examina de arriba abajo y silba—. Pero qué guapa te has puesto, cariño. ¿Y eso? Ten cuidado a ver si te vas a manchar, que está todo fregado.

Aprieto los puños y chillo como un toro. Él abre la boca, asombrado de mi reacción.

De la mala leche que tengo, ni le contesto. Paso por su lado pisando el suelo fregado y él se queja. Voy a la nevera y cojo una cerveza. Salgo a la terraza y me tiro ahí tanto tiempo que hasta deja de llover. Mientras sigo allí, veo cómo Adrián termina de limpiar toda la odiosa cocina. De repente, alzo los ojos al cielo y me sorprende al ver un fenómeno extraño. El cielo parece partido con distintos colores, juraría que es un arcoíris, pero nunca lo había visto así, es horizontal. Cojo mi móvil y compruebo que este suceso ha causado sensación en las redes sociales, lo llaman: el arcoíris de fuego.

El móvil me vibra en la mano y leo el nombre de Octavia. Lo apago.

Rozo con las yemas de los dedos el anillo de amatistas y cierro los ojos mientras pienso en Débora Cruz. Dos lágrimas silenciosas caen por mi rostro y pido un deseo:

—Ojalá fuese tú.

Capítulo 8

¿Bela?

—¡¡¡Beelaaa!!! —El chillido es tan estridente, que me despierto con un sobresalto y me incorporo de golpe. Me toco el acelerado pecho y respiro profundamente con el susto todavía en el cuerpo. ¿Quién grita de esa forma a primera hora de la mañana, por el amor de una madre?

Me restriego los ojos y parpadeo acostumbrándome a la luz del día. Giro la cabeza y hago una mueca al contemplar en el despertador que son las seis. Lo cojo y me extraño porque no me suena nada, quizá Adri me lo ha comprado.

—¡¡¡Beelaaa!!! —El chillido de fuera viene acompañado de varios golpes en la puerta—. ¡Ábrenos, maldita sea! —se queja una mujer que no reconozco. Suspiro con impaciencia y enfado, y pienso en los nuevos inquilinos del piso de arriba. Lo que me faltaba, una vecina loca.

Aparto las sábanas de una patada y a mi lado alguien emite un gruñido. Giro la cabeza y solo distingo un cuerpo tapado por entero, la cabeza la tiene sumergida bajo la almohada y protesta por el ruido.

—Adri... ¡Adri, despierta! La de arriba está aporreando la puerta. —Lo zarandeo hasta que emite un resoplido.

—¿¿Quién es Adri?? —me pregunta desde las mantas. El miedo se apodera de mí, pues la voz que ha pronunciado esas palabras no pertenece a la de mi marido. Es mucho más ronca.

Parpadeo y noto como un grito va recorriéndome desde el estómago hasta la garganta para finalmente salir a bocajarro por mis labios. Chillo tan fuerte que él se incorpora de golpe, se tapa los oídos y grita a la vez.

Alarga la mano y le doy un manotazo.

—¡Ni se te ocurra tocarme, perverso!

Mi cabeza gira de un lado al otro buscando algo con lo que atizar al intruso, finalmente veo de refilón un objeto negro, lo tomo y le asesto varios mamporros con él.

—¡¡Bela!! Joder. Deja el puto consolador en paz, que hace daño. —Se intenta proteger, yo sigo dándole. Sus palabras perforan en mi mente, miro lo que sujeto y grito de nuevo al ver que tengo entre mis dedos un enorme pene de silicona negro. Lo suelto como si quemase y me bajo de la cama.

¡Estoy desnuda! Dios mío, ¿habrá abusado de mí y descuartizado a Adri?

Me pongo la bata que cuelga de un sillón y me protejo con ella. Desde allí, examino la estancia que no me suena de nada. Es encantadora, de un gusto exquisito, y muy parecida a la que enseñó un día Débora Cruz. Al pensar en ella abro los ojos con sorpresa y vuelvo a observar al hombre que se halla en la cama. Él baja y yo ahogo un gemido al contemplarlo en todo su esplendor. Se pone las manos en las caderas y me encara:

—¿Qué te pasa, Bela? Estás de lo más rara. ¿Has tenido una pesadilla?

—¡Quééé! —Mi cerebro sigue embotado—. Tú eres...—Mis ojos se abren como platos al reconocerlo—. ¡Eres Álex Laguerta! Oh, no.

Estoy tan asustada que ni reparo en el hecho de que el hombre más deseado del país se encuentra desnudo frente a mí. Rezo con lágrimas en los ojos para que ayer no me emborrachase, saliese de casa, fuese a buscar a Débora Cruz con la excusa de devolverle el anillo y me tirase a su novio. La sola posibilidad de haber engañado a Adri me da angustia. Me asalta una arcada.

Sollozo.

La he cagado. Adrián y Ángela son toda mi vida, ¡no puedo perderlos! Me moriré. El actor arruga la nariz y pone los ojos en blanco ante mis lloros. ¡Menudo insensible! Ya está, me cae mal, muy mal.

—Joder, nena. Qué rara estás. ¿Te ha bajado la regla o qué? Bela, ya te dije que no me van los numeritos. ¿Esto es por lo de Pam? ¿Todavía quieres vengarte? Te expliqué lo que pasó, ella se abalanzó sobre mí y me besó, me la estaba quitando de encima cuando llegaste.

—¿Dónde está Débora?

—¿¡Quién!?

—¡¡Débora Cruz!! La modelo y actriz. ¡Tu novia!

—¿Mi novia? ¿Y tú qué eres, entonces?

—¿Yo? ¿Pero tú te has vuelto majara?

—Mira, Bela. Te quiero, pero me estás asustando.

—¿Que yo te asusto? ¡Cómo que me quieres! Pero si solo ha sido una noche. ¡No puedes enamorarte de mí!

—Vamos, nena. Ven aquí. Déjame darte los buenos días y verás cómo te alegro ese carácter tan espinoso que tienes. —Se toca el pene y me lo ofrece—. ¿No quieres jugar con él? Está listo para ti, míralo, nena. Haz algo con él, que me duele. —Se lo acaricia, lo tiene tieso.

—¿Dolor? Da un paso más y verás cómo te arranco las pelotas y te las meto por el culo —le advierto. Él abre mucho la boca y hace un aspaviento.

—¡¡Bela!! —Levanta las manos al techo, desesperado.

—¡Deja de llamarme así! —bramo.

—¿Y cómo quieres que te llame? ¡Ese es tu nombre!

—No. Soy Belén. ¡¡Belén!!

—Está bien, como quieras, pero no chilles, anda. La cabeza me va a explotar. Te dije que no deberíamos tomar esas últimas copas. Oye, me ducho y hacemos las fotos para nuestras redes sociales, ¿vale? Las querías en la terraza, ¿no?

—Tengo que irme a casa.

—¿Cómo? Pero si ya estás en...

—¿¡¡Y mi ropa!!?

Él señala al armario y lo abro. Es un vestidor enorme repleto de zapatos, bolsos, vestidos, pantalones, blusas, abrigos... Por una vez, no la envidio. Solo quiero volver atrás, a mi pequeña habitación, mi armario empotrado y mis conjuntos pasados de temporada.

—¡No me pondré lo suyo! —exploto, histérica—. Bastante grave es haberla engañado como para robarle un vestido también. ¿Qué clase de persona crees que soy?

Él parpadea, confundido.

—¿Dónde está lo que llevaba ayer?

Su mano se desplaza hacia el suelo y veo unos vaqueros y una blusa tirada encima de una alfombra egipcia. Me acerco, lo recojo y ni siquiera lo miro, lo sujeto entre mis brazos y lo aprieto sobre mi pecho, que se mueve de arriba abajo con frenesí, mientras las lágrimas danzan sin control sobre mi rostro.

—Adrián. Por favor... —Me tapo la cara con las manos y lloro como nunca lo he hecho. He perdido a mi familia y ya nada me importa, todo mi cuerpo tiembla de pesar.

—Será mejor que entre Rosa, creo que te ha dado una crisis nerviosa y yo paso de lidiar con eso. Hoy tengo grabaciones y no vas a alterarme —me dice. Sus ojos verdes refulgen con enfado. Desaparece de la estancia.

Lo ignoro mientras me visto.

—Nunca me perdonará esto, ni siquiera yo puedo hacerlo —susurro. Me revuelvo el cabello, desesperada.

Una rubia invade la habitación soltando quejidos.

—¡Bela! ¿Qué haces así? Tenemos una campaña hoy, ¿es que no lo recuerdas? Vamos a llegar tarde. ¡¡Oyeee!! Llamando a Bela Ordóñez. Eh, para. ¡Para ahora mismo! ¿Qué haces llorando? ¡Se te va a hinchar el rostro y tenemos que hacer la sesión en la terraza con Álex!

Levanto la cabeza y veo a Rosa delante de mí, la representante de Débora Cruz. Estallo de nuevo.

—Oh, no. Rosa... Lo siento, lo siento muchísimo. ¿Podréis perdonarme? Débora...—La congoja me ahoga—Solo quería devolverle el anillo. ¿Está ella aquí? La voy a destrozar, joder.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién?

—No entiendo ni una maldita palabra. Carol, ¿tú sabes de qué va esto?

—¿Carol? —La sorpresa al ver a mi mejor amiga tras Rosa me sacude. Gimoteo, hipo y me lanzo a sus brazos. Ella me recibe pasmada, pero no me devuelve el abrazo. Seguramente está cabreada, decepcionada por lo que he hecho—. ¡Carol! Me alegro tanto de verte.... No sé cómo he podido. —La observo con los ojos humedecidos y la angustia pintada en ellos. Ella traga saliva y mira incómoda a Rosa—. Dios mío, estaba tan enfadada por lo de las rayas, pero joder, si pudiese volver atrás hasta me agacharía a limpiar la puta casa a su lado. Carol, ¿qué he hecho? Adri...

—¿Quién?

—Adrián. ¡Mi esposo!

Parece alucinada, mira con la boca abierta a Álex y a Rosa.

—¿Tu qué?

Álex menea la cabeza y se toca la nuca, me doy cuenta de que lleva puesta una bata oscura, ni siquiera me había percatado de ello.

—Os lo he dicho. Tiene una crisis nerviosa.

Rosa lo perfora con la mirada. Aparta a Carol y pone la palma de su mano muy cerca de mi cara, la aletea sobre mis ojos.

—¿Va colocada? ¿Cuántos dedos ves, querida?

La aparto con un suave manotazo.

—Carol, tienes que ayudarme. He de conseguir su perdón; haré lo que sea. Lo quiero tanto... ¡Y Ángela! Mi hija...

—¿¿Tu... hija??

Carol me mira como si tuviese dos cabezas. Rosa se pone una mano en la frente.

—¿Ha dicho hija? ¿He oído bien? —La representante se acerca a mi rostro e intenta observarme muy de cerca.

—Le pediré perdón a Adrián de rodillas si es preciso. No puedo perderlos, Carol. ¡Mi hija y mi marido son toda mi vida!

—Otra vez está alucinando. —Álex se sienta sobre la cama y estalla en carcajadas. Lo miro con furia.

—Bela, tú no tienes hijos. —Carol me toca el brazo y pone ese tono suyo compasivo que tanto detesto.

—Pero qué dices. ¡Tú conoces a mi bebé! Eres su madrina. ¿Qué clase de broma es esta? ¿Te estás ensañando por lo que he hecho con *este*? —Cabeceo hacia el imbécil de Laguerta—. ¿Hay cámara oculta? ¿Octavia está detrás? No me extrañaría, la verdad. Carol, no tiene gracia, ¡ni un poquito!

—Rosa, a ver si se ha golpeado la cabeza. Parece convencida de lo que dice, mírala, si hasta tiembla. —Me observa—. Bela, ¿has tenido un accidente?

—¡No nos hemos movido de esta cama! —afirma Álex.

—Entonces es un mal sueño. A veces son tan fuertes que al despertar todavía nos hallamos inmersos en ellos —explica Carol.

Rosa emite una risita.

—¿Sueño? Más bien pesadilla. Joder, eres Bela Ordóñez, la modelo de manos más famosa del país. Un reclamo allá donde vas y aquí estás, acongojada porque has soñado que estabas casada y tenías una hija. ¿En qué trabajabas? ¿O no lo hacías?

—Sí, sí. Soy estilista de latas de conserva.

La representante ríe con ganas.

—¡Eso ni existe!

—Claro que sí, y tenemos un pequeño piso a las afueras. Somos muy felices, la verdad.

—Oh, qué entrañable —ironiza Rosa antes de sujetarse el estómago y romper a reír—. ¿Tú de ama de casa? Por favor, Bela. Si odias la maternidad. La mera idea me parece ridícula.

—¡No es verdad! Me gusta ser madre, adoro a Ángela. Jamás la cambiaría por nada.

—En realidad detestas a los críos hasta más que yo. Por eso nos parecemos, nena, y funciona lo nuestro —Álex me guiña un ojo.

—Tú, cállate.

—Pero...

—¡Que te calles! —Abre la boca y alzo una mano—. Shh. ¡Silencio! Carol, tú y yo somos amigas desde siempre...

Ella se tapa la boca ocultando la risa.

—¿No lo somos?

—Cuando me ofreciste el empleo me lo dejaste bien claro, Bela: «Serás mi maquilladora porque eres la mejor, pero ni creas que te vas a aprovechar de mi fama. Fuimos amigas de pequeñas, pero eso ya pasó, ahora solo nos une un contrato. Cada una por su camino, ¿entendido? No me falles, Carolina, o no me temblará la mano al despedirte».

—¿¡Qué?! Es imposible. Tú y yo...

—Tenemos un acuerdo laboral, nada más.

—Jamás te diría algo así.

—Bueno, yo estaba presente —interviene Rosa—. Y no es una crítica, que conste. A ti te gustan las cosas así, mantienes las distancias. Nosotras lo respetamos.

—Pero... ¿Es una broma todo esto, verdad? ¿Adri? Sal. Ya está bien. Me la estás devolviendo porque siempre me quejo y te digo que ojalá tuviese la vida de Débora. Vale, lo pillo. Fin del juego. He aprendido la lección, ¿vale?

—¿Quién es Débora? —susurra Rosa hacia Carol. Ella se encoje de hombros.

—¡Tu representada!

—Pero si eres la única que llevo ahora. ¡Me pediste exclusividad!

—Ella es una modelo y actriz...

Carol saca su móvil, teclea algo y me lo muestra. Me veo en todos los resultados de Google, imágenes por todas partes con mi rostro. Noticias que hablan de la peculiar Bela Ordóñez. Cojo el teléfono y examino las búsquedas totalmente anonadada, algunas son de hace años. ¿Cómo han podido preparar todo aquello?

De pronto me miro la mano y doy un paso atrás, trastabillando. Las dos mujeres me sujetan antes de que caiga al suelo. Me sientan sobre la cama muy preocupadas. Lentamente alzo mi mano y observo el anillo mágico de amatistas que tengo sobre mi dedo anular. Hago memoria. Recuerdo la campaña publicitaria, las horas en casa de Carol, la cena frustrada de San Valentín, la cerveza que me tomé en la terraza. Y el deseo.

Parpadeo.

¡No puede ser! Es imposible. No, no, no y no. Sin embargo, sé que así es. Pedí su vida, lo deseé fervientemente mientras observaba ese fenómeno de la naturaleza, el arcoíris de fuego. Y eso tengo, ahora soy ella.

¡Joooooodeerrr!

Capítulo 9

La confesión



—Y esa es toda la historia, Carol. Sé que te resultará complicado de creer. Joder, a mí también, pero te juro que así es. Tienes que ayudarme. No sé ni qué hacer, me encuentro tan perdida... —Mi amiga sigue sentada en la butaca frente a mí, con los lápices de maquillaje en las manos y la cara impenetrable, sé que me ha escuchado atentamente porque la he visto parpadear, pero todavía no ha reaccionado a mis palabras. Rosa, desesperada porque me he negado a hacer la sesión de fotos con Álex, se ha marchado a tomarse una tila a un bar. Laguerta, ni puta idea. Después de varios aspavientos, creo que se ha ido a su sesión publicitaria.

Asiente.

—Entiendo. —Se levanta y se arrodilla a mi lado. Me toca la mano y me sonrío, los ojos se me llenan de lágrimas. No comprendo cómo se ha tragado a la primera toda la historia, pero su apoyo me reconforta, la necesitaba. Ahora, juntas, afrontaremos todo esto y...—. Te has drogado, ¿verdad? Te guardaré el secreto, pero tienes que espabilarte ahora mismo, antes de que regrese Rosa o se pondrá echa una furia. Y... Sé que no es asunto mío, Bela. No es que me meta... Entiendo que Laguerta, que él a veces... Mira, no creo que debas hacerlo. Tienes todo lo que siempre quisiste, has llegado más lejos que nadie. Puede que el éxito sea abrumador, pero colocarse no es la solución. Antes lo odiabas, Bela. Y ahora, cada dos por tres... ¡Joder! Oye, lo siento. Olvídalo, no he dicho nada. Es tu vida, tú decides, y no tengo que entrometerme. Venga, te preparo un café y te das una ducha fría.

—¡Carol! —Me pongo en pie—. Sé que es difícil, pero necesito que me creas, ¡estoy desesperada! ¿No te das cuenta?

El timbre suena.

—Voy yo —anuncia—. Será tu vestido, pedí que te lo enviaran a esta hora.

—¿Qué vestido?

—El de mañana. Este sábado es la entrega de premios, ¿no lo recuerdas? Eres la afortunada de la noche, la galardonada por la revista *Las mujeres de hoy*. —Recuerdo una publicación de Débora Cruz hace tan solo unos días, ¡le dieron el mismo premio!

—Pues no —le respondo—. ¿Soy la Mujer del año? Adri se moriría de risa si lo oyese, con lo que detesto esos paripés.

—¿Adri?

La puerta suena de nuevo. Sacude la cabeza y suspira. Da media vuelta y la sigo. Abre y coge la enorme bolsa de tela negra que le tiende un hombre mayor que me recuerda a mi abuelo. Le sonrío y él me mira pasmado, se le colorean las mejillas y sus labios se estiran mostrando unos dientes disparejos que le dan un toque entrañable. Agacha la cabeza a modo de saludo, se toca la boina y da media vuelta.

—¡Espere! —grito en un impulso. Me toco los bolsillos y repaso la estancia con ojos desesperados.

—¿Qué buscas? —me pregunta Carol.

—Mi monedero. Tengo uno, ¿no?

Ella tuerce el gesto en una sonrisa ladeada. Noto que le divierte mi confusión.

—¿Para qué? —inquieta levantando los hombros—. Rosa pagó el servicio.

—Carol, este amable caballero me ha traído hasta aquí el vestido. Me gustaría darle propina.

—¿¡Quééé!?

—Es lo menos que puedo hacer.

—Pero tú nunca...

—Se supone que tengo mucha pasta, ¿no? —Asiente con los ojos como platos.

—Eres rica, sí, pero jamás te has preocupado por estas cosas.

—Pues entonces ya va siendo hora de hacerlo.

—Estás muy rara —sentencia antes de girarse hacia el salón. Le guiño un ojo al hombre que ríe.

—Señorita, ¿podría pedirle un favor para mi nieta? Verá, es que la adora, siempre habla de usted y tiene el cuarto lleno de fotografías y recortes. No quisiera abusar, pero me gustaría llevarle un autógrafo. —Saca una pequeña agenda del bolsillo de la chaqueta y un bolígrafo.

—Faltaría más. ¿Cómo se llama?

—Sebastián.

Sonrío con cariño.

—Digo su nieta.

—Válgame Dios, perdone hija, su nombre es Ángela. Tiene doce años, pero es un terremoto. ¿Quiere usted verla?

El nombre me sacude. Ángela, como mi bebé. Los ojos se me llenan de lágrimas y trago saliva. Asiento y veo la imagen tamaño carné que saca de su cartera. Me la enseña.

—Ahí tenía dos años menos. Es preciosa, ¿a que sí?

—Lo es, Sebastián. —«Como mi Ángela», susurro interiormente y rompo a llorar.

—Vamos, vamos, tranquila. No llore.

—Es que... mi bebé... Ella... también... —hipo— se llama Ángela. Ay, Sebastián, no sabe cuánto la echo de menos.

—Válgame Dios, qué casualidad, señorita Ordóñez.

—La verdad es que sí. —Sollozo.

—¿Tiene usted fotos?

—Lamentablemente no. Se quedaron en el otro universo.

—¿Onde ha dicho?

—Ella pertenece a mi antigua vida. Me aterra no volver a verla.

—¿Y no puede traérsela aquí? Una madre jamás debería separarse de sus criaturas.

—Todo es culpa mía, Sebastián, es que no lo especifiqué cuando me vine. Pero claro, imagínese, quién iba a suponerlo. El cambio ha sido tan rápido...

—¡Válgame Dios! La entiendo, eh.

—¿Sí? Pues usted es el primero, que lo sepa. Nadie me creerá.

—Uy, yo sí. Me sucedió una vez.

—¡No me diga, Sebastián! ¡Estoy alucinando!

—Niña, le aseguro que no es la única que lo ha deseado. Me pasó con la tienda. Tenía que ser más grande y lo intenté. Pero, ojo, siempre hay que mirar la letra pequeña, y no lanzarse de cabeza.

—Ahora lo sé —digo apenada.

—Imagino que podrá cambiar las cláusulas.

—Lo dudo.

—Bueno, pues impóngase, no pueden separarla de su niña. ¡Es una injusticia! Reclame.

—Pero no puedo, Sebastián. ¿Dónde iría?

—A la oficina del consumidor.

—¿Con lo mío?

Asiente.

—La última vez me dieron respuesta y me devolvieron todo.

—¿Todo, todo?

Lo pienso. Volvería a la vida de antes sin dudarle, ¿o no? ¿Por qué tengo dudas? Lo ideal sería que Ángela y Adri estuviesen aquí. Esa idea sí me gusta.

—Sí —me contesta rotundo.

—No sé, Sebastián... Imagino que no se puede tener todo.

—Señorita, si no fuese indiscreción me gustaría saber cómo sucedió la transacción.

—Con un anillo.

—¿Un anillo? Pero ¿y la firma?

—No hubo. Solo dije lo que deseaba y lo tuve.

—Válgame Dios, niña. Había escuchado cosas raras sobre este tema, pero nunca nada tan insólito. Y sí, sabía que algunos se negaban con animales de compañía, pero he de reconocer que jamás por esto, por un bebé. Aunque claro al fin de cuentas tienen la última palabra que para eso es suya. ¿Será por los lloros? ¿Por si molesta a los vecinos?

—¿Eh?

—Sí, será por eso. Mire, no se desanime, señorita, aunque la casa le guste, piense que su hija ha de vivir con usted, por mucho que en el contrato de arrendamiento se lo prohíban. Y, le digo más, si su casero o casera se niega, mándele a freír espárragos y múdese. Le aseguro que será feliz donde sea si es con los suyos.

Desencajo la mandíbula ante sus palabras y parpadeo. ¿Estábamos hablando de un puto alquiler? ¿Una casa? Él creía que me refería al contrato de arrendamiento, que no me dejaban tener a Ángela en esta casa y por eso se ha quedado atrás. Solo yo, una idiota de remate, puedo pensar que este tierno hombre ha viajado en el tiempo también. La madre que me parió.

Carol vuelve en ese momento.

Garabateo lo que me parece que es una bonita dedicatoria y lo firmo como «Bela O.», le sonrío y se lo tiendo. Mi amiga da un chillido y se abanica con la mano derecha. Me entrega una enorme cartera y la abro. Veo tres billetes de cien y le doy uno.

Sebastián lo sujeta como si fuese un tesoro.

—Dios la bendiga, señorita. Es usted tan bondadosa como parece por televisión.

Me pongo colorada.

—Gracias a usted.

—Mi señora va a cantar alabanzas. Bueno, me voy, que ya le he robado demasiado tiempo. Ah, por favor, hágame caso, no se vuelva a fiar, usted firme la próxima vez. Vaya a la oficina del consumidor cuanto antes, estoy seguro de que le retribuirán lo que ha invertido cuando vean estas cláusulas abusivas. ¡Separar a una madre de su bebé porque llora por las noches! Habrase visto.

Se aleja moviendo la cabeza.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Y qué es eso de la oficina del consumidor? ¡Le has firmado un

autógrafo, Bela! Jamás lo haces.

—Entonces, ¿me crees?

Mueve la cabeza y sonrío escéptica. Camino de vuelta a mi cuarto y ella me sigue. Me siento en la butaca de antes y ella se coloca frente a mí.

—Si no fuese imposible... Te juro que lo haría solo por lo extraña que estás. Pareces otra. Y esa forma de hablar...

—No me llames Bela. Es mi nombre artístico, pero cuando estemos juntas seré Belén.

—¡Lo odias!

—No es verdad.

—Te digo que sí. Decías que sonaba vulgar.

—Veo que he dicho muchas gilipolleces últimamente. Carol, aunque pienses que todo esto es una locura y no creas ni una palabra, necesito tu ayuda. He de recuperar mi vida.

Lanza una carcajada.

—Perdona que te hable así, Bela. —Fijo los ojos sobre ella con intención y carraspea—. Perdón, Belén. Es que... ¿Tú te has oído? Un anillo con poderes como el de Frodo Bolsón te ha concedido un deseo; tener la vida de una modelo famosa, y al despertar... Pam, tus sueños hechos realidad.

—No sé cómo podría convencerte, pero así es.

—Bien. Supongamos que es verdad y esa cosa mágica te ha dado la vida que tanto anhelabas. Entonces, ¿por qué cojones te quejas? ¿No es más fácil disfrutar de lo que tienes ahora y dejar que tu maquilladora haga su trabajo antes de que venga su jefa y la despida?

—Tu jefa soy yo, no ella.

—Ahí está la Bela que conozco.

—Pero nunca lo haría, ¡somos amigas! Mira, si reunimos a las chicas, juntas...

—¿Qué chicas?

—Ainhoa y Cristina.

—¿Las de clase? —Se ríe con ganas—. Hace ya que perdimos el contacto. A una creo que la sigo en Facebook, pero de la otra ni idea. A saber qué ha sido de ellas.

Cierro los ojos y sus palabras me calan hondo y me sacuden. Pienso en mi adolescencia, en esas cuatro amigas inseparables, y recuerdo una afirmación de Adri: «En todos los grupos siempre hay una persona nexa, Belén, una que hace de unión con las demás. La que tira del resto, llama, organiza y procura que todas sigan en contacto. Te guste o no, tú eres el nexa de las chicas, gracias a ti ha perdurado vuestra amistad. Piénsalo cuando te dé rabia». Esto me lo dijo porque me quejaba de ser la que siempre movía a las otras tres y preparaba nuestros encuentros. En ese momento no le hice caso y seguí protestando, pero tenía razón. Sin mí, sin esas llamadas e insistencia, se acabaron distanciando. Mierda. Ser el nexa es una putada como una casa. ¡Menuda responsabilidad me ha caído! Y para colmo, Ainhoa ya ni estará prometida porque fuimos Adri y yo los que le presentamos a su novio... Joder, qué desastre.

—¡Cómo se ha torcido todo! —expreso enfadada. Carol se encoge de hombros y sonrío con tristeza—. Está bien. Iremos a ver a Adrián y...

—¿Adrián?

—Adrián Fuertes. ¡Mi esposo! Bueno, el que lo era. Tienes que conocerlo; eso sí que no ha cambiado, por muy famosa que me haya hecho. ¡Nos criamos juntos!

—¡Hostias! El vecino de tus abuelos.

—¡¡Sí!!

—Estuvisteis juntos hace mucho; en el instituto y tus primeros años de universidad, creo. ¡Anda que no ha llovido de eso! ¿Cuánto ha pasado? ¿Diez años? ¿Once?

Oh, oh. Me huele mal.

—¿Qué sucedió, Carol? ¿Qué sabes de él? —pregunto con la ansiedad reflejada en mis rasgos.

—Lo dejaste bien jodido.

—¿Qué?

—Como a todos. —Su resentimiento es palpable en estas últimas palabras—. Te marchaste, Bela. Sin más.

—Jamás...

—Vamos, lo sabes tan bien como yo. Cuando te fichó la agencia esa, el resto te sobramos. Luego apareció Rosa, subiste como la espuma, y maleta en mano cambiaste de ciudad y no miraste atrás.

—Lo siento.

Se encoge de hombros.

—Ya no importa. —No es verdad, sé que sí, me lo dice el dolor que brilla en sus ojos y ese labio mordido. Siento su congoja interior, la rabia que todavía guarda, y no la culpo.

—Debo arreglarlo, Carol. ¿Sabes? Puede que tengas razón, quizá solo he de armar el rompecabezas. Buscaré a Adri, le pediré perdón y me ganaré el tuyo también. Todo será como antes, pero mejor, sin más trabajos de mierda, ni hipotecas, ni meses con el dinero justo. Ahora que mi vida laboral es perfecta, solo me falta que lo sea también la personal. Hay que ir a ver a mis padres hoy mismo, cogeremos el tren o el coche, tengo uno, ¿verdad? Mamá sabrá qué hacer.

—¿Qué dices! Eso es imposible. Tu cita es el lunes. Espera que lo confirme. —Se aleja unos segundos y regresa con una agenda—. Ajá, a las once. Tendréis un almuerzo. Esta vez, vendrán ellos.

—¿Me estás diciendo que mis padres conciertan cita para verme?

—Por supuesto, así han de hacerse las cosas, Bela. Tu calendario es muy apretado.

—¡A la mierda con eso! Los veré cuando me dé la gana.

—Rosa se enfadará.

—Pues que se vaya a la mierda también. Mientras, buscaremos a Adri y luego a la dueña de antigüedades, ella me dirá cómo solucionar este embrollo, todavía recuerdo su nombre: Helen Bralem.

—Bela... Belén. Hoy tienes una sesión. Sé que crees en todo esto porque probablemente estés muy colocada de alguna sustancia, pero no puedes infringir un contrato.

—¿Qué es eso de infringir contratos?

Pego un salto al ver a Rosa en la entrada de mi supuesta habitación.

—¿Cómo has entrado?

—Uy, qué tontería. Tengo la llave, ya lo sabes.

—¿Qué? Esto es... es... —De lo indignada que estoy por la falta de privacidad no me salen ni las palabras.

—¿Por qué no estás arreglada, Bela?

—He decidido que paso.

—Ah, vale. Pasas. ¡Pasas! —Lanza una carcajada— ¡¡Pasas!! —repite y temo por ella porque se está poniendo algo morada—. ¿!!!Pasas!!!!? Pues nada, ya puestos les ponemos en bandeja varios miles de euros, como estás tan dispuesta a que nos denuncien y pasas. Qué guay, como decís vosotros. Ella, pasa; yo, paso; todos, pasamos.

—A mí me da igual el dinero.

La risa irónica que emite me hace levantar una ceja.

—Eso sí que es nuevo.

—Está muy rara, Rosa. —Temo que saque a relucir mi historia con el anillo, pero Carol, que en el fondo sigue siendo mi Carol, no lo hace. Solo suspira y se deja caer en mi cama revuelta.

—Déjate de chorradas, que estoy harta. ¡Harta! No pagas lo suficiente para esto, Bela. Te vistes y te maquillas. Tienes cinco minutos, ni uno más.

—¡No pienso ir!

—Irás. Ya la atrasamos porque te negabas a hacerla el día de San Valentín. Pues bien, ha pasado. Fue ayer. Ahora no te quedan excusas.

—¿Es el día siguiente? ¡Mierda! Rosa, es que no lo entiendes. ¡No puedo! No soy ella. Carol, por favor...

—Déjate de pamplinas. —La representante mira el reloj y gime—. O salimos en breve o no llegamos que son muchas horas en coche.

—Rosa, nada de lo que digas me despegará de esta silla —le advierto.

—¡Hemos firmado un contrato, Bela!

—Bueno, hoy me cogeré el día libre.

—¿Otra vez? ¿Y ayer qué hiciste? Salvo remolonear con Álex. Por cierto, ¿dónde están los ramos que te traje? —No le contesto porque no tengo ni idea. ¡Flores! ¿Quién puede pensar en eso ahora?

—Quiero ver a mis padres.

—¡Pero si ya tienes una cita el lunes!

—¡Por el amor de...!

Ella taconeá y resopla.

—¿Qué van a decir en la empresa?

—Invéntate algo. Ponles una excusa. Que estoy mala, por ejemplo.

—¡Te denunciarán por incumplimiento de contrato!

—Pues les pagaremos el doble de lo acordado.

Rosa me mira alucinada. Por lo visto, mi otro yo no era muy derrochador.

—Esa mujer causará problemas, Bela. Te juro que da miedo.

—¿Qué mujer?

—La que nos ha contratado.

—Exageras.

Cojo la mano de Carol y nos desplazamos hacia la entrada, pero las últimas palabras de Rosa me detienen:

—Cuando Survivor nos haga mala publicidad por dejarlos colgados no quiero lloriqueos.

—¿Cómo has dicho?

—Que no me voy a sulfurar si recibes algunas críticas por esto.

—Eso no. La empresa. ¿Cómo se llama?

—Survivor, ¿por qué?

—La mujer, la dueña, ¿es... es... Octavia Rayuela y Pérez?

—Sí, algo de Pérez. ¿La conoces?

—No. —Giro el rostro hacia Carol y le sonrío—. Era mi antigua jefa —le susurro antes de acercarme a mi representante—. Rosa, he cambiado de idea. Iremos.

Capítulo 10



Focos y acción

El trayecto hasta Survivor ha sido gratificante. Rosa conduce mientras Carol y yo hablamos. He insistido en que me cuente todo lo que sabe de mí hasta la fecha y, básicamente, se podría resumir en que tengo una existencia idílica. Me va bien tanto en el plano personal como el profesional, aunque de su relato he extraído que soy un poco caprichosa, ambiciosa y cabrona. Nada que no pueda remediar esta nueva Bela.

Ah, y por lo que he podido saber, resulta que mi viaje a un universo paralelo se ha efectuado un día después de San Valentín, tal y como supuse por lo que dijo mi representante. Por lo tanto, no sé cómo volver atrás. Aunque, para ser totalmente honesta, tampoco he decidido si eso es lo que quiero. Es decir, le he estado dando vueltas y quizá no sea tan malo como me parecía esta mañana, puedo verlo como un regalo divino. Se me ha otorgado la vida perfecta.

Sin embargo, tengo muchas dudas. Me pregunto hasta cuándo durará este extraño hechizo. Vuelvo a pellizcarme y ahogo un quejido por el dolor que siento. Vale, sigue sin ser un sueño.

Tengo que ver a Helen Bralem. Esta misma tarde sin falta. La he localizado. Resulta que las cosas no cambian y esta mujer me sigue, tal y como hacía con Débora, y tan solo he tenido que husmear sus redes sociales para descubrir dónde está situada su tienda de antigüedades.

—¡Lo he encontrado! Mira. —Carol señala la pantalla de su móvil y sonríe. Ahí está, por fin. Un moreno de ojos verdes sonríe hacia la cámara. Está tan guapo que el corazón de me da un vuelco. Adri, mi Adri...

Me fijo en una de las publicaciones y le arrebató el teléfono a mi amiga.

—¡Tiene un estudio propio! Es precioso. —Me muerdo los labios y siento lágrimas contenidas en los ojos. Adri también parece feliz. En esta vida ha conseguido levantar su negocio sin ayudas externas. A mi marido no le disgustaba su jefe, pero siempre ha deseado lo que tiene ahora: su propio estudio. Observo el perfil y pincho en el *post* de al lado. Es una imagen publicitaria. Sale el cartel de su estudio fotográfico y pone: «Os esperamos», en grande, seguido de la dirección y de un animado texto de promoción. El pecho se me encoge de temor. ¿Esperamos? ¿En plural?

«Por favor, que no esté con nadie», suplico interiormente. Genial, otra nueva preocupación. Ni se me había pasado por la cabeza esa posibilidad, pero joder, ¿y si Adri ha rehecho su vida? Se supone que lo dejé, ¿no? Encima me habrá visto en la televisión y en las revistas. Sabrá que salgo con el baboso de Laguerta. ¿Me odiará? Ni siquiera puedo pensarlo. Me obligo a ser paciente y esperar. Quiero gritarle a Rosa que pare el coche, lanzarme de cabeza a la calle y correr hasta que el aliento me falte y las piernas me lleven junto a él.

Pienso en mi deseo y refunfuño. La próxima vez debo ser más específica porque sí, yo quería la vida de Débora Cruz, pero no toda, solo la laboral. Bueno, más o menos, a veces añoraba también lo que mostraba por sus redes. Su relación, sus amigas... Esa sensación de desahogo, de despreocupación y libertad que parecía acompañarla. Soñaba con su suerte, con su éxito, pero cojones, no quería arrebatárle todo, ¿o sí? Ya no lo sé. Me cuesta pensar. ¿Por qué no me

conformé? ¿Por qué no lo hago todavía?

—Bela. ¿Te has fijado? —Carol accede a su historia. Pasa las tres fotos que ha subido, las observo y sonrío. La esperanza se enciende dentro de mí, puede que tenga una nueva oportunidad con él—. Esto es en la Puerta del Sol. ¡Está aquí, en Madrid! —Veo su pie, embutido en unas deportivas, y fotografiado encima de la placa del kilómetro cero. Suspiro y nos recuerdo en esa misma instantánea un par de años atrás, antes de que llegase Ángela.

—¿Y si no regresamos a tiempo? Quizá se haya marchado cuando volvamos. —El temor se adhiere a cada una de mis palabras. Carol lo nota y me mira con curiosidad, estrechando los ojos y frunciendo la frente. Regresa a la pantalla y toquetea mientras yo contengo las lágrimas.

—Tranquila. Mira la primera. —Me muestra la fotografía y lo veo posando ante la fachada de un hotel—. Estará, al menos, una noche si se ha cogido una habitación. Bela, ¿estás segura? Lo siento, pero es que no lo entiendo. Tienes una relación con Laguerta y parecías feliz. ¿Por qué remover el pasado?

—Adri jamás será pasado, Carol. Es mi presente y futuro.

—Pero... —Le toco la mano y le sonrío.

—Siempre lo he querido y si voy a quedarme aquí, en este universo, te juro que será a su lado.

—¿Todavía sigues con eso?

—Bueno, es que es la verdad.

Oigo una risa desde la parte delantera. Carol y yo estábamos susurrando; no obstante, intuyo que Rosa ha captado toda la conversación. Nuestros ojos se encuentran por el retrovisor y confirmo mis sospechas.

—Espero que no te pesquen, Bela. Se armaría bien gorda si la prensa lo filtra, por no hablar de cómo se pondría Álex si lo colocas como el cornudo de España.

—Tampoco quisiera hacerle daño. Sé que está mal y que mi otra yo jamás se plantearía algo así porque lo ama muchísimo y son felices, pero tengo que ser sincera conmigo misma. Nunca lo traicionaría, tenéis que creerme. Es que...

La risa se apodera de Rosa.

—¡Qué buena! Hoy te has levantado graciosa.

—¿Eso qué quiere decir?

Sus ojos chispean.

—Las tres sabemos que no es la primera vez, ni será la última. Él tiene sus cosas y tú también. Así funciona esto.

—¿Me estáis diciendo que tenemos una relación abierta?

Rosa se encoge de hombros.

—No exactamente.

Muevo la cabeza cuando la voz de Rosa penetra por mi confundida mente, veo que hemos llegado y trago saliva. Bajo del coche y ante mí está la fachada de Survivor. Una conocida sensación de ansiedad me recorre y siento que los pies se me clavan en el suelo. Puede que ahora sea poderosa, influyente y muy querida y admirada por los demás, pero sigo sintiéndome pequeña ante Octavia.

Doy un paso y espero ante la puerta con la respiración entrecortada.

Se abre y sale Herman acompañado de una mujer mayor que abre los ojos al verme y saca pecho con orgullo.

—¡Bienvenidos a nuestro pequeño mundo! —Extiende los brazos exageradamente y levanta las palmas hacia arriba—. Señorita Ordóñez, qué placer tenerla aquí. Cayetana Pérez de Santos para

servirla. Él —lo observa con el mismo desagrado que está patente en su voz al presentarlo— es mi queridísimo yerno, Herman Strauss.

Aguanto la risa porque de *queridísimo* no tiene nada. Se nota a leguas que lo detesta. «Con que Cayetana Pérez, ¿eh? Así que esta es la madre del Basilisco, la que tiene por costumbre dejar comida en el plato», me digo mientras sonrío. Contemplo su oronda figura y me pinzo el labio con los dedos. Aquí, la *madame*, parece que no predica con el ejemplo, pues por las medidas que luce, yo diría que rebaña con la lengua hasta la última de las migas. ¿Y Octavia? ¿Dónde estará? Herman parece encogido a su lado, y me alegra. Al fin alguien lo ha puesto en su sitio. Vaya, hasta me cae bien la señora.

—Gracias —correspondo a su saludo con una inclinación de cabeza.

—Por favor, síganme. Tenemos todo preparado.

La mujer da media vuelta y entra. Herman corre tras sus pasos, parece otro. Accedo al interior y se me escapa un gemido al observar el desastre que impera. Busco desesperada a mis antiguos compañeros, pero solo reconozco a Antonio, el de armamento. Contenta de verlo, le sonrío y le saludo efusivamente con la mano. Mi gesto le sorprende tanto que se le cae el arma que está limpiando y sale disparado un perdigón, con tal mala suerte que da sobre una pila de latas y acaba tirando al suelo una pequeña montaña, justo a los pies de Cayetana.

La mujer hace tantos aspavientos que parece que le vaya a dar algo. Finalmente recupera la voz y vocifera:

—¡¡Antonio Valero!!! Haz el favor de regresar al almacén. Ya. —Sus ojos emiten destellos furiosos. Pienso que si fuese Cíclope y tuviese rayos de energía en la mirada lo habría desintegrado ahí mismo, frente a nosotros. Pobre Antonio, pienso, al verlo salir disparado hacia la parte de atrás. Esta da más miedo que su hija, se nota de dónde ha aprendido malas mañas el Basilisco—. Herman, ¿podemos hablar, querido? —Cayetana fuerza una sonrisa y nos hace un gesto con la mano. Coge del brazo a su yerno y se escabulle por el otro pasillo. Sin embargo, chilla tanto que todos la oímos—: Última oportunidad. Controla a tu personal si no quieres que lo eche también. Cuando acudiste a mí bajo de fondos, a punto de quebrar y de cerrar este cuchitril, me apiadé de ti porque no podía consentir que mi desastrosa hija estuviese casada con un fracasado. Solo de imaginaros en el paro se me ponen los pelos de punta, qué vergüenza, por Dios. Suplicaste una sociedad y te la concedí, al igual que el préstamo. Pero sigues en la cuerda floja, no me tientes. Una más, Herman, solo una, y me deshago de este desastre.

—Pero tus nietos...

—A ellos nunca les faltará de nada. Son unos Rayuela y Pérez. Su abuelo se removería en la tumba si no velase por su futuro, pero por ti, no. Bastante me debes ya.

—A usted nunca le hemos importado —protesta lastimero Herman con su fuerte acento.

—Tampoco es nada nuevo, no sé de qué ese tono dramático.

—¡Ni siquiera muestra cariño por mis hijos!

—El apellido me obliga a apoyaros, es lo que hacen las familias de nuestra posición. Sonreímos, callamos y pagamos. Pero de puertas para dentro haré lo que se me antoje, y tú, piltrafa, no vas a exigirme nada. ¿Está claro? Da gracias que esos dos mocosos siguen en el internado por mí. Si fuese por vosotros irían a un... un... —baja un poco la voz, pero el horror queda reflejado en su tono— colegio público. Ahora saldremos ahí y presentaremos nuestra mejor cara. No me falles, que bastante dinero he soltado para esta campaña. Ojalá que la idiota esta — imagino que se refiere a mí— aporte un poco de renombre a este maltrecho negocio con su anuncio porque no aguantaremos mucho más en números rojos. Ve a por mi hija. Herman, que se

mantenga calladita y apartada. Yo me encargaré de esta gente.

—Sí, señora.

Segundos después Cayetana regresa con la mejor de las sonrisas y nosotras tenemos que hacer grandes esfuerzos para disimular que no hemos oído nada.

—Disculpad. Estábamos poniéndonos al día. Seguidme, haremos la sesión allí. —Señala un pasillo—. ¿Y los fotógrafos?

Rosa se adelanta.

—Acaban de aparcar.

—Ah, bueno. —Parece molesta por el retraso y así lo hace constar—. La puntualidad es una de las virtudes que más valoro. El tiempo es oro, señora Morales. Dígaselo a sus empleados.

Estos, como si la hubiesen oído, abren la puerta y entran. Me doy cuenta de que son los mismos que acompañaban a Débora Cruz el día que vino a Survivor. Rosa los saluda efusivamente y capto sus nombres: Carlos y José. Les sonrío y Carlos, el más joven, me guiña un ojo.

De pronto, Herman regresa acompañado de la triste figura de su mujer, una que recuerdo muy bien pero que ahora se me antoja totalmente diferente, una pobre imitación de lo que fue. Encorvada, más delgada de lo normal y con un aura de abatimiento. Una coleta para disimular, como bien dice ella, su cabello poco aseado —dejémoslo así porque no quiero ensañarme. Si lo hiciese diría que no se lo ha lavado en un mes—, el rostro sin un ápice de maquillaje, unas enormes gafas engullendo su pequeña cara y su habitual confianza rozando la planta de los pies.

Me sonrío con verdadera devoción y el anhelo brillando en sus ojos. Me sorprende al ver sus dientes y entonces recuerdo que al poco de entrar en la empresa se sometió a un tratamiento de ortodoncia y se puso lentillas. Cada día, a lo largo de estos últimos cinco años, fue mejorando su estilo y dejó los vaqueros y las camisas anchas para lucir vestidos y pantalones que se ajustaban a su bonita silueta. Y por fin caigo. Era su motivación. Octavia me necesitaba para demostrarse cada día que era mejor que yo, para superarse. Me da lástima, no voy a negarlo. Nosotras éramos las únicas mujeres de la empresa, deberíamos habernos unido, haber trabajado juntas, y no separadas. ¿Por qué se empeñó en abrir una brecha entre las dos?

—Es un honor tenerla aquí, en nuestra humilde tienda —afirma. Estrecho su mano y siento un estremecimiento. Una sensación de pérdida. Mi feroz y temido Basilisco se ha convertido en una inofensiva culebrilla.

—Octavia. Ve a arreglar el desastre que ha causado Antonio.

—Sí, madre. —Arrastra los pies hacia allí sin dejar de echarme miradas de reojo. Sonríe mientras recoge las latas del suelo y las recoloca.

He soñado muchas veces con una imagen así: Octavia postrada a mis pies, con su orgullo hecho añicos. Sin embargo, no me gusta. No me satisface lo que veo, me aterra. Una mujer como ella, con su temple y su mala hostia nunca debería empequeñecerse, ni por su madre, ni por nadie. Debería quererse como lo hacía cuando yo era su empleada. ¿No es extraño? He deseado que mi jefa lo pasase mal porque odiaba cómo me hacía sentir y ahora quisiera devolverle su personalidad, aunque suavizando bastante la parte cabrona, claro. ¿Alguien me entiende?

Creo que el problema lo tenía yo, con esas inseguridades y miedos, escudada en lo difícil que era dejarlo y empezar de nuevo, en que adoraba ese trabajo y que si no fuese por mis jefes todo sería perfecto. Pero no lo es. Ahora sé lo que valgo y lo que no quiero. El problema es que ya no hay marcha atrás.

Capítulo 11

Desde Salem con amor

Las piernas me tiemblan como dos flanes cremosos mientras espero a que Helen Bralem haga su aparición. Su pequeña tienda, situada en un centro comercial del centro, me recuerda a la de Melinda Gordon de *Entre fantasmas*. Tiene un aire antiguo, encantador, de esos que susurran historias y te hacen viajar en el tiempo. Además, acojona tanto como la de la serie. Me noto el corazón henchido de miedo; agudizo el oído y espero. No sé muy bien qué, cualquier cosa; una ráfaga de viento que tire al suelo varios objetos o un aliento en mi oído. Al pensarlo me recorre un escalofrío. Nunca he sido muy amante de lo paranormal, y saber que Bralem tiene antepasadas de Salem, no ayuda. Miro de soslayo un rinconcito decorado con una mesa de estilo *vintage* y una silla que parece extraída de otro siglo y me acerco. Me coloco delante y suspiro al imaginarme que una sofisticada dama del siglo XVII, parecida a la propietaria de este comercio, me observa con ojos entornados.

—Hay un ambiente raro aquí, ¿verdad? Ha sido dar un paso al interior y sentir un escalofrío. —Doy media vuelta y veo a Carol en la puerta.

—¿Has hablado con ella? —Me refiero a Rosa, que no ha parado de acosarnos por el móvil desde que le informé de que daba por terminada la sesión de fotos porque tenía que coger un AVE para regresar a la capital. Me he negado a decirle adónde íbamos y se ha cabreado, aunque intuyo que tiene que ver más con haberla abandonado a la vuelta. Me sabe mal, la verdad, después de todo son tres horas y media desde Valencia, pero no podía esperarla; tenía que ver a Helen.

—Sí. —Alzo una ceja a modo de pregunta y Carol sonrío—. Sigue furiosa, pero ha decidido que se tomará el resto del día libre y que, cuando llegue, se dará un baño de sales relajantes para olvidarse de ti un rato. No obstante, te recuerda que asistas puntual a la cena.

—¿Qué cena?

Se encoge de hombros.

—Tú sabrás, a mí no me habíais comentado nada.

Voy a preguntarle algo más, pero un chillido me interrumpe. Pego un bote y giro hacia el mostrador, en el que me espera una mujer deslumbrante. De unos cuarenta, alta y delgada, con un vestido ocre que resalta sobre su tez oscura y su cabello afro. Me acerco y lo que más me llama la atención son sus ojos: tan oscuros que casi parecen negros, repletos de sabiduría y secretos.

—Bela Ordóñez, por fin. Sabía que vendrías.

—¿¿Me esperabas??

Asiente y sonrío enigmática.

—He soñado con ello durante los últimos días. Tengo... ¿Cómo lo diría? ¿Intuiciones? Dime, ¿qué necesitas?

—Respuestas. —Dejo el anillo sobre la mesa y ella lo reconoce de inmediato. Entrecierra los ojos y me mira con curiosidad.

—¿Cómo lo has conseguido?

—¿Te suena?

—Es igualito a... —Hace una mueca y se queda en silencio. Luego sonrío lentamente y he de admitir que se me encoge el estómago. Da media vuelta y sale del mostrador. Se dirige a una de las mesas *vintage* que tiene en venta y de entre la decoración del mueble escoge un marco y lo sostiene entre sus manos. Lo observa durante un rato y acaricia lentamente la imagen. Después nos lo tiende.

Lo cojo y veo una ilustración antigua. Aparece una mujer sonriente que me recuerda a Helen, con ropajes de otro siglo, pero elegantes, sentada en una enorme butaca acariciando... ¡Por el amor de una madre! ¡¡El anillo de amatistas!! Se me corta la respiración.

—¿Quién es? —pregunto sin aliento.

—Violet Sinclair.

—¿Es tu antepasada? ¡Sois clavaditas! —afirma Carol, que se ha situado a mi lado.

—Así es.

—El anillo. Es el mismo, ¿verdad?

—Hace años que la leyenda corre por mi familia, pero hasta el día de hoy jamás había tenido constancia de nada.

—Pero tú se lo regalaste a Débora Cruz.

—¿A quién?

—Una modelo y actriz a la que admirabas. Se lo entregaste como presente y ella me lo dejó. Yo... —Esta parte me avergüenza. Siento las mejillas ardientes—. Deseé su vida. Era Belén, una don nadie. Y esta mañana, al despertar, me había convertido en Bela y poseía todo lo que pedí. Sé que es imposible de creer, casi a mí misma me cuesta, pero así es.

Espero que se ría y me diga alguna barbaridad, pero Helen tan solo asiente.

—¿Hubo algo extraño? ¿Un fenómeno anormal?

—No. Espera... ¡Joder! Sí. ¡¡Sí!! Un arcoíris. Era raro, horizontal. Y por Internet lo llamaban de fuego o algo así.

—Entonces su historia era cierta...

—¿Qué historia? —pregunta Carol que parece muy interesada.

—La de la mujer del marco: Violet Sinclair. Una esclava que consiguió el amor de un poderoso hombre, heredero de una gran fortuna, y se casó con él, desafiando los prejuicios de la época.

—Qué romántico. —Carol suspira y yo le sonrío con cariño. En eso no ha cambiado, ella es de príncipes azules y amores de película.

—Puede. O puede que el anillo tuviese algo que ver.

—¿Cómo? —Carol parece desconcertada, pero yo sí capto enseguida la suposición.

—Deseó su vida y le fue concedida. ¿A que sí? —aventuro yo. Helen mueve la cabeza y me da la razón.

—Eso creo.

—¿Qué más se sabe de Violet? —inquire Carol. Helen apoya los codos sobre la mesa de la recepción y suspira. Cierra los ojos y nos sumerge en el relato de su familia.

—Todo se remonta a febrero de 1692 cuando el reverendo Parris y su familia se trasladaron a Salem. Tituba, una esclava de color, que cuidaba de los hijos del religioso, y estaba casada con otro de los criados, solía entretenerlos con cuentos misteriosos que pronto desataron habladurías y miedos. Betty Parris y su prima Abigail estaban tan maravilladas con esas fantasías que comenzaron a practicar rituales, desnudas. —Helen mira a un lado y al otro y baja la voz—. Se creía que hasta mantenían relaciones sexuales.

—¿Las pillaron?

—¡Carol! No interrumpas. —La regañó con suavidad, pero después lanzó una risita y preguntó también—: ¿Las descubrieron, Helen?

—Nunca se pudo probar nada, pero se radicalizaron cuando sumaron a sus juegos a otra niña: la acaudalada Ann Putnam. Las tres evidenciaron comportamientos extremos: pasaban de las lágrimas, a los gritos y a la histeria. Se tornaron violentas y en varias ocasiones tuvieron convulsiones en público.

El puritanismo de la época se agravó de tal modo, que el médico de Salem dictaminó que las adolescentes no padecían ninguna dolencia física ni mental, y que, sin duda, era la mano del diablo la que impulsaba su descarriado comportamiento. Para escapar de la horca, culparon a Tituba, que fue declarada bruja y encarcelada. Ni siquiera su marido pudo hacer algo por ella.

Fue allí, en prisión, donde conoció a Anita Marhop, quien estaba a un paso de la horca. Tituba cuidó de sus heridas, pues la joven había sido severamente maltratada y compartió con ella las escasas raciones de comida que les daban. Mes a mes el temor de Tituba se hizo realidad: estaba embarazada.

La esclava dio a luz a una bebé a la que llamó Violet. A los pocos días del alumbramiento, los Parris se la arrebataron de los brazos. Tituba fue vendida junto a su esposo y su nuevo amo la alejó de Salem y de su pequeña. Jamás se volvió a saber de ella.

—¡Madre mía! ¿Moriría sin volverla a ver? —Carol parece indignada. ¡Qué leches! Yo también lo estoy.

—Probablemente.

—Joder. ¡Qué injusto! —protesta mi amiga.

—¿Y qué pasó con Anita? Tengo el palpito de que ella está ligada al anillo.

Helen sonríe.

—Eres muy intuitiva, Bela. Ella sobrevivió y pagó su deuda. Anita nunca olvidó el trato que le dio su compañera de celda y la promesa que le hizo: cuidar de su hija.

—¿Cómo salió de la cárcel? —se interesa Carol, absorbida por la historia de Helen.

—Puede que usara el anillo —supongo.

—Ese dato no lo tengo. Pero según el relato de mi abuela, durante años buscó a Violet, y cuando la encontró sirviendo a una dama que la maltrataba, le ofreció su gran tesoro: el anillo de amatistas. La joya, al parecer, podía conceder cualquier deseo pedido con anhelo y fervor bajo un fenómeno atmosférico extraño.

Violet se casó con el prometido de su señora y, mientras la vida de esta iba de mal en peor, la de mi antepasada fue plena; repleta de felicidad. Y la historia de su anillo fue pasando de generación en generación hasta llegar a mí. Supongo que en algún momento Violet le confió su secreto a alguien de la familia... No sé. La verdad es que siempre creí que eran fantasías, pero mi abuela no. Ella admiraba a esas tres mujeres que marcaron nuestro destino: Tituba, Anita y Violet.

El hijo de Violet y James, Elliot, se casó con una española y, al final, aquí hemos acabado el resto de la familia.

—¿El deseo es irreversible, Helen?

—Puede que tengas una oportunidad cuando vuelva a sucederse otro fenómeno —Helen me mira extrañada—. ¿Por qué lo preguntas? ¿No es esta la vida que deseabas?

—¡No lo sé! Nada ha salido como imaginaba. Sí, tengo fama y dinero, pero todo lo demás es diferente. ¡Mis padres tienen que pedir cita para verme! No tengo hijos y por lo visto ni me gustan, ¡y mi marido probablemente me detesta!

—A veces los deseos pueden tornarse contra nosotros.
—Necesito saber que hay un plan b, una posibilidad de dar marcha atrás.
—Supongo que si buscaras a esa mujer, la tal Cruz, y ella pidiese que le retornases su vida, se revertiría el hechizo.
—¿Y si lo hago yo? ¿No puedo rogarle al anillo que me envíe de vuelta?
—No. Ha de ser ella. Tú ya has gastado el tuyo.
—¡¡Esto es de locos!! No sé ni cómo me he dejado convencer, Bela.
—Vamos, Carol.
—¿Un anillo mágico? Joder, Belén.
Ignoro a mi amiga y me centro en la propietaria de la tienda de antigüedades.
—Helen, si lo que dices es cierto, tengo hasta que se produzca otro suceso de esos extraños. ¿Y si queda poco tiempo?
—Entonces aprovecha al máximo los días y decide quién quieres ser Belén o Bela.
Asiento y salgo disparada hacia el exterior. Carol, alucinada, me sigue.
Estoy tan aturdida que resbalo y caigo sobre alguien. Gimo y noto el sabor de las lágrimas. Apoyo las manos en su pecho y oigo la protesta de mi víctima. Fuerzo una sonrisa y levanto la mirada hacia su rostro para disculparme por el asalto. Nuestras miradas se unen y pierdo la voz.
Él agranda los ojos y me reconoce.
—¿Be... Belén...? —susurra.
Mi corazón late deprisa. Adrián. Mi Adrián. Por fin.

Capítulo 12

Un breve reencuentro

Estoy en la cama, bajo las mantas, pero sin conciliar el sueño aún. Es difícil asimilar cada hora vivida desde que desperté aquí mismo, al lado de Laguerta. Después de ver a Octavia, la charla con Helen y el maravilloso encuentro con Adri he regresado a casa. Rosa me ha llamado y me ha recordado lo de esta noche. He colgado con el pulso a mil. Yo, Belén Ordóñez, protagonizaré un documental a cambio de tantos ceros que casi me caigo de la silla cuando me han puesto el contrato delante. No lo he firmado, todavía.

No es que no quiera, lo cierto es que me ha costado dejar la mano en el sitio y no agarrar como una loca el bolígrafo. Admito que la idea me atrae, pero antes de convertirme en una Kardashian he de sopesar muy bien todo. Rosa, que estaba sentada a mi lado, ha estado de acuerdo.

Por lo visto formaré parte de un proyecto que posa su mirada sobre las personas más influyentes a nivel mundial para mostrar los pros y contras de la fama. Es un honor, joder. Creo que la Hilton estará. ¡Sigo alucinada!

Al parecer tampoco tengo que hacer mucho. Unas entrevistas, fotografías y grabaciones. Me han asegurado que no quieren invadir mi intimidad. La cena ha sido tan breve que casi ni la he asimilado. Ahí estaba yo, rodeada de los peces gordos de Amazon Studios. Quién lo habría dicho.

Pero lo más impresionante es que cada cinco minutos se acercaba alguien del restaurante para sacarse un selfi conmigo y, cuando hemos terminado, Rosa ha tenido que apartar a los fans que se han congregado a la salida para verme. Al subirme a su coche, he cotilleado mis nuevas redes sociales y he visto que era el tema del momento. La noticia ha corrido como la pólvora.

—Rosa. ¿Cómo es posible? ¡Mierda! Espero que no se enfaden. ¿Esto podría fastidiar el contrato?

—¿De qué hablas?

—Lo del documental. Mira. —He girado la pantalla de mi teléfono—. Hay algunas noticias sobre ello. Me sabe fatal porque los productores insistieron mucho en que todo se mantuviese en secreto hasta que el proyecto estuviese más avanzado.

Mi representante ha lanzado una carcajada.

—Bela, querida, pareces nueva. Ellos han filtrado la exclusiva. Así va esto. Es un anzuelo. Ahora se hablará del tema hasta que se confirmen los rumores.

—Ah.

Ella ha sonreído y me ha mirado de reojo.

—Tendrás que hablar con Álex.

Tenía razón. He pensado en Adrián y he asentido. Sí, debía poner las cosas en su sitio antes de que fuese demasiado tarde.

Ahora le doy vueltas al tema, a cómo enfrentar a Laguerta mañana. No quiero dejar pasar más tiempo. Sería peor y tampoco deseo hacerle daño, aunque inevitablemente se lo haga. Me pinzo el labio y suspiro. Si alguien me hubiese dicho que yo, Belén Ordóñez Hernández, iba a darle puerta

al tío más buenorro del país me habría burlado en su cara. Puede que esté loca, seguro que otra en mi situación aprovecharía y se dejaría llevar una noche o dos, pero no puedo. Seré gilipollas o masoca o, mira, ambas. Sin embargo, sentiría que, de alguna forma, engaño a Adri. Al pensar en él, sonrío. ¿Quién iba a imaginar que después de tantos años tendría que reconquistar a mi marido?

La idea me produce excitación. Es como cuando empiezas una relación y los primeros meses son fantásticos, llenos de misterio y pasión. Así me siento, con el contador a cero; esperando ansiosa para volverlo a ver.

Suspiro. Nuestro reencuentro fue fugaz, casi parece un invento de mi cabeza, pero sé que es real porque así me lo dice mi pecho. Cuando lo vi supe que no lo dejaría escapar, si tenía que quedarme en esta nueva vida, lo haría a su lado.

¡Qué guapo estaba!

Cierro los ojos y rememoro su rostro rasposo con esa barba de varios días y esos ojos verdes que la sorpresa tornó oscuros. Mi mano, que reposaba sobre su pecho, captó el revuelo que se produjo en su interior. Su corazón latía al mismo ritmo que el mío; desbocado.

—¿Be... Belén? —susurra.

—Adri... ¡Dios mío! ¡¡Eres tú! ¡Tú! Casi parece que haga una eternidad —le digo. Por un momento he olvidado todo. Él es mi marido. El Adrián de siempre. Quiero abrazarlo y comérmelo a besos. Solo hace un día desde que lo encontré arrodillado limpiando el suelo de casa y parece que hagan siglos de aquello. Le sonrío con alegría y amor y lo abrazo fuertemente. No quiero soltarlo, no lo haré.

Oigo su gemido de sorpresa.

—Vaya. Yo también me alegro de verte, Belén o... Bela. Ya ni sé cómo llamarte. Hace tanto... Desde que te... —No termina la frase, pero las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Ese «desde que te marchaste y me dejaste como una mierda», no pronunciado pero bien presente entre los dos. Palpo el muro invisible que acaba de colocar entre ambos, que lo hace inaccesible para mí. Pero bueno, ¿qué esperaba? ¿Creía que se tiraría a mis pies nada más verme? ¿Que tendríamos la vida de antes, pero mejorada? Joder, sí. Claro que sí. Y esto, esta nueva realidad, es como un vaso de agua fría, helada, sobre mi cara.

—Yo... —Me ayuda a ponerme en pie y nos quedamos mirándonos, sin mucho que decir—. ¿Qué haces aquí? —improviso.

—He venido a comprar unas cosas para mi equipo. —Se agacha y recoge las bolsas que siguen en el suelo.

«Me lo como».

—Digo en la capital. ¿Te has mudado?

—No, qué va. Estaré un par de semanas y después volveré a casa. No me gusta abandonar el estudio mucho tiempo.

—Umm, veo que al final te has convertido en un hombre de negocios.

—¿Negocios? ¿Yo? Me conoces demasiado bien para saber que lo mío no son los números. De eso se encarga Javi, él es el celebrito de la familia.

«Así que tu hermano es socio».

Sonrío. Adri parece incómodo, como si hubiese metido la pata con eso de: «Me conoces demasiado bien». Mira de reojo la escalera mecánica y el terror me invade. No quiero que se

marche, todavía no.

—Siempre supe que triunfarías. Tienes mucho talento.

—Gracias. Oye, y tú ¿qué? Pensaba que estabas en el extranjero, eso decían en la prensa.

Como no tengo ni idea, me encojo de hombros y sonrío.

—Pues ya ves que no.

—Me ha gustado verte.

—Y a mí.

—Yo... Tengo prisa. —Creo que mi cara revela decepción porque de pronto se ríe y me explica dónde va—. Estoy haciendo un curso y me están esperando.

—¿El de desnudos artísticos?

—¿Cómo lo sabes?

«Porque llevamos juntos muchos años y siempre has soñado con hacerlo, pero con todos los gastos que teníamos no te decidías».

—Me suena que lo comentaste alguna vez —miento.

—Qué raro. Pero bueno, que si te apetece podemos quedar otro día. —Al proponerlo se vuelve inseguro, veo que traga saliva y se sonroja—. Aunque seguramente estás muy liada y no...

—Me encantaría —lo corto.

Sonríe resplandeciente.

—Vale, así me cuentas qué se siente cuando una lo tiene todo.

«¿Todo? Me faltas tú».

—¿Me dejas una tarjeta? Bueno, no, mejor apúntame tu número. Te llamaré pronto. —Saco el móvil y se lo entrego.

—Vale. —Veo como la tristeza envuelve sus rasgos y me pregunto cuánto daño le hice. Está anotando su teléfono y sé que lo hace con el convencimiento de que nunca lo llamaré, pero está equivocado. Vaya que sí.

Sonríe y me lo devuelve. Se despide y, cediendo a un impulso, se inclina para darme un tierno beso en la mejilla.

—Adiós, Bel —susurra con intensidad, como si esta fuese la última vez que me verá. Tiemblo de pies a cabeza y, al alzar los ojos, veo que se siente tan atribulado como yo. La alegría me invade porque a pesar de todo, intuyo que todavía poseo un trocito de su arañado corazón.

«Mi amor, habré sido la gilipollas mayor del reino, pero te juro que cogeré cada uno de esos pedazos y los recompondré cueste lo que cueste hasta que vuelvas a quererme. Tú y yo vamos a tener una vida grandiosa, mejor que la de antes, ya lo verás», le prometo con el pensamiento.

Se aleja y lo sigo con la mirada. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que noto los brazos de Carol a mi alrededor. Ni siquiera me había percatado de que se había quedado en la tienda con Helen para darnos intimidad.

—Tranquila, cariño.

—Sé que no me crees, Carol, pero necesito tu ayuda. Tengo que recuperarlo.

—Después de ver cómo lo has mirado casi me inclino a pensar que tu historia de los anillos mágicos y los universos paralelos es cierta. —Sonríe y me guiña un ojo.

—Ya, claro.

—Escucha. Sea lo que sea lo que te ha pasado, me gusta esta nueva Bela, que llora, siente y recuerda. Esta es más humana y casi se parece a esa niña que me seguía a todas partes, la que era como una hermana para mí. Mi mejor amiga.

—¿Podremos serlo de nuevo?

—Seguro que sí. Ahora vamos, Rosa quiere vernos.

No sé ni cuándo me dormí; solo pasó mientras revivía en mi mente este singular día. Unos golpes me arrebatan de mi atribulado sueño y gimo porque me siento muy cansada, casi sin fuerzas para levantar los párpados y afrontar una nueva mañana. ¿Cuánto tiempo he estado bajo las mantas? Me siento como si hubiese sido una hora.

A tientas palpo el móvil que dejé sobre la mesa y lo pulso. La luz se enciende y leo que son las dos de la madrugada. Protesto. ¡Qué demonios! Efectivamente, solo habrá transcurrido una hora. ¿¡¡Quién puede molestar a las dos de la madrugada!!? Estoy tan reventada que ni me acuerdo de mi nueva faceta como Bela y me importa un rábano que me sorprendan con pelos de bruja y el rímel corrido. Ahora mismo solo tengo un objetivo en mente: asesinar.

Me dirijo con paso seguro hacia la puerta y la abro de una mala leche de cojones.

Capítulo 13

El piloto serbio o yo qué sé

—¿Quién eres? —pregunto de malas maneras al hombre que tengo delante. Si mi madre estuviese aquí diría: «Ay, hija, qué bufidos pegas al despertar». Más que un bufido le he rugido esas dos palabras. El hombre da un paso atrás, pero después estira los labios en una sonrisa ladeada. Lleva uniforme de piloto y tiene una maleta a sus pies. Es rubio y cuando se quita las gafas de sol —sí, no tendrá mucha sesera porque a las dos de la madrugada no hace ni un rayito, vamos—, veo que sus ojos son azules. Es guapo, muy guapo.

—Ummm. Hoy tú fiera, mi Tatiana.

—¿Qué? Lo que me faltaba, un borracho. Se ha equivocado, ¿vale? Venga, a hacer marcha —le grito como si así me pudiese entender mejor. Él tiene un acento raro, como de serbio. O yo que sé, tampoco es que haya escuchado nunca a un serbio.

Arquea una ceja y sonrío con malicia.

Gimo e intento cerrar la puerta, pero me lo impide, poniendo un pie en medio. Sé que le he hecho daño porque chilla de dolor, pero aun así consigue adentrarse en el piso.

—Ser chica mala. Me gusta.

—No de eso nada. ¡¡Fuera de aquí, cabrón!! —le espeto. El miedo, la rabia y la frustración se conjuran en mi voz.

—Sí, yo tu cabrón, mi Tatiana. —Se señala—. Soy loco por ti.

Corro como una loca hasta el salón. Él me sigue mientras se va desprendiendo de la ropa. Tira la camisa, los pantalones y calzoncillos. Está muy excitado. Aguanto las lágrimas mientras pienso a toda prisa en cómo sortearlo, llegar a la cocina, llamar a la policía y hacerme con un cuchillo para protegerme.

—Tú vienes aquí. —Señala su empalmado pene—. Vamos, comes. Ya. Toda es tuya.

—Pues te la regalo, gilipollas.

—¿Gilipollas? —Ríe—. Tú hoy muy traviesa, cariño.

—De cariño nada, loco de mierda.

—Sí, sí. Yo loco por ti. Quiero tetas, dame. Yo chupar como bebé. —Brinca hacia mí mientras sus colgajos se mueven como un péndulo, me protejo tras una tumbona y arrugo la cara. Maldita sea, siempre he tenido un imán para los locos.

—Vete. ¡Largo de mi casa!

Salta y grito. Se lanza encima de mí y yo lo golpeo con toda mi furia con manos, pies y brazos. Le asesto un puñetazo en el estómago y él se encoge. Aprovecho para levantarme y vuelo hacia la cocina. Él enseguida me da alcance.

—¿Tatiana? ¿Qué es pasa? Hoy viernes. Viernes tú comes y luego te *follos* con pasión, como tú gustas. —Se la coge y veo que de los golpes se ha desinflado. Al menos, una buena noticia.

—Por favor, no me hagas daño —sollozo.

—Ya no querer jugar. Ven aquí.

El miedo me consume, entro en la cocina y él llega poco después. Se toca insinuante los fornidos pectorales, pero lejos de sentir deseo, experimento la más profunda de las repulsiones.

—¿*Venes*? ¿Tatiana?

—¡¡¡No soy Tatiana, imbécil!!! —Cojo lo primero que tengo a mano y le tiro varias manzanas a la cabeza—. Pelearé con uñas y dientes, te lo advierto. Voy a llamar a la policía. —Él parece confundido durante unos segundos, pero luego lanza una carcajada y aúlla. Es un demente.

—*Venes* aquí, cariño. Yo te quiero ya. Tú loca hoy. Me gustas.

—Si das un paso más. —Por fin llego hasta el cajón y cojo un cuchillo—. Te troceo.

—¿Tatiana?

—¡¡Fuera!!

—¿No *quierés* hoy sexo? ¡Es viernes!

—¡Como si es domingo, mamón retorcido!

—Pero viernes yo vengo, siempre. Tú me coges y estamos sexo toda la noche. No *entiendes* qué te pasa, Tatiana.

—Ni un paso más. Quiero que te vayas.

Abre la boca con sorpresa.

—¿*Vuelvos* mañana?

—¡¡No!!

—¿Cuándo?

—Nunca.

—¿Tú no *quierés* mí más?

—Oh, Dios mío, ¿estás llorando?

Asiente con la cabeza mientras se viste lentamente.

—¿Por qué ya no *quierés*? Decías a mí que yo el mejor amante de todos.

La forma en que me mira... Él no miente, me conoce, realmente... ¡Por el amor de una madre! ¡Es mi chico de los viernes! Hace muchos años tuve una fantasía así, tras ver una telenovela en la que salía un piloto. Joder con el anillo.

—¿Hay más? —Muevo la cabeza rechazando yo sola la idea—. Mira, he cambiado. Tienes que irte. —Se lo digo con voz más suave, pero firme.

Da media vuelta y se dirige a la puerta, casi he soltado un suspiro de alivio cuando veo que se detiene en la mesa de la entrada, se pone en cuclillas y extrae una caja.

—¿*Podés* llevarme? Recuerdo de ti. —Saca una foto hecha con una cámara de esas Polaroid. Blandiendo todavía el cuchillo me acerco y le quito la imagen, contengo una palabrota cuando me veo, o a la antigua Bela, encima de la espalda de este tío, vestida de cuero y en pose de amazona, atizándolo con una fusta y estirándolo del cuello gracias a una corbata que sostengo como si fuesen las riendas de un caballo, mi caballo. De hecho, no hay otra expresión posible para expresar lo que veo: lo estoy montando. Él sonrío encantado.

—No, no. Esto se queda aquí y va directo a la chimenea.

—Algún día, ¿tú *llamás* de nuevo?

—Ya se verá. Ale, a casa.

Sale al pasillo y me mira con ojos de gatito abandonado.

—Yo esperar a ti, Tatiana.

—Pues hazlo sentado, majo.

Cierro de un portazo y me apoyo en la pared mientras contemplo de nuevo la fotografía y pienso en qué otras sorpresas me ha reservado la antigua Bela.

Capítulo 14



El adiós

—¿Bela? ¿Estás ahí? —contengo la ácida réplica que intenta salir y me muerdo la lengua para no mandarlo a la mierda. Otra vez. Con lo guapo que me parecía en las portadas y los suspiros que me sacó en la otra vida y ahora, se me antoja insoportable, con qué gusto le daría una patada en el culo y lo echaría de mi casa para siempre.

Pero, oye, como dice Rosa:

—Las cosas se tienen que hacer bien, Bela. No puedes deshacerte de Álex sin más.

¡Por el amor de una madre! Ahora resulta que no puedo cortar con él y mandarlo a freír lo que le dé la gana. Primero tenemos que dejarnos ver un poco más e ir mostrando fisuras en nuestra relación para que mi imagen no se deteriore y evitar que la prensa me acuse —o lo hagan mis seguidores— de ser la causante de la ruptura. Parece una gilipollez y francamente a mí me la pela lo que opinen los demás, pero a Rosa casi le da una apoplejía cuando a primera hora la he llamado para decirle que no acudiré a la gala de esta noche acompañada de este y que, además, pretendía dejar al galán de cine en cuanto apareciese por la puerta. Diez minutos después la tenía aquí, histérica. Me ha tocado abanicarla porque ha estado a punto de sufrir un desmayo. Ella, que ya intuyo que tiene respuestas para todo, ha sido categórica:

—Un mazazo así a tu reputación sería catastrófico para tu carrera. ¡Podrías convertirte en una paria como Katherine Heigl! Ya te veo en anuncios para fajas reductoras o posando para algún producto de La tienda en Casa o, peor, siendo la imagen de tiendas de segunda. ¿Es lo que quieres? Maldita sea, Bela. ¿Es que no has aprendido nada de Brad y Jennifer? Esas cosas hay que cuidarlas. Si te quieres ir con otro... Ojo, que no lo juzgo. No, no te atrevas a negarlo que he hecho que Carol confiese y, hablando del tema, déjame decirte, que tienes muy poco gusto. ¿Un fotógrafo desconocido? ¡Eres la gran Bela Ordóñez! Te he elevado a la más alta categoría, ¿y tú te relacionas con un don Nadie?

—Rosa, por ahí sí que no. Soy y seré libre de escoger a quien quiera y nadie va a imponerme una relación, te lo advierto.

—Pues, querida, eso es nuevo. Bien solícita estuviste con Laguerta cuando te lo propuse.

—¿Cómo?

—Bah. No me vengas con esas. Sabes de sobra que nos convenía. La publicidad que dio vuestro romance llenó las portadas durante meses y te convirtió en *trendic topic* durante días. Fue la noticia del momento y estuviste tan de acuerdo como yo.

—¿Insinúas que me acerqué a él por la fama?

—¿Insinuar? Pero bueno, ¿qué te pasa? ¡Lo planeamos juntas! El encuentro, el coqueteo... Lo que no intuíamos es que ese era más listo de lo que parecía por su planta. Nos caló a la primera y fue el más interesado en el acuerdo.

—¿Acuerdo? ¡¡Hablas de mi vida!! Y debería ser privada, no algo tan... ¡banal!

—Cariño, no hay nada de privado en ti. Querías llegar más alto que nadie y sabías el precio.

Ahora no puedes arrepentirte, Bela.

—Solo quiero ser normal. Como antes. —Me refería a mi vida como Belén, pero Rosa no lo entendió y creyó que hablaba de antes de triunfar.

—Tú jamás serás normal. Eres un personaje público y así lo quisiste, deseabas cada exclusiva, protagonizar todas las portadas y noticias. Vendiste tu imagen y tu vida, y desde entonces te debes a ello. ¿Cómo quieres privacidad cuando has sido tú la que ha abierto la puerta? Mira, Bela, puede que Carol tenga razón y estés pasando por una especie de crisis rara, pero supérala y si no puedes, irás a un psicólogo que te ayude a manejar esta nueva fobia que te ha dado, pero hazte a la idea de algo: nunca saldrás a cenar como cualquier otra mujer, nunca disfrutarás del cine sin que nadie te pare y te pida un autógrafo, nunca serás Belén, esa joven tímida que se presentó ante mí para que la representase y la catapultase a lo más alto. Eres la persona más famosa de España, ahora no hay marcha atrás.

La miré furiosa, con ella y conmigo, porque empezaba a pensar que el jodido destino era un cabrón de la leche y sí, me había concedido el deseo que más quería, pero no como yo imaginaba. Tenía la vida de Débora Cruz, pero no se parecía en nada a lo que yo había soñado. Ella no era completamente libre, al final todos tenemos cadenas, solo que las de algunos son menos visibles. Ahora tenía que comerme esto: una existencia repleta de fama y dinero, pero fría, solitaria y ambiciosa. Joder, ¿por qué no pude desear un chucho?

—En fin. Eso. Que las cosas hay que hacerlas bien —continuó Rosa—. Creamos una crisis, si quieres empezamos esta noche; la vendemos, y después comunicado oficial. Ah, y lo del Adri ese ya lo hablaremos.

—No pienso planear mi vida sentimental contigo, Rosa.

—¿Acaso has pensado en lo que pasará en cuanto se entere la prensa? Su vida dejará de ser privada. Lo acosarán día y noche los paparazis, Bela. ¿Estará preparado?

En ese momento, la he odiado porque tiene razón, la vida de Adri se pondría patas arriba. Pero renunciar a él no es una opción, antes me cargo esta carrera que perderlo. Adrián es el amor de mi vida, mi alma gemela, y da igual el universo en el que me encuentre, eso es tan cierto como que soy alérgica a las almendras. Si voy a quedarme aquí, lo haré con él a mi lado. Encontraré el modo de no perjudicarlo, de llevarlo en secreto si es preciso y alejarlo de los objetivos.

Los dedos tamborileantes de Álex Laguerta me traen al presente y lo miro de mala leche porque me acabo de encender yo sola al recordar la conversación con Rosa.

—¿Qué quieres? —le respondo. Él está acomodado en un taburete y me observa desde ahí. Lleva una media hora en la mesa bufando porque Rosa todavía no ha regresado desde que se marchó a comprarnos el desayuno en una tienda *gourmet* de la zona.

Hará más o menos dos horas que Álex ha llegado. Vestía ropa informal y portaba una bolsa de deporte, y me he quedado a cuadros cuando lo he visto cambiarse. Se ha puesto un pijama para simular que ha pasado la noche en casa y que vamos a desayunar juntos. Qué ridículo. Nunca me acostumbraré a estas cosas.

—Nena, llama a Rosa otra vez. Se me está haciendo tarde y no quiero marcharme sin publicar las fotografías juntos. Dile que se dé prisa que tengo hambre; anoche comí poquísimo. —Esto lo dice con ojos acusadores porque ayer me negué a que cenase con nosotras y se inmiscuyese en mi reunión. En realidad me daban igual los negocios, pero después de ver a Adri no me apetecía nada estar con Álex y fingir.

Estoy cogiendo una tirria de la leche a esa palabra: fingir.

Cuando le contesté que no, al parecer, le entró tal berrinche que ingirió algo de fruta y poco

más. Estuvo fundiéndome el móvil hasta que acepté que viniese por la mañana. Obviamente, nada más entrar por la puerta ha volcado todo su enfado sobre mí, por lo visto no está acostumbrado a que lo dejen de lado.

—¡Pues háztelo tú! La nevera está llena. Y ahí tienes naranjas. Mira, de paso, hazme un zumo a mí también, que ya es tarde. —No sé ni por qué digo eso, pues lo último que me apetece es comer nada al lado del cachas este.

Abre los ojos como platos ante mi sugerencia.

—¿Qué? ¿Cuándo me has visto cocinar? Hazlo tú, que eres la tía. Y si no, esperamos a Rosa que para eso le pagas. Siempre lo hemos hecho así. ¿Tienes la regla? Porque, nena, estás de lo más rara. —Me contengo antes de usar la violencia.

—Mira, Álex, esto no funciona. No eres tú, de verdad, aunque lo parezca. Soy yo, que necesito espacio. —Sí, estoy tirando de tópicos y pasándome por todos mis agujeros corporales las recomendaciones de Rosa, pero es que no lo soporto más. Creo que lo justo para él y para mí es que sigamos caminos separados—. Conocerme a mí misma y aprender a amar. Cuando me respete y me quiera como merezco, podré abrir mi corazón a otra persona. No te lo tomes a mal, ¿vale? Es lo mejor porque tú y yo no casamos. No estoy al cien por cien en esta relación y no lo estaré, te mereces más.

—¿Qué estás diciendo, nena? ¿Tienes otra crisis? —Lo he intentado, el ser maja, pero joder, es que saca lo peor de mí.

—¡¡Que no me llames nena!!

—¡Pero nena! —insiste—. Es que no lo entiendo.

—Se ha terminado, Álex. Mira, no eres mal chaval, pero estamos en puntos distintos. Digamos que he cambiado, que soy otra Bela, y con esta no funciona lo nuestro.

—¡No puedes dejarme! Si nos va genial, te quiero y somos la pareja del momento. ¡La gente espera que sigamos y nos prometamos! Ya lo habíamos hablado, ¿recuerdas? Nuestra popularidad aumenta con esta relación. Además, no vas a darme puerta tú. Mierda, Bela. ¿Sabes en lo que me convertiría? En el abandonado. No, guapa, no. ¡Nunca ha cortado conmigo una tía!

«Pues ya iba siendo hora. ¡Menudo ego!»

—Joder. No es una transacción, Álex.

—¿Que no? Sabes que nos ha beneficiado a ambos.

—Maldita sea, estoy harta de oír esa tontería. No quiero hacerte daño, de verdad, pero es lo mejor. —Se lo digo más calmada porque tampoco soy una desalmada, puede que el chico esté enamorado de la antigua Bela y no quiero pisotearlo. No soy tan perra.

—No sigas, Bela, o te arrepentirás.

—¿En serio? Venga, Álex.

—¿Quién es?

—¿Cómo?

—Te conozco, Bela. Tú no haces nada a medias. Hay otro, ¿verdad? Yo sé que tienes tus líos, como yo. Pero la fidelidad nunca ha sido nuestro punto fuerte y los dos estamos de acuerdo con ello y lo aceptamos. Entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué no puedes dejarlo estar? Eso de separarnos es una idiotez. Mira, haz lo que tengas que hacer, llévalo en secreto, y olvida esta absurda idea.

—Álex...

—¡No lo permitiré! —Se pasa las manos por la cara y de pronto me mira con tal fragilidad que me siento fatal por él. Su tono se suaviza y la rabia de sus ojos se evapora—. Bela, cariño, te quiero y sé que tú...

—Por favor, Álex. Respeta mi decisión. Sé que ahora no lo ves, pero estoy segura de que encontrarás a alguien y serás feliz, ya lo verás.

—¡Pues no! ¡¡No!! No vas a dejarme, Bela.

—Lo siento. —Lo afirmo de verdad, no quisiera hacerle daño porque bajo toda esa superficialidad intuyo que hay un corazón desquebrajándose y me jode ser la causante, pero no puedo estar con él, eso sería peor para los dos porque esta Bela ama a otro hombre.

—Bela, ¿y está noche qué? ¡Soy tu acompañante!

—Lo mejor es que vaya sola.

—Pero... ¡Hablarán!

—Pues que lo hagan, me da igual.

Parpadea, se muerde el labio y noto que durante unos segundos se desinfla. Cuando abre la boca, su voz suena tensa, pero más suave:

—¿Es que no me quieres? ¿Te da igual mandar a la mierda todo?

—Lo siento. Por favor entiende...

De una patada hace volar mi taburete. Sus ojos escupen fuego y su boca está tan apretada que deforma de rabia sus rasgos.

— ¡Y una mierda! Tú qué vas a sentir si eres la persona más caprichosa y egoísta que conozco.

—Lanza una carcajada amarga—. Más que yo y eso ya es decir. Pero te lo advierto, Bela. No joderás mi reputación por abrirte de piernas con otro. ¡Zorra!

Me pongo en pie muy furiosa. Se ha pasado cien pueblos.

—¡Largo! ¡¡Fuera! Vete de mi casa y ni se te ocurra volver. —Señalo la puerta. Él se pone en pie también enfadado y se aleja. Antes de irse se gira hacia mí.

—Esto no ha terminado, Bela.

—Claro que sí. Es un para siempre, *nene*.

Cuando me quedo sola, suspiro. Recuerdo las historias de Débora Cruz que tanto envidiaba porque se la veía feliz cada mañana junto a él en la cama, desayunando o dando un paseo y ahora sé que es falso. Una fachada pintada y decorada para los demás, pero ya está. Cierro los ojos y una lágrima solitaria se me escapa y recorre mi rostro. Echo de menos mi casa, a mi marido y a mi hija. A ese zumo de naranja recién exprimido que me esperaba cada mañana al despertarme.

Adri...

Capítulo 15

Como Rose DeWitt en *Titanic*

—¡Mierda, Bela! Todavía no sé ni cómo me has convencido para esta locura.

—Vamos, no seas protestona. Saldrá bien, ya verás. Y deja de llamarme Bela, ya te he dicho que prefiero Belén.

Sonríó al leer la preocupación en el rostro de Carol, pero estoy decidida. No sé cuánto tiempo tengo, pero no lo desperdiciaré. Voy a poner las cartas sobre la mesa y, como dice mi madre: «A situaciones jodidas, medidas desesperadas».

Al pensar en ella me invade la ternura, pues a pesar de ser una tía rancia que, por lo visto, ha pasado de ellos durante años, solo he tenido que marcar su número y al segundo tono ya la tenía ahí, dispuesta como siempre. Por supuesto que me he guardado para mí todo el rollo del anillo, pero me he disculpado por no haber estado presente en los últimos tiempos y le he prometido que va a mejorar. Ella tan solo ha contestado:

—Belén, soy tu madre, y eso no va a cambiar por muy famosa que seas. La familia siempre estará ahí cuando la necesites. Puedes y podrás contar conmigo, cariño. Y no es preciso que vengas a vernos, ya sé que estás muy ocupada.

—Claro que sí, mamá. Me esforzaré más. Estar ocupada no es excusa, sacaré tiempo y se acabó lo de vernos mediante cita. —Silencio. Sé que la he sorprendido, oigo que solloza—. ¿Mamá? ¿Estás bien?

—Lo siento, perla. Es que... Sé que tu vida ha sido un caos, tranquila, no te fustigues. Solo... Es que te hemos echado mucho de menos. Yo te he echado de menos. Nuestras conversaciones de antes y... —Se pone a llorar.

Genial. Ahora sí que me siento mal. Me recuerdo que en esta vida o en la otra, he de preocuparme más por ella. Apuntado como tarea pendiente.

—Mamá...

—Ay. Menuda tonta. La edad, Belén, que me vuelve sensibleras. —Hace una pausa—. Oye, ¿tú no tenías hoy lo de los premios? Cariño, qué orgullosos estamos de ti.

—Es esta noche.

—¿Estás nerviosa?

—¿Nerviosa? No, pero sí emocionada. Es la primera vez que recibo un premio y más uno tan importante.

—Bueno, cariño, la semana pasada te dieron otro. Y el mes anterior estuviste nominada a...

—Ya, ya. Pero me siento como si fuese la primera vez. Es raro. Mamá, ¿qué te parece si cancelamos la cita del lunes?

—¿No quieres que vayamos? —Su voz denota preocupación y tristeza.

—No.

—Bueno, cariño, como tú veas, si tienes otros planes...

—Iré yo. —La corto—. Todo el fin de semana. Papá podría hacer una de sus famosas

barbacoas.

—Menuda alegría le vas a dar. Se va a poner más contento que un perro con dos colas.

—Avisad a toda la familia.

—¿A toda?

—Sí.

—Pero Belén, la última vez... ¿No recuerdas cómo te saturaste? Te pedían autógrafos y te machacaban a preguntas sobre tu vida personal. Juraste que no lo repetirías más y estuvimos meses sin verte. Me da miedo...

—Joder, qué tía más gilipollas.

—¿Cómo?

—Tú no, mamá, Bela.

—¿Eh?

—La otra Bela.

«Mierda, Belén, cierra la boca, que lo estás enredando más», me ordeno.

—No te sigo, cariño.

—Es que hay dos, mamá: Belén y Bela. El psicólogo me ha ayudado a separar la vida personal de la profesional. Ahora sé gestionarlo.

—¿Has ido al psicólogo? ¡No me lo habías contado!

—Bueno, para no preocuparte. —Intento arreglarlo porque la noto molesta.

—¿Pero estás bien?

—Mejor que nunca.

—La verdad es que se te ve más animada.

—Porque lo estoy.

—¿Y el chico? ¿Vendrá contigo?

—¿Álex Laguerta?

—Tu novio, sí.

—Ah, no, mamá. Eso se ha acabado.

—¿Sí? —Parece insegura; recelosa de preguntarlo.

—Creo que es la mejor decisión que he tomado.

—Ay, cariño, qué alegría. Mira que se lo decía a tu padre, que ese no era para ti. Tienes que darme el teléfono de tu terapeuta, que a tu tía Puri podría irle bien con la morriña que tiene por la menopausia. Y por lo que veo ha obrado milagros contigo, la última vez que insinué que no te convenía el actor casi me comes.

—Es que a veces soy un poco idiota, mamá.

Ella emite una carcajada jubilosa, la noto contenta.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Bueno, mamá, tengo que dejarte. Carol está ya en casa. Vamos a ver a Adrián, mi Adrián. Pasará estas semanas en la ciudad, me lo encontré ayer de casualidad.

—El vecino de los abuelos. ¡Qué loca te tenía! Ay, cariño, ten cuidado, que el pobre se quedó fatal cuando te marchaste.

—Puede que también sea hora de arreglar mis metidas de pata.

—Te confieso que siempre creí que terminaríais juntos, erais como uña y carne por aquel entonces. De pequeña afirmabas que te casarías con él, ¡qué cosas!

—Pues que no se diga, tengo unos días para intentarlo. —Las dos acabamos riendo.

—¡Belén!

—No voy a dejarlo escapar, mamá. Esta vez, no.

—Esa es mi chica. ¡A por él! Esta noche me llamas, quiero que me cuentes todo.

—Vale. ¿Mamá?

—Dime, perla.

—Te quiero. —Silencio. La oigo sorber por la nariz e hipar. Tras unos segundos, me susurra:

—Y yo mi vida, y yo.

Cuelgo y recibo a Carol.

Desde esa conversación han pasado dos horas. Hemos esquivado a Rosa, que sigue enfadada porque le he dado puerta a Álex sin su permiso, y me he arreglado a conciencia. Llevo una gabardina, el cabello ondulado y el rostro maquillado a la perfección gracias a mi amiga. Me siento *sexy* y segura de mí misma. Menos mal, porque si no, no sería capaz de hacer esto.

He de reconocer que aunque echo muchísimo de menos a mi Ángela, el tener mi antigua talla es un punto a favor. Esto me ha hecho reflexionar y me he propuesto que si regreso a la vida de antes, me apuntaré al gimnasio. Se acabó el lamentarme por mi cuerpo, pero no hacer nada para remediarlo.

—Mira, ahí está. —Señalo a nuestra presa—. Vamos, Carol. Abórdala.

—De verdad que no me pagas lo suficiente. Casi te prefería cuando no me soportabas — protesta.

—Mentirosa —le digo con una sonrisa. Pone los ojos en blanco y chasquea con la lengua. Se levanta y yo sigo en cuclillas, escondida tras un seto, mientras observo cómo se acerca a la chica. Habla con ella y la soborna con trescientos euros. La otra niega con la cabeza. Carol suspira y justo cuando se va a dar media vuelta, la coge del brazo. Al final saca mi cartera y extrae más billetes. La rubia los coge, asiente y se marcha. Carol regresa casi corriendo hacia mí.

—Espero que estés segura de esto porque la tía te ha cobrado quinientos pavos.

—¡Joder! Bueno, no importa. Tengo que aprovechar la oportunidad.

Me mira sorprendida.

—Qué cambiada estás. —Sonríe con orgullo—. Mucha suerte... amiga.

Mis ojos se empañan. Le toco la mano y se la estrecho.

—Ojalá salga bien.

—¿Tienes claro el plan?

Asiento, me despido y me alejo. En realidad no tengo ni idea de qué voy a hacer, tan solo espero que ocurra un poco lo de Rose DeWitt en *Titanic*. Me desnudo y acabamos dándole como locos en su coche, con los cristales empañados. ¿Muy fantasioso? Bueno, me sirve cualquier cosa, hasta el suelo de la clase.

Una vez Adri me dijo en broma que la única forma de perdonarme sería con altas dosis de sexo, que siempre se rendiría a mi cuerpo. Vale, que me comiese su postre no se puede comparar con haberlo dejado tirado durante años, pero el no ya lo tengo. Quizá la táctica funcione. ¿Qué puedo perder?

«¿A parte de tu dignidad y de morirte de vergüenza si te rechaza? Shh, ¡calla!», le ordeno a mi traicionera mente.

Entro en el edificio y me dirijo a la segunda planta. Adivinar dónde se realiza el curso de Adri ha sido un tanto difícil, pero al final lo hemos conseguido. Por suerte hoy es una sesión privada. Él y su modelo, que ahora, tras sobornar a la voluntaria que había contratado, soy yo.

Estoy muy nerviosa. Abro la puerta de la sala y me acerco a la tarima. Veo que está todo preparado para la sesión de fotos. Él está de espaldas a mí, toqueteando un objetivo.

—¡Hola! —Sé que se va a girar y pienso: «Belén, es ahora o nunca». Abro la gabardina y la dejo caer, quedando ante él como mi santa madre me trajo al mundo.

Ante mi saludo Adri se gira. Me contempla y se tambalea. Los ojos, de tamaños galácticos, me dicen que he acertado. Traga saliva. Sonríe, seductora. Me acerco lentamente y, cuando nos separa un palmo, alzo los ojos lentamente.

—Belén... ¿Qué haces?

—¿Empezamos? —susurro. Mis dedos juegan por su pecho y suben hasta arriba y se sumergen en su cabello.

—Tú... ¿Dónde... dónde está Cristina?

—Hoy posaré yo para ti. —Me doy la vuelta y me acerco a la silla del centro.

—Pero... —Vuelve a tragar saliva. Tiene la frente perlada de sudor. Se la limpia con la mano y respira entrecortadamente. Sujeta la cámara con manos temblorosas y veo que él está tan nervioso como yo, que me estoy haciendo la conquistadora, pero estoy tan atacada como él.

—¿Me coloco aquí?

Él asiente varias veces.

—¿Cómo me pongo? —Se mesa el cabello y me observa con la boca abierta mientras me sitúo en el sillón con la estudiada pose de la del *Titanic*. Confieso que tengo hasta un pedrusco entre las tetas, es que ese objeto siempre me ha parecido muy sensual. Creo que le da como un toque erótico a la escena y a Jack claramente se le cae la baba cuando lo está pintando.

Me lo toco a propósito y veo que sus ojos siguen mi movimiento, acaricio como al descuido mis pechos.

—¿Me lo quito? —le pregunto. Él se sobresalta.

—¿Eh!? —chilla. Lo conozco bien y sé cuán alterado está, casi tanto o más que yo.

—El collar, ¿me lo dejas?

—Sí, sí. No. Bueno, como quieras. —Lo torturo un poquito más. Acaricio el collar y rozo mi parte delantera de nuevo.

—Entonces, se queda.

—¡Belén! Joder. —Se pasa una mano por la cara—. ¿¡Qué demonios haces aquí!? Esto no es buena idea.

—Solo son unas fotos, Adri.

—No, no. Tú sabes... ¿Tienes novio, Bela!

—Belén.

—Mierda, Belén. ¿Qué pasa con Lagurta?

—Jamás dirás bien su apellido. —Sonríe al recordar cómo en mi otra vida, Adri tampoco lo pronunciaba bien.

—¿Qué?

—Nada, déjalo.

—¿Qué pasa con él, Belén?

—Pues no lo sé. No se lo he preguntado.

—Es tu novio.

—Incorrecto. *Era* mi novio. —Omito que desde hace tan solo unas horas porque para mí Álex nunca ha sido mi pareja.

—Pero la prensa... Yo pensaba...

—No creas todo lo que lees, Adri. ¿Abro las piernas? —Lo hago y él gime, sus rodillas flojean y se sujeta a la silla—. O me quedo así, tumbada.

—Yo...

—El pelo, ¿cómo lo quieres? —Me lo atuso y cierro los ojos mientras me muerdo el labio. Vuelve a gemir. Esta vez más sonoro. Doy un brinco cuando habla; lo tengo justo enfrente.

—Me estás matando, lo sabes, ¿no?

—¿Sí? —Estiro los labios, mientras mis ojos se plagan de malicia. Su mirada captura la mía y leo la pasión reprimida, el amor no olvidado y el salvajismo que lo domina tanto como a mí. Lo deseo, y veo que es recíproco. Mira por dónde que sí voy a tener un Rose, pero me da que no llegaremos hasta el coche. Al final, el suelo es la opción más viable.

Adrián se agacha y acuna mi cara entre sus manos.

—No es buena idea, Bel.

Solo él me llama así.

Adrián suspira. Está pálido, extremadamente pálido.

—Te equivocas. Es la mejor.

Y me lanzo, sin tregua. Capturo su boca y mi lengua asalta y provoca la suya. No tengo que esforzarme mucho porque su hambre iguala a la mía. Desesperados, como si solouviésemos ese momento y, quizá, así lo pensamos los dos. Noto sus dedos, sus yemas, acariciando todo mi cuerpo. Cuello, pecho, estómago, piernas... ¡Qué tortura! Joder, hacía tanto que no lo hacíamos así que casi siento que estoy con otro, como si le pusiese los cuernos a mi propio marido.

Nueva nota mental: follar más con Adri. A ser posible, de forma salvaje.

Me toca donde sabe que saltaré, ejerce presión ahí y masajea como solo este hombre es capaz de hacerlo para acelerarme y volverme loca. Noto que me cuesta respirar. Él tiene los ojos encendidos, oscuros, y su respiración se ha avivado de tal forma que iguala a la mía. Me abre las piernas y yo gimo. Sigo sentada en el sofá, así que reclino la espalda y echo la cabeza hacia atrás cuando noto su aliento en mi ingle. Cierro los ojos y brinco cuando su lengua me lame. Me muerde los muslos y besa mis rodillas. Quiero que vuelva al centro, y sé que lo hará porque el juego acaba de empezar; no parará hasta que me retuerza de placer.

Levanta la cabeza y yo inclino la mía para mirarlo, me sonrío mientras su dedo me masajea. Me muerdo los labios por el placer que siento, creo que nunca he estado tan cachonda como hoy. Aguanto un fortísimo gemido y él aprovecha para sustituir el dedo con la boca y devorar mi sexo. Cuando voy a estallar para. Protesto y oigo su risa.

Sube hacia arriba plagándome de besos. Estómago, pechos... Lame mi pezón derecho hasta que me retuerzo y grito. Entonces, ataca el izquierdo. Quiero tocarlo, devolverle el placer. Lo aparto con una mano y él da un paso hacia atrás para arrancarse la sudadera. Mientras, yo desabrocho su pantalón y lo bajo de un tirón, llevándome a la vez los boxers negros. Lo libero y veo que la tiene más tiesa que el mástil de un barco. Me aparto un poco para que no me saque un ojo cuando se despoja de la camiseta interior y la agarro con la mano. Él gime y se sujeta a mis hombros para no caer.

—Joder, Bel... Me matas.

—No mueras todavía, que no hemos terminado. —Le provoco con una sonrisa.

Lanza una carcajada que se convierte en un gemido cuando me la meto en la boca y lo lamo.

—Dios —repite con voz tensa.

Cuando noto unas gotas sobre mi lengua, me aparto, no quiero que se corra, todavía, no. Me pongo en pie y me pego a él, me agarro a su cuello y lo beso. Sus manos vuelan hacia mi piel, y la calienta de tal forma, que siento que arde cada zona que toca. Nos besamos con ímpetu y frenesí, mientras nuestras manos juegan y nos ponen a mil por hora.

Se tumba en el sofá y me lleva consigo, colocándose encima, pero sin entrar, acariciándome con su erección. Mientras muerde mis pezones, veo que con su mano derecha intenta coger la cartera. Extrae un preservativo y, al hacerlo, varias monedas golpean el suelo de forma sonora. Torpemente retira el plástico y se lo coloca.

—Vas preparado.

—Igual está hasta caducado. No deberías fiarte. Si quieres que yo...

—¡Ni se te ocurra parar! —le ordeno con ansiedad. Estoy tan excitada que no concibo dejarlo así. Además, estoy segura de que mi otro yo, dado que la maternidad no le resulta nada placentera, toma la píldora.

Lanza una carcajada ante mi estallido y yo le guiño un ojo. Me embiste y con mucha facilidad dada mi humedad se introduce dentro de mí, hasta el fondo.

Nuestros cuerpos encajan a la perfección. Gemimos al unísono. Me arqueo sobre él y comienzo a moverme en una cabalgada salvaje. Siento un escalofrío que nada tiene que ver con el frío. Echo la cabeza hacia atrás y chilló. Él vuelve a gemir y aprieta los labios. Sin previo aviso me agarra del trasero y de un salto me coloca debajo de él y sigue moviéndose. Me sujeto a su espalda, noto sus dedos moviéndose en mi centro, buscando mi placer. Mis caderas le siguen al mismo ritmo y poco a poco noto cómo mi cuerpo se estremece y tiembla. Un orgasmo como nunca lo he sentido me sacude, él aprovecha para introducirse un poco más y agarra con fuerza mi culo. Grita cuando yo lo hago, pero no emitimos sonido porque sus labios han capturado los míos y nuestros nombres se pierden en el fondo de la boca del otro. El estallido es enorme.

—Joder. —Esto lo digo yo, con resuello. Él ríe y me besa de nuevo. Sus ojos me buscan. Leo en ellos diversión, deseo, añoranza y... ¿un retazo de amor? ¿Sentirá todavía algo por la mujer que lo abandonó? Los míos, segurito, que le muestran lo mucho que lo quiero. Le acaricio el rostro y le sonrío con ternura.

—¿Y ahora qué, Bel? —Me muerdo el labio y parpadeo inocente.

—Ahora descansamos y repetimos.

Su carcajada llena la estancia.

Capítulo 16

La mujer del año

No me avergüenza, en absoluto, confesar que he huido antes de que lo hiciese él. Sé que tomar un café no es lo mismo que asaltarlo como lo he hecho, pero podría decirse que el reencuentro ha ido a las mil maravillas. He despertado su curiosidad —además de otras partes de su anatomía—, y aunque antes de que acabe el día se preguntará varias veces qué ha pasado, qué hemos hecho y por qué me ha dejado seducirlo... —conozco demasiado bien los entresijos de la mente de mi marido—, he dado un paso, y espero que importante. Sea como fuere, al menos, hoy rondaré por su cabeza.

Rosa, por una vez, me ha puesto en bandeja la escapatoria porque me ha llamado en el momento exacto, ese en el que la pasión ha dado pie a las dudas y la incertidumbre.

—Bel, yo... —ha comenzado él. El móvil ha sonado y he levantado el dedo índice de la mano derecha pidiéndole un segundo. Casi he volado hacia mi abrigo, me lo he puesto y he descolgado, mientras me calzaba los tacones:

—¿Sí?

Adrián seguía petrificado. Después, de forma mecánica, se ha pasado varias veces las manos por el cabello. Le he sonreído para animarlo, pues estaba francamente aturdido y confuso. Creo que se estaría preguntando una y otra vez: «¿Qué cojones ha pasado aquí?». Y, oye, lo entiendo, porque después de todo hacía mucho que no nos veíamos y tras un breve encuentro, me presento en su curso, me desnudo, lo excito y lo desestabilizo completamente.

—¿Dónde demonios te has metido? Dime que estás llegando por lo que más quieras.

—¿Rosa? Eh... No. Me he cogido la tarde libre, ¿vale?

—Ah, vale, vale. Venga, pues ya le digo a todos que se vayan a sus casas.

—Bueno... Gracias. —«¿Qué todos?», me he preguntado, y justo cuando iba a colgar he oído un chillido histérico.

—¿¡¡¡Estás loca!!!? —ha vociferado.

—¿Perdona?

—Dios sabe que lo intento, claro que sí, pero agotas mi paciencia y mi buen juicio. Y acabo alzando la voz. A ti, sobre todo. Y no debería porque en teoría eres mi jefa, y señalo ese en teoría, que conste, puesto que últimamente parece que tenemos los papeles cambiados. ¿¡Qué pasa contigo!? Bela, te estamos esperando. ¡¡Todos!!

—Pero ¿quiénes?

—Querida, si te has propuesto que hoy me dé una arritmia, que sepas que vas por el camino adecuado. ¡La gala! ¿Recuerdas que cierta modelo es la mujer del año de la revista Las mujeres de hoy y que en menos de dos horas tiene que estar lista? Oh, pero no pasa nada, tú tranquila, eh. Disfruta de tus horas de desconexión. —He sonreído ante sus palabras, pues su tono dejaba bien claro que como no regresase en cinco minutos iba a lanzar sobre mí todas las pestes del mundo. Menudo carácter, Rosa se llevaría a las mil maravillas con la antigua Octavia.

—Mierda, eso. Ni me acordaba. Vale, disculpa, voy para allá.

—No tardes, hazme el favor.

He colgado y me he mordido el labio, mientras lo encaraba con ojos inocentes. Por su gesto, he sabido que estaba molesto, seguramente porque me marchaba sin darle explicaciones.

—Me tengo que ir, lo siento. Esta noche tengo la gala de la revista *Las mujeres de hoy* y me van a dar el premio este año... —He dado varios pasos hasta quedar casi pegada a él. Como seguía en el sofá, ha alzado la cabeza hasta que nuestros ojos se han encontrado. Le he acariciado dulcemente la mejilla—. Escucha, Adri. Sé que... Yo... —He tragado saliva, incapaz de decir mucho más. Al final he optado por escurrir el bulto, como dice mi madre—. ¿Querías tomar un café, no? Vale, pues queda pendiente.

No me ha pasado por alto esas cejas levantadas y esos rasgos que revelaban tanta incredulidad como sorpresa, antes de darle un casto beso en los labios y, literalmente, correr hacia la salida.

Ahora, mientras Carlos y José me hacen las fotografías y los vídeos con el modelito de esta noche, pienso en él y me pregunto qué voy a hacer, ¿cómo se reconquista a un marido?

—¿Qué? —Mierda. Parece que lo he dicho en voz alta. Carlos, el más joven de los dos —de unos veintipocos—, me mira de forma interrogante con esos ojos pardos que tiene. Es un chico peculiar, que siempre está de buen humor. Cabello castaño largo —suele llevar coleta, pero apostaría que mide más que el mío—, nariz aguileña, alto y delgado. Todo lo contrario a su hermano; bajito, mucho más grueso —casi el doble— y con escasa cabellera. Pienso en lo poco deseado que habría sido su pelo por los guerreros Sioux y resoplo. ¿Qué pintan los indígenas norteamericanos ahora?

Carlos se rasca la barba y espera.

—Solo pensaba en voz alta —respondo, avergonzada.

—¿Te podemos ayudar? Está claro que algo te preocupa, Bela, y hasta que no lo sueltes tu cara lo reflejará.

—No, yo...

—Al objetivo no puedes engañarlo. —Alza la cámara como para reforzar sus palabras. José le da un puñetazo y lo mira furioso.

—Pero bueno, ¿qué haces? ¿Y a ti qué te importa? No la molestes, idiota.

—Oh no, tranquilo. Ha sido muy amable al preocuparse. Es que estoy distraída, tiene razón.

José me mira de hito en hito y hasta Carlos parece sorprendido. Me apostaría mis nuevas pestañas postizas a que la antigua Bela jamás habría dicho eso. Es más, puede que ni les hubiese dedicado más de dos palabras. Menuda gilipollas era mi otro yo; hasta a mí me cae como el culo.

Decido aprovecharme y pedirles opinión.

—Tan solo reflexionaba sobre cómo se podría reconquistar a un ex.

—No creo que usted tenga problemas para enamorar a alguien con lo bella e importante que es —me halaga José. Le sonrío agradecida por sus palabras.

Qué formal es el cámara, parece sacado de una novela de Jane Austen, me vengo arriba porque a veces soy un poco tonta y le contesto marcándome una respuesta cortés, como las de mis novelas románticas de época victoriana. Y la verdad es que hoy podría pasar por una gran dama, con este vestido largo de tono salmón, palabra de honor, pedrería en la parte central y una pequeña cola. Me han hecho un moño bajo con la raya al medio y me han colocado unos brillantes de Tous, preciosísimos. El *clutch* dorado es de la misma marca que las joyas. Taconazos y un

impresionante maquillaje, obra de mi talentosa amiga.

No debería ser yo quien lo diga, pero no estoy nada mal, me han sacado todo el jugo posible.

—Eso es muy galante de tu parte, José, pero hasta las famosas tenemos problemas del corazón.

—Sexo. Esa es la respuesta que necesitas.

—¡No seas burro, Carlos! —le replica su hermano.

—Ella ha preguntado, José, y sabes tan bien como yo que es lo único que funciona con los tíos.

—Será contigo que eres un bestia, pero no generalices, que todos no somos iguales. El sexo no lleva a otra cosa, te lo aseguro.

Carlos pone los ojos en blanco.

—¿Y si hay sentimientos enterrados que se niega a dejar salir a la superficie? —pregunto con ansiedad, este tema es muy importante para mí.

Carlos me sonrío con ternura antes de contestarme.

—Hazme caso, Bela. Sexo. Lllamarás su atención, que es lo que necesitas. Más si fue una ruptura dolorosa. —Asiento.

—Pamplinas. Seducción, esa es la clave. Recuérdale con palabras, besos y actos los sentimientos que os unieron. Haz que rememore lo que hubo entre vosotros y sé paciente hasta llegar a su corazón —apunta rápidamente José, contradiciendo a Carlos.

—Sí, sí, todo eso, pero primero échale un buen polvo de reconciliación, que nunca falla.

—¡¡Carlos!! —grita José, escandalizado. Yo lanzo una carcajada, divertida.

—Gracias, chicos. —Y, atendiendo a un impulso, los abrazo, volviendo a asombrarlos.

—Bela... ¿Puedo ser sincero?

—¿Es que no lo has sido ya? —protesta José, enfadado con su hermano.

—Claro que sí —le respondo con sinceridad.

—Estás cambiada. No sé... Pareces otra y... me gusta, me gusta mucho más. Solo quería que lo supieses, aunque me vaya a costar un sermón de *este* durante horas. —Cabecea hacia un José tan enfadado que puedo ver la vena de la garganta como si se la hubiese pintado con un rotulador.

—¡¡¡Carlos!!!

Me alejo con una sonrisa pues Rosa está impacientándose en la puerta. Oigo como, efectivamente, José recrimina a Carlos por, según él, atosigarme y meterse donde nadie le llama, y me hace mucha gracia. Me pregunto cómo dos personas que comparten sangre y genes pueden ser tan absolutamente distintos.

Después de eso, las horas vuelan, y en menos de un parpadeo, termina la noche.

Ha sido una velada tan mágica que todavía estoy estremecida. Los focos, los aplausos, los gritos a la entrada... Todos esos periodistas que me llamaban y me hacían posar para ellos. El salón, grande y precioso, estaba decorado de forma tan majestuosa que sentí un orgullo enorme por las de mi sexo. Por las paredes colgaban frases e imágenes de las mujeres que han cambiado el mundo.

La noche solo se empañó por dos sucesos: la aparición de Laguerta y el discurso que me tocó dar. En cuanto a lo primero, tuve que soportarlo toda la cena y evitar sus toqueteos e insinuaciones. Poco me faltó para proclamar a mis compañeros de mesa que *ese* no era nada mío, como intentaba hacerles creer.

—¿Qué estás haciendo, Álex? —siseé muy enfadada.

—Soy tu acompañante, ¿recuerdas?

—Te dejé bien claro que vendría sola.

—¿Ah sí? No te oiría.

—Ya, claro. ¿También te falló el oído cuando te chillé que se había acabado? Porque no te estás comportando como un ex.

—Tenía que venir. Lo habíamos anunciado y habría quedado fatal que no asistiese. Puede que a ti te importe una mierda, pero yo tengo una reputación que mantener. Mira, Bela, le he dado vueltas todo el día y no puedo obligarte a seguir a mi lado.

—Faltaría más.

Bufó con desdén.

—Algún día te arrepentirás y no sé si estaré dispuesto a darte una segunda oportunidad, nena. Esto que tú rechazas se lo rifan las demás. —Se pasó una mano por la parte de delante, dejando claro que *esto* era su fornido cuerpo.

—Bien, pues para ellas.

Resopló.

—Está bien, pues lo haremos a mi manera. Seguiremos siendo pareja, pero esta noche, en la fiesta, podemos fingir una discusión.

—Créeme, contigo no es necesario simular nada porque tu mera presencia a mi lado ya me hace estallar.

—¡No alces la voz, que te van a oír! Como te decía, podemos reñir en la fiesta y allanamos el terreno, ¿te parece? Empezamos a dejarnos ver en solitario y compartimos muy pocas fotos juntos. En unos meses anunciamos por medio de comunicado una ruptura y ya está. Podemos acordar varias exclusivas y qué vamos a contarle a la prensa. Esto, por supuesto, tras el documental que vas a grabar porque no pienso quedarme atrás, Bela.

—Ah, que tú también sales.

—Pues claro. En cuanto a la fiesta...

—¿Qué fiesta?

—¡La que hay después! Llevas meses hablando de ello. ¿Qué te pasa? Sigues de lo más rara.

—Mi idea es mejor, Álex. Mira, tú vas donde te dé la gana y yo me vuelvo a casa. Bastante tengo con evitar tus tentáculos durante la cena como para preocuparme también por una fiesta en la que vayas colocado. Ah, y eso de seguir juntos, olvídalo.

—Haz lo que te dé la gana.

—Pues eso.

Y como estaba enfrascada en nuestros susurros enfurecidos, no oí mi nombre. Y cuando me avisaron tan solo pude sonreír, levantarme y dirigirme al escenario. Recibí el premio, y casi me desmayo ahí mismo al saber que tenía que dar unas palabras. Estaba tan asustada que se me cortó la respiración y enmudecí. José, que intentaba grabarme más de cerca, apareció en mi campo de visión y me vino a la cabeza Jane Austen. Entonces supe qué decir. Di un paso y me acerqué al micrófono:

—Dedico este premio a todas esas mujeres que desde tiempos inmemorables lucharon para que hoy estemos aquí, defendiendo nuestras libertades, blandiendo su recuerdo y su esfuerzo. Me siento orgullosa y agradecida por este reconocimiento que no sé si es merecido, pero aun así lo honraré lo mejor que pueda para ensalzar la labor que hicieron y que nos dejaron pendiente. Porque somos nosotras, las de ahora, las que debemos continuar con su legado. Luchar juntas, apoyarnos y recordarnos que cuando una mujer da un paso lo hace con una pisada fuerte, decidida y duradera. —Levanto el premio con el brazo, sonrío y estallo con la adrenalina recorriendo cada poro de mi piel—: ¡Va por vosotras, hermanas!

Gracias a Dios nadie me tiró un tomate y hubo aplausos y vítores, sobre todo, femeninos.

Dos horas después aquí estoy, subida en un taxi, henchida de excitación, y con un único objetivo en la mente: compartir estas últimas horas con alguien verdaderamente especial. A por ti voy, Adrián.

Capítulo 17

¿Café de postre?

La puerta me parece enorme, como si fuese a tragarme. Levanto el brazo, cierro la mano en un puño, suspiro, y me preparo para tocar por tercera vez. Con lo envalentonada que venía yo y ha sido entrar al hotel y cubrirme de dudas.

Llevo mi buena media hora aquí plantada. Varios huéspedes de las habitaciones de al lado han salido en este tiempo y se me han quedado mirando, cosa normal pues estoy aquí dando vueltas, indecisa y vestida de gala. Al menos ninguno parece haberme reconocido.

—Venga, Belén. ¿A qué esperas, tonta? —me recrimino. «Contaré hasta diez», me digo. «Toco y que pase lo que pase. Ya está».

«Uno, dos, tres...». La mano se me dispara y asesto un golpetazo.

«Oh, no», el corazón me late tan deprisa que casi puedo oírlo como si fuese el sonido de un gong anunciando mi fatal desenlace o algo así. Pego la oreja a la puerta y escucho pisadas. Se enciende la luz. ¿Me dará tiempo a echar a correr en plan *Novia a la fuga*?

Me aparto justo cuando un Adrián despeinado y adormilado abre. Los ojos se le agrandan por la sorpresa y levanta las cejas.

—¿Belén? ¿Qué haces aquí?

Estoy paralizada.

—He venido a seducirte —le suelto de sopetón por los nervios.

Da un paso atrás con el asombro reflejado en sus atractivos rasgos. ¡Qué guapo es! Siempre me ha recordado al actor ese de *Sobrenatural*: Jensen Ackles. Me dan ganas de mandar a freír espárragos la contención, abrazarlo y besarlo hasta que nuestras bocas se irriten. Qué odioso es tenerlo tan cerca y tan lejos a la vez. ¡Es injusto! Este hombre era mi marido y ahora he de ir con pies de plomo.

—La mayoría de las mujeres no lo anunciarían —me dice, divertido.

—Bueno, nunca he sido como las demás. —Le guiño un ojo, le sonrío, y alzo el vaso de plástico que tengo en la mano ya casi escaldada de sostenerlo—. Esta vez sí he traído café.

—¿Ahora?

—He pensado que quizá lo necesitarías, porque voy a tenerte despierto varias horas. Te conviene energía extra.

Lanza una carcajada.

—Estás cambiada.

—Adrián, ¿vas a permitir que te demuestre lo mucho que te deseo o me tendrás aquí en la puerta una hora más? —Me acerco a él y le muerdo el labio. Estoy fingiendo una seguridad que no siento, por dentro estoy acobardada, rezando para que me dé una nueva oportunidad.

Levanto los ojos y lo busco, veo que en los suyos las dudas se debaten con el deseo. Los cierra y los vuelve a abrir repletos de pasión, siento sus manos en la espalda, pegándome a él, y noto su excitación a pesar de lo ancho que es mi vestido.

Sonrío. He ganado.

—¿Y el café? —pregunto juguetona mientras lo sigo besando y noto cómo cierra la puerta una vez que estamos dentro.

—Déjalo para el postre. Ahora solo quiero beberte a ti, saborearte entera.

Me coge el vaso y lo deja sobre la mesita que hay cerca de la entrada, me quita el bolsito y el abrigo.

Silba al observarme.

—Estás preciosa. Bueno, siempre lo has sido, Bel. —Me susurra mientras me besa el cuello. Suspiro de placer. Me baja la cremallera y desliza lentamente el vestido hacia abajo. Enseguida desabrocha el sujetador y da un paso hacia atrás para observarme. De pronto, me da vergüenza. Un calor bochornoso se instala en mis mejillas ante su escrutinio e inconscientemente coloco el brazo izquierdo sobre mi pecho—. No, no te escondas —me pide, mientras sus manos me acarician—. Son demasiado hermosos; tan redondos y llenos. Me gusta que se desborden, que se escapen de entre mis dedos. —Los masajea incesantemente y yo cierro los párpados, llevada por las sensaciones que me hace sentir. Me muerde el hombro y me continúa torturando con sus manos. Arqueo la espalda y le doy pleno acceso a mis senos para que incremente la presión sobre ellos.

Su boca vuelve a mi cuello para subir hasta la mía y fundirse, lengua con lengua en una cabalgada frenética. Su mano se desliza hacia abajo y acaricia mi estómago hasta darse paso bajo las medias y las bragas. No detengo su avance, al contrario, suplico para que llegue hasta donde quiero y él lo hace.

—Dios, Bel, estás empapada. Húmeda para mí. —Sin dejar de acariciarme me conduce hasta la cama y delicadamente me deja caer—. Necesito recordar tu sabor.

Me abre las piernas y pega su boca, siento su cálido aliento sobre mis medias y bragas. Echo la cabeza hacia atrás y gimo al notar la caricia de su lengua. Quiero gritarle que me quite las putas prendas, pero me callo porque sé que es parte de su juego, no me desnudará hasta que me lleve al límite.

La boca comienza a subir por mi estómago, dejándome besos húmedos, y sus dedos siguen rozándome entre mis cubiertos pliegues. Llega hasta mis pechos y los chupa con vehemencia, primero uno y luego el otro, haciendo que gima y me eche hacia atrás como si un rayo me hubiese atravesado. Se desplaza hasta el izquierdo y lo succiona, mientras su mano captura el derecho y lo masajea. Estira el pezón con la fuerza justa para darme placer, mientras sus dientes muerden delicadamente el otro.

Gimo ahogadamente y él captura mi boca, besándome hasta que pierdo el sentido. Sus manos vuelven a colarse entre lo que me queda de ropa hasta que tocan mis resbaladizos pliegues y, con dedos expertos, presionan una y otra vez. Su boca abandona la mía y vuelve a los senos. Me siento vulnerable, flácida entre sus brazos. Él no me da tregua, continúa tocando hasta que extrae todo mi placer y grito su nombre en un orgasmo que me sacude y estremece.

Se tumba sobre mí y me da tiernos besos en el cuello, yo resuello, con el corazón palpitante.

Entonces, se aparta para arrancarse el pijama y veo que no lleva calzoncitos, libera su excitación, tan dura como un tronco. Lo agarro antes de que me lo impida y lo succiono. Lo chupo hasta que le robo sonoros gemidos. Quiero una entrega desmedida, llevarlo a lo más alto y que su cuerpo me pertenezca tanto como el mío a él.

—Aaaah, sííí... Dios, Bel... —Levanto los ojos y veo su rostro contraído. Se está mordiendo los labios mientras levanta las caderas para darme pleno acceso. Yo me lo introduzco un poco más, cogiéndolo del culo y apretándole las nalgas con fuerza, y él chillaba. Sus manos descansan

sobre mi cabeza ejerciendo una leve presión, pero sin forzar, me ha dado las riendas y pienso utilizarlas. Su respiración se vuelve rápida y superficial. Jadea y cuando noto unas pequeñas gotas sobre mi lengua, me aparto. Me mira con desesperación y se inclina para besarme—. Es mi turno, otra vez —me susurra antes de quitarme los zapatos. Las medias y las bragas vuelan tan rápido que ni me percató. Me tumba y ataca mi clítoris con su lengua.

Inmediatamente me excito y no importa que me haya corrido hace apenas unos minutos porque vuelvo a estar lista para él. Quiero tenerlo dentro, que me llene, sentirlo hasta lo más hondo.

Estiro de su pelo con fuerza y lo levanto.

—Adri... —Lo beso con ansiedad y desesperación, y me restriego sobre su empalmado miembro. Él gime por el roce.

—¿Qué necesitas, Bel? ¿Qué quieres?

—A ti. Te quiero a ti, bien dentro. Ya.

Me penetra con una única embestida que llega hasta lo más profundo de mi interior y mis chillidos reverberan por toda la habitación. Él gime extasiado cuando aprieto mi vagina y lo aprisiono. Entra y sale marcando un compás que yo sigo con mis caderas. Me agarra de las piernas y me levanta, facilitándose el acceso, está tan dentro que somos uno solo. Sujeta mis nalgas y yo le doy una cachetada a las suyas, que le hace sonreír brevemente, porque una sacudida convierte la risa en grito. Nuestras pieles se tocan y solo oigo el sonido de nuestros cuerpos al rebotar entre sí, mezclados con los jadeos, gritos y gemidos que emitimos.

Me retuerzo y gimo enloquecida cuando sus dedos se cuelan entre los dos y torturan mi clítoris. Sigue empujando, embistiendo, haciendo presión y acariciando mis pliegues. Tiemblo y noto cómo el calor va subiendo, atrapándome poco a poco.

Entonces me besa y con las manos me alza hasta colocarme de rodillas, me da la vuelta y se agarra a mis pechos como si le fuese la vida en ello. Me inclina y me embiste hasta que chilló de placer. Me masajea y pinza los pezones extrayendo todo mi deseo.

Echo la cabeza hacia atrás y busco desesperada sus labios, que succionan los míos y ahogan mis gemidos. Siento sus manos por todo el cuerpo hasta que una se instala en mi centro y me atormenta; la otra, sigue la tortura con mis pechos. Suspiro, resuello, jadeo y grito. Aprieto el trasero contra él. El orgasmo se aproxima, percibo cómo se acerca. Él gime, clava sus dedos sobre mis muslos y empuja antes de retirarse.

—¡Nooo! —protesto cuando se aparta y me abandona.

—Shhh.

Abre mis nalgas y me lame. Es tan íntimo que me hace sollozar. Su boca me absorbe y me debilita a la vez que su pulgar se abre paso por atrás. Quiero protestar pero la sensación es tan atroz que pierdo las fuerzas. Chilló y cuando todo mi cuerpo vibra, él me da la vuelta y se introduce de un solo empuje.

—Voy a estallar, Bel. No aguanto más... —Yo tampoco, estoy a punto. Me pego a su pecho y lo abrazo con fuerza. Cabalgo a su lado hasta que mis movimientos lo desarman.

Él cierra los ojos y siento que su orgasmo llega a la par que el mío. Gritamos al unísono y lo busco con la mirada antes de que todo estalle. Parece sufrir un gran dolor cuando echa la cabeza hacia atrás, las piernas le tiemblan tanto como las mías y, con un enorme gemido, se vacía en mi interior justo en el momento exacto en el que una luz blanca explota sobre mí y caigo al abismo en una entrega desmedida.

Capítulo 18

Una de cal y otra de arena

— Me muero de hambre. ¿Tú no?

—Podría picar algo, sí —responde evasivo.

Tiene la mirada perdida, y lo conozco tan bien, que sé que ahora mismo su cabeza va a mil por hora y está plagada de preguntas y reproches. Cierro los ojos y suplico en silencio que no se arrepienta de lo que ha pasado. Sé que estamos en puntos distintos, pero aun así me destrozaría. Entiendo que para él es difícil porque lo dejé tirado en su día. Sin embargo, mi situación es peor porque hace dos días este hombre era mi marido, mi confidente, mi amor, la única certeza verdadera de mi vida junto a mi hija; y hoy estoy luchando por conquistarlo de nuevo con el miedo atenazado a mi pecho porque si lo pierdo se esfuma todo.

Seguimos desnudos, recostados en la cama, tras despertarlo con besos que pronto han dado paso a otra maravillosa hora. Siento cómo su mano traza un sendero sobre mi piel; las caricias me van mostrando su estado de ánimo. Tiene dudas, pero ¿quién no?

Espero mientras se decide a hablar y me incorporo. Doblo las rodillas y me abrazo a ellas, ocultando la cabeza. Sus dedos recorren mi espalda con ternura y dejo escapar un suave gemido.

Levanto la cabeza y la giro hacia él, su mirada me traspasa. Por un momento, no importa nada más que nosotros dos, observándonos, con promesas refulgiendo en los ojos. Me sonrío con añoranza y, en ese instante, veo que se aleja de mí a pasos agigantados. Mi reflejo se borra de su iris; regresa su muro de contención.

Suspira.

—¿Qué estamos haciendo, Bel? —Se sienta y se apoya sobre el respaldo de la cama mientras me contempla. Se pasa las manos por el rostro y acaba sumergiéndolas en el cabello—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué me has buscado?

—¿Para reavivar pasiones? —Me acerco juguetona y le muerdo con delicadeza el labio mientras le sonrío—. Dicen que los mejores amantes son los antiguos y ahora puedo dar fe de ello —bromeo. Le beso sonoramente el cuello y le guiño un ojo cuando me separo.

—Entiendo. —La seriedad de su tono me pone alerta. Lo observo y veo la tensión marcada en su cara. Lanza un nuevo suspiro y desplaza el rostro hacia la izquierda, huyendo de mis ojos y ocultando los suyos, pero lo hace demasiado tarde porque ya he podido leer el dolor y la frustración en ellos.

—Adri. ¿Qué pasa? Solo bromeaba; estaba de coña.

—Ese es el problema, Bel. Que para ti es un juego y seguramente mañana ni lo recuerdes, pero para mí... Yo siempre querré más, ¿entiendes? —Resopla y se pasa la mano derecha por la cara—. Es mejor que lo dejemos aquí, lo siento. Nunca debimos reencontrarnos.

—No puedes hablar en serio, Adri. Lo sientes tanto como yo, todavía queda algo muy fuerte entre nosotros. Da igual los años que pasen, han bastado dos malditos días para que todo renazca de nuevo. —Mi tono es suplicante. No puedo perderlo, ¡no puedo! Si esta va a ser mi vida, quiero

que Adrián esté en ella. Los ojos se me empañan.

—Bel... —Me acaricia la cara. Baja la guardia y sé que es la única posibilidad que tengo, así que me aferro a ella.

—Me propusiste tomar un café y ambos sabemos que detrás había mucho más.

Aparta la mano y aprieta la mandíbula, bajando la vista.

—Fue un error.

—Querías verme, Adri, tanto como yo a ti, no lo niegues.

—No lo hago, Bel. Soy tan patético que me aferro a lo que sea. Creí que podríamos charlar y... Mierda, ni siquiera sé en qué pensaba.

—No hemos terminado, Adri, nunca lo hicimos. ¿O me vas a decir que en estos años no has pensado en mí, que no me has echado de menos, que no has recordado lo nuestro? Porque yo sí. He intentado olvidarte, pero ninguna relación anterior ha funcionado porque para mí siempre ha habido un solo amor, y ese eras tú. —Me pego y acuno su rostro entre mis manos, lo miro con intensidad para que vea todo lo que siento por él. Puede que mis palabras no sean ciertas, puesto que jamás nos separamos en mi otro mundo, pero siempre lo he querido y eso sí se lo puedo demostrar. Su cara muestra confusión y algo más... ¿Esperanza?—. Ey, ¿no lo ves? Solo hemos necesitado dos breves encuentros para que todo se accionase de nuevo, nuestros cuerpos se han reconocido y he sentido tus besos en mi piel, aun cuando no me los dabas. Nuestra historia no se ha acabado.

—¿Qué historia, Bel? Ya no queda nada.

—Podríamos intentarlo de nuevo. Estoy aquí, Adrián, esta vez no huiré.

—Belén, tu vida y la mía son tan diferentes que casi parece que procedamos de universos paralelos. —«Si tú supieses cuán cierto es eso...». ¿Qué diría si se lo cuento? ¿Me creería? Probablemente no—. Llevo muchos años sin saber de ti, te he visto en las revistas, en las redes y en la televisión al lado del Laguirta ese.

—Laguerta.

—¡Como sea!

—Pero yo te conté que se había terminado.

—Bel, siempre habrá un Lapuerta en tu vida. Un hombre que te ofrezca un mundo con el que yo ni siquiera podría soñar. Regalos lujosos, cenas de ensueño... Alguien que te lleve del brazo en todos esos eventos a los que vas siempre, que se desenvuelva con la prensa y le guste estar delante del objetivo. Pero yo soy el otro, el que se queda detrás, el que hace las fotos, no quien las recibe. ¿Qué harías a mi lado? No puedo ofrecerte nada.

—Solo te necesito a ti; con eso me basta.

Emite una carcajada amarga que me duele.

—Un día me dijiste que no, ¿recuerdas? Que querías más. Nada ha cambiado, Bel. Sigo siendo el mismo y tú tenías razón, somos demasiado distintos.

—Un día fui gilipollas. Créeme cuando te digo que nada tengo que ver con esa chica que conociste; te aseguro que he cambiado tanto que hasta parezco otra. Adri, puede funcionar, lo sé. Si nos diésemos otra oportunidad seríamos muy felices.

Niega con la cabeza, rendido.

—Los dos sabemos que no. Y por eso no debes volver aquí, ni al curso. Me haces perder la cabeza y yo... —Me mira con tal intensidad que siento cómo un escalofrío me recorre. En sus ojos leo lo que se niega a confesar, sé que todavía está enamorado y eso es lo que más me asusta porque junto a esa convicción hay otra más férrea: se niega a dar un paso adelante. No me

permitirá traspasar las barreras que ha erigido—. Joder, Bel. Da igual los putos años que pasen, maldita sea, sigues clavada dentro de mí. —Se da varios toques en el pecho con el puño. Luego cierra los ojos y respira hondo. Yo sigo quieta, con miedo a pestañear para evitar que salga corriendo y deje de hablar—. Mira, lo he pasado mal, fatal, de hecho, pero no te guardo rencor, ¿vale? Lo superé y al final me di cuenta de que tenías razón. Jamás saldría bien. Eres una de las mujeres más deseadas y populares del país, ¿qué podría pintar yo a tu lado?

Suena su móvil, pero lo ignora hasta que la llamada se corta.

—Todo, Adrián. Tú lo eres *todo* para mí. Siempre lo has sido.

Otra llamada.

Otra.

Y otra.

—Maldita sea. Dame un segundo, Bel. —Coge el teléfono de la mesita de noche y descuelga—. ¿Quién? Ah, hola. Dígame. Sí, sí. —Sus ojos se entristecen de pronto y lo veo preocupado—. Entiendo. Ya. Vale. Muchas gracias de todas formas. Está bien, sí. —Sonríe con tristeza y se muerde el labio—. Hasta luego, señor Ibáñez.

—¿Todo bien?

Se encoge de hombros.

—Iba a exponer varios trabajos en la Galería Kreismarl junto a otros artistas. El señor Ibáñez me contactó por *email* porque estaba interesado en tres de mis fotografías. Al parecer vio el portfolio en la web. La sala es pequeña y tampoco creo que fuese a venir mucha gente... Mira, quizá sea lo mejor. —Se lo ve tan decepcionado que le sonrío con cariño.

—Vaya, Adri. Estoy muy orgullosa de ti. Hacer retratos de entornos naturales, exponer y tener tu estudio propio eran tus grandes sueños. Me alegro mucho, tienes un gran talento y ya era hora de que el mundo lo viese. —Sus mejillas se colorean y sonrío avergonzado, nunca se le ha dado bien recibir elogios—. ¿Y cuándo es la exposición?

—Era en dos semanas, el martes 26, pero la han cancelado. Me ha llamado para comunicármelo. Por lo visto, la última no salió como esperaban y no pueden asumir otra tan pronto. Varios de sus patrocinadores se han echado atrás, así que u ocurre un milagro de última hora, o no se hará.

—Bueno, los milagros son mi especialidad.

—¿Ah sí?

Asiento.

«A la mierda. Me lanzo a la piscina. La confianza es la base de toda relación y yo jamás le he ocultado nada. Tengo que contarle la verdad».

—Conseguí un anillo mágico, deseé una vida de ensueño como la de la modelo más influyente del país, Débora Cruz, y al día siguiente, al despertar, era como ella bajo el nombre de Bela Ordóñez, y todo había cambiado. Para empezar, tú y yo no estamos casados y tampoco tenemos una hija. En esta vida nos hemos separado porque, al parecer, fui una idiota hace años. Carol y yo no somos mejores amigas, aunque estoy trabajando en ello, y mis padres piden cita para verme. Absurdo, ¿verdad? Ah, y las chicas están en paradero desconocido.

Abre la boca con sorpresa y acaba estallando en carcajadas.

—¿Cuántos hijos teníamos?

—Una, Ángela. Tú eras fotógrafo, pero sin estudio propio, aunque estábamos ahorrando para abrirlo, calculaste que en unos cuatro años.

—¿Y tú?

—Era estilista de latas de conserva.

—¿Dependiente?

—Una estilista no es precisamente...

—¡Y madre! —me corta, tronchándose de la risa—. Con lo poco que te gustan los niños, me cuesta imaginarte hasta de broma. ¿Recuerdas la discusión que tuvimos por eso? Decías que arruinarían tu figura.

—¡Nunca pensaría algo así!

—Ya, seguro. —Se limpió las lágrimas, seguía riendo a mi costa.

—Quiero tener hijos, Adrián, te lo aseguro. Era muy feliz. Puede que Ángela no durmiese y la conciliación con el trabajo fuese una mierda, pero te juro que teníamos una buena vida, hasta nuestra pequeña casa era adorable.

Sonríe, muy divertido.

—¿Hipoteca también? ¿Teníamos perro? Vaya, Bel, todo en el mismo saco. Cómo odiarías tú eso.

—¿Qué? No, qué va, jamás...

Emite varias carcajadas más.

—¡¡Para, que me va a dar algo!! Qué imaginación tienes, Bel, pero te lo agradezco. Necesitaba unas risas. Tú de madre y esposa, ¡qué bueno!

—¿¡Qué tiene de gracioso!? —Estoy enfadada y se lo hago ver en mi tono.

—Venga. Si cortaste por eso.

—¿Cómo?

—Acabas de describir lo que imaginé que sería nuestra vida. Además, cuando te pedí matrimonio me rechazaste porque sabías que te marchitarías en una vida así.

—¡¡No!! Yo nunca...

—Sabes de sobra que sí. —Pierde la sonrisa, aprieta los labios y se encoge de hombros. — Qué más da, hace mucho de aquello, éramos unos críos, y fue una estupidez por mi parte.

—¿Por qué piensas eso?

—No quería perderte, Bel. Sabía que habíamos tomado rumbos distintos, pero me daba igual. Dejé que pasase un año, pero al final entendí que tenía que intentarlo por última vez. Vine a buscarte y me rechazaste, fue ahí cuando comprendí que estabas en lo cierto: no serías feliz conmigo. Necesitabas más y tu felicidad es lo único que siempre me ha importado, aunque me alejase de tu lado.

—¿¿¿Viniste a buscarme un año después de que me fuese??? —¡Joder! Con razón estaba tan dolido... Primero lo dejo sin más y después, cuando encima me busca, lo rechazo. ¡Seré idiota! ¡No hacía falta casarse, pero sí podríamos haberlo intentado!

—Lo sabes de sobra, ¿por qué lo niegas?

—Adri, te juro que es verdad lo que te he contado. Vengo de otro universo y yo sí quiero compartir mi vida contigo...

Sonríe.

—Supongo que la edad nos hace madurar a todos. Me alegra que hayas cambiado de idea, aun así sigo pensando que nos separan muchas cosas.

—Adri. Tú y yo nos merecemos otra oportunidad y te lo pienso demostrar. No voy a rendirme esta vez.

Él me mira con tristeza.

—Lo siento, Bel, pero no puedo pasar por esto de nuevo. Me costó mucho dejarte atrás. Lo

mejor es que...

—Lo sigamos intentando. Fuiste y serás mi primer y gran amor y no pienso renunciar a ti. La vida nos ha vuelto a juntar por una razón y siempre hay que hacer caso a las señales, te lo digo yo que entiendo del destino, aunque no me creas. No te pido que te cases conmigo... todavía — bromeo—. Solo... Déjate llevar, ¿vale?

Me pongo en pie y me visto mientras él me observa atentamente. Recojo mis cosas y me acerco a la cama para darle un beso muy breve.

—Tengo que irme. Te veo luego, adiós.

Lo beso de nuevo y me alejo para evitar que me replique. Mientras tomo distancia siento sus ojos sobre mi espalda, quemándome.

Capítulo 19



Un ángel que lo cambia todo

Todavía conservo la sonrisa de tonta de esta mañana, cuando lo he dejado en su habitación. Han pasado varias horas desde aquello. Estoy regresando a mi apartamento tras huir de varios *paparazzi* molestos que me han interrogado sobre los rumores de mi ruptura con Laguerta y me han captado con el rímel corrido, los pelos de loca y el vestido del día anterior; además de idear la semana junto a Rosa, comer con Carol y poner en marcha un plan de acción que me permita localizar a Débora Cruz.

El tema de Cruz me preocupa, la verdad, porque no sé cuánto tiempo tengo hasta el próximo fenómeno y debería hallarla, quizá ella está tan confusa como yo. Por suerte era una fan entregada y recuerdo perfectamente su antiguo nombre: María Jesús Sánchez Cruz, de modo que solo tengo que bucear en todas las redes sociales hasta que la encuentre. Carol, aunque sigue escéptica, se ha ofrecido a ayudarme.

Estoy tan inmersa en mis pensamientos que, de forma mecánica, saco la llave y la introduzco en la cerradura del portal. De pronto, siento cómo una garra me aferra con fuerza, apretándome el hombro. Un grito, formado desde el estómago, emerge con tanta fuerza que resuena en medio de la calle. Los ojos, repletos de terror, se giran hacia el individuo que pronto reconozco.

Aprieto los labios enfadada por el susto al distinguir a Álex detrás de mí.

—Bela.

—¿Qué haces aquí? —pregunto bastante brusca.

Él se limita a levantar su teléfono y preguntar con rabia:

—¿Quién coño es?

—¿De qué estás hablando? —Le quito el dispositivo y observo la pantalla. Paso varias fotos y la furia invade cada poro de mi piel. Las primeras me han captado con la ropa del día anterior y son de cuando he salido esta mañana del hotel. En las siguientes se ve a Adri, comiendo y en medio de la calle, como dando un paseo. Lo encaro—: ¿Qué cojones significa esto? ¿Me estás espiando!?

—Anoche te seguí. —Me coge del brazo y siento sus dedos a pesar del abrigo que me cubre. Sus rasgos están tan contraídos que su atractivo desaparece por completo ante su rictus de frialdad —. Quiero una explicación. Vas a decirme ahora mismo quién ese imbécil o...

—¿O qué?

—Bela, ¿quién es?

—Álex, basta. No te debo nada. Pero ¿qué te pasa?

—¡No voy a renunciar a ti, te lo advierto, y mucho menos por un fotógrafo muerto de hambre!

—¿Cómo sabes eso?

—Adrián Fuertes, ¿verdad?

—Pero...

Se encoge de hombros, sonriente.

—Tengo mis fuentes. Estaba pensando en algo, ¿cómo crees que se tomaría la prensa su intromisión? O mis seguidores, que tan leales son. Puedo conseguir que sea una de las personas más odiadas del país en pocos minutos. ¿Te imaginas? Sería noticia al instante; lo perseguirían, saldría en todas las revistas y programas del corazón, lo seguirían en sus redes y lo atacarían por hijo de puta. Después de todo, me ha robado a mi novia y yo estoy completamente destrozado por ello. Tanto, que quizá no pueda rodar mi próxima película por lo hecho polvo que me habéis dejado.

—¿Estás loco?

—Bueno, Bela, no me das otra opción. He de ir un paso por delante. Si insistes en destruir lo nuestro, yo acabaré con tu noviecito. Es lo justo, ¿no?

—¡Tú no estás bien!

—¿Y tú? ¡Has mandado a la mierda nuestros planes! ¿Para qué? ¿Por ese idiota? ¿Qué te va a aportar? ¿Cómo puedes cambiarme a mí, Álex Laguerta, por alguien como él?

—Nunca lo entenderías.

—Tienes razón; no puedo entenderlo.

—Si me quisieses de verdad, si lo nuestro no hubiese sido una farsa, lo comprenderías, Álex. Adrián... Él es diferente. Me ve a mí, a la auténtica Belén, siempre lo ha hecho. Es mi norte. El que me entiende sin palabras, el que me quiere sin condiciones, siempre ha sido así y siempre será él. Lo siento, pero hace mucho que mi corazón tiene un único dueño.

—¿Por qué no podía ser solo un capricho? Te diviertes, con discreción, y seguimos juntos.

—¿Has oído alguna palabra de lo que te he dicho?

—Sí, que el calzonazos te gusta y te pone cachonda porque es un blandengue. ¡Pues habértelo follado varias veces, joder! Y después lo mandas a la mierda, como a los otros. ¿Te sorprendes? Tengo un listado de tus conquistas; hasta sé del belga ese al que te tiras los viernes. No soy tan estúpido como parece pensar —alza una mano para evitar que lo interrumpa cuando me ve en actitud agresiva—, aunque tampoco un santo; no te lo discuto. Ya te he dicho que ambos tenemos nuestros asuntos privados, pero eso nada tiene que ver con nuestro acuerdo.

—Eres despreciable —escupo con repulsión.

—¿Y él no? Seguro que va tras tu pasta, ¿ni siquiera lo has pensado? Valiente hijo de puta. Pobre, lo que no sabe es el tipo de víbora que tiene al lado, porque a mala perra no te gana nadie; te lo vas a devorar bien a gusto. —Mi mano cobra fuerza por sí sola y le cruza la cara. Él se lame el labio y absorbe el puntito de sangre que mis dedos le han dejado. Sus ojos despiden llamaradas de ira cuando los enfoca sobre mí, una vez que se ha asegurado de que nadie ha presenciado la escena. Da un paso, amenazante, y exhibe una sonrisa tan perversa que me pone los pelos de punta. Este tío se comporta como un psicópata sacado de *Mentes Criminales*. He de reconocer que me da miedo, creo que sería capaz de cualquier cosa—. Eres demasiado ambiciosa, Bela, y los dos lo sabemos. Dejará de ser tu juguetito cuando lo hayas usado y reusado, y lo abandonarás. El idiota ese no es, ni será, nadie para ti.

—Te equivocas, Álex. Lo quiero.

Lanza una carcajada.

—O le dejas, o le joderás la vida.

—No te lo permitiré, ¿me entiendes? No vas a hacerle daño.

Ríe.

—No hablaba de mí, Bela, sino de ti. Tú solita lo destruirás, como haces con todo el que se acerca a ti. —La amargura tiñe cada una de sus palabras.

—¡Fuera! Vete —le chillo. Creo que ha notado que estoy asustada porque sonrío con malicia —. Aléjate de mí y ni se te ocurra acercarte a Adrián. Déjanos en paz.

Me mira lentamente y contengo la respiración. Finalmente da media vuelta y se aleja.

Tiemblo mientras meto la llave en la cerradura. Siento que las piernas no me sostienen y tengo que respirar varias veces de forma profunda para calmarme. Me dirijo a mi piso y entro en el apartamento justo cuando suena el telefonillo.

Es él. Ha vuelto. Descuelgo con impotencia, rabia y miedo, y mi voz se eleva tanto que se oye por toda la estancia:

—¡He dicho que te largues!

—¿Bel?

—¿Adrián? Pero qué haces... —Estoy tan sorprendida que no acabo la frase.

—¿Puedo subir? Esta vez he traído yo el café.

Sonrío y pulso el botón. Me peino varias veces con los dedos y me observo en el espejo de la entrada, podría estar mejor, pero pasa. Abro antes de que toque y me lanzo a sus labios.

Ha venido, es un primer paso y no pienso dejarlo retroceder. Tengo toda la noche para convencerlo.

La Galería Kreismarl está situada en la calle de Claudio Coello y es pequeña, pero acogedora. Abro la puerta y me adentro en el interior. Carraspeo y acciono varias veces el pequeño timbre de mesa, de esos de aspecto antiguo, que está situado sobre el mostrador de la entrada.

Segundos después un hombre trajeado, de pelo cano, alto y delgado, me recibe con una amplia sonrisa y unos ojos oscuros como platos.

—¿¿Señorita Ordóñez??? ¿Es usted? —Asiento con una sonrisa. Nunca me acostumbraré a estas cosas. A la fama. Hace apenas unas horas, cuando se ha marchado de casa, Adrián ha tenido que hacer malabarismos para evitar a los periodistas asentados en mi portal. Y, por supuesto, yo me los he comido de lleno hasta que he podido abrirme paso y subir a mi taxi, ¡menos mal que ayer hice caso a Carol y lo reservé para que acudiese a mi entrada a media mañana!—. Vaya placer. Permítame decirle que mi señora es una gran admiradora suya, no se creará que ha estado aquí cuando se lo cuente. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Quiere tomar asiento? Si me da unos minutos la conduciré a mi despacho y...

—No se moleste, no hace falta. No quiero robarle mucho tiempo.

—El que necesite. Estoy a su plena disposición. Dígame, ¿qué desea?

—Estoy interesada en un artista que va a exponer próximamente, según he podido saber.

—¿Ah, sí? Perdone que le pregunte de quién se trata, comprenderá que por estas paredes pasan muchos genios y...

Sonrío y lo corto:

—Adrián Fuertes. Expone en dos semanas, ¿no?

—Ah, pues verá...

—Asistiré y, como supondrá, me acompañará mucha gente. —Me marco un farol de los buenos

— ¿Me puede confirmar la hora?

—Es por el *Mi Ángel*, ¿verdad? Siempre sospeché que era usted.

—¿Cómo?

Me mira intensamente con las dudas reflejadas en sus ojos y finalmente toma una decisión.

—Sígame, por favor, quiero mostrarle algo. —Me aleja de la entrada y me conduce hacia una pequeña sala. Paso y veo varios cuadros colgados. Doy un rápido repaso hasta que mi mirada se fija en uno, me dirijo hacia él y con sorpresa lo admiro.

—Ahí lo tiene: *Mi Ángel*. Me enamoré nada más verlo en su web.

—Quiero comprarlo —baluceo sin pensar. No puedo apartar los ojos de la fotografía.

—Me temo que no está a la venta, señorita Ordóñez. El artista tan solo lo expone porque insistí con vehemencia, y he de admitir que lo presioné con que no se celebraría la exposición de no estar el *Mi Ángel*. Pero eso sí, se negó a ofrecerlo. Creo que usted sabe la razón de que no se pueda adquirir tamaño tesoro.

Asiento con el corazón henchido de sorpresa y pienso en el título... *Mi Ángel*. ¿Eso soy para él? ¿Su ángel?

—Me quiere... —susurro para mí, pero el señor Ibáñez se entromete.

—Nadie fotografía de esa forma si no pone el corazón en ello.

Vuelvo a observar esa fotografía que roba el aliento. Es tan preciosa que asusta. Adrián ha jugado con los colores, con las sombras, con las sensaciones de tal manera que acongoja. En la imagen sale una figura femenina, con una tela nívea tan fina que parece desnuda, y los largos cabellos acariciando su cuerpo. Está sentada de lado en un prado muy verde repleto de árboles frondosos. Sonríe de forma triste, pero su rostro solo se aprecia a medias, pues mira al suelo, a la rosa roja que sostiene entre sus dedos. Pétalos, de esta misma, aparecen esparcidos por el suelo. Unas enormes y blancas alas —fruto de la habilidad de Adrián con el Photoshop—, se despliegan, hermosas, desde su espalda.

El objetivo de la cámara ha capturado tal inocencia, que al verla dan ganas de abrazarla, de protegerla de lo mundano. Soy yo, sin duda alguna, años atrás, cuando todavía estaríamos juntos.

—Es maravilloso cómo ha captado a la modelo el artista, ¿no cree? —Omite, a sabiendas, que soy la protagonista de ese retrato—. Es como si él la viese así. Algo sumamente bello, inocente e inalcanzable para lo terrenal. Como si un simple mortal no pudiese tocarla, como si hubiese sido destinada a lo más grande, a los cielos, y tan solo estuviese de paso por la tierra, pero ese tiempo no contase para ella porque pronto alzaría sus alas y volará lejos de todo y todos.

—¿Y la rosa roja?

—¿Ve los pétalos que caen sobre la hierba? Es el amor que deja atrás.

—Dios mío, ¿¿ha extraído todo eso de una simple imagen?? —Estoy alucinada con su visión.

—De ella y de su autor. Fue lo que me contó cuando le pregunté.

Miro la imagen con nuevos ojos y suspiro lentamente.

—Entonces, ¿puedo contar con usted?

La voz del señor Ibáñez araña mis pensamientos y asiento sin prestarle atención. Adrián ha guardado esta imagen durante estos años, la ha llamado *Mi Ángel*, y representa lo que siente por mí. Me ve como alguien precioso, que ama, pero que es, a la vez, inalcanzable para él. Apuesto a que esa sonrisa triste simboliza en su mente que si no vuelo lejos, apartándome de su lado, nunca seré feliz. Y yo sé que no, que justamente alejarme de él es lo que me hundiría. ¿Por qué no lo vi antes?

—Sí, y pagaré lo que sea. Correré con los gastos, pero exponga el 26.

—Yo...

—Considéreme su benefactora, señor Ibáñez. Tan solo le ruego una cosa, que lo mantenga en silencio. ¿Puedo confiar en usted? —Sé que Adrián es orgulloso, y aunque lo hago con la mejor de las intenciones, no se tomaría bien que patrocinase su exposición.

—¿Y los otros artistas? —Recuerdo que Adri me dijo que expondría con más fotografías.

—Prepárelo como lo tenía previsto.

Asiente efusivamente.

Saco un talonario y relleno rápidamente la cantidad que creo que estará bien. Le entrego el cheque y veo que traga saliva.

—¿Bien así? —Se muerde el labio y respira con dificultad, como si se ahogase.

—Su... suficiente, sí —farfulla—. Un placer, señorita. —Me tiende la mano y se la aprieta a modo de despedida.

—Recuerde que esto...

—Tiene usted mi más absoluto silencio, cuente con ello.

Salgo de allí con premura porque la imagen me quema en la retina. Me revuelve el estómago y me siento desfallecer. He tenido que ver esa fotografía para comprender que no quería escapar de mi vida, sino de mí misma, de aquella joven con sueños que acabó atrapada en un trabajo que no la satisfacía plenamente, que añoraba una grandeza que realmente no quería.

Yo era el único obstáculo que tenía para ser feliz. Yo y solo yo tenía en mi mano el poder de cambiar las cosas, pero ahora estoy atrapada en esta vida que no es la mía. Lucho por un hombre que es mi esposo, he perdido a mis amistades, me he alejado de mi familia, me acosa un ex y la prensa. Tengo dinero y fama, pero ¿de qué me sirven si estoy sola? Temo que todo se desmorone de un momento a otro. He de encontrar a Débora Cruz antes de que sea tarde.

Quiero que me devuelva mi vida.

Capítulo 20

La estocada del actor

El día va empeorando con cada hora que pasa gracias al odioso Laguerta. Me pregunto si ese tío debe su popularidad a joderme la existencia, porque no lo entiendo. ¿Qué cojones hace? ¿Es que no puede seguir su camino y ya está? Mi móvil suena y lo cojo. Miro la pantalla y suspiro lentamente. ¡Allá vamos!

—¿Rosa?

—*¡Te lo dije, Bela! ¿Pero tú me haces caso alguna vez? ¡¡No, señor, no!! Y ahora, esto. ¡Estamos jodidas!*

—Supongo que te refieres al vídeo.

El idiota de Álex ha subido un directo en el que explica que está hecho mierda y que va a alejarse de las redes sociales por unos días. Y, textualmente, ha finalizado con: «No quiero que os preocupéis, mis reinas y reyes. Regresaré muy pronto y os prometo que estaré bien; después de todo nadie se muere de amor, ¿no? Mucho menos si lo engañan y le rompen el corazón».

Justo en el momento en el que se ha publicado, me he enterado porque el mundo se ha vuelto loco. Mi cuenta de Instagram se ha colapsado de tantos mensajes, algunos hasta de amenazas de muerte de tías locas que no tienen otra cosa en la vida que hacer que meterse en asuntos ajenos, y la prensa ha fundido mi timbre. Me he asomado a la ventana y he visto tantos fotógrafos bajo, que no pienso poner un pie fuera hasta que se despeje. He llamado a la policía, a ver si con suerte me los espantan. Esto se tiene que considerar acoso, no me jodas.

—*¡Pues claro que me refiero al puto vídeo!*

—¿Rosa! —exclamo, sorprendida. La mujer ha perdido completamente los papeles, señal de que está muy alterada.

—*¿¡Qué!? ¿Eres consciente de la que has liado?*

—Sí, Rosa, porque ¿sabes qué? Es mi vida. Y yo decido con quién estoy, no tú. Y mucho menos mis seguidores.

—*Te dije que las cosas no se hacían así.*

—Esta es mi manera.

—*Pues la has cagado, bonita. Estás recibiendo insultos de adolescentes enfurecidas, mujeres dolidas y hasta hombres ultrajados que se ven reflejados en Álex. Tengo el teléfono a reventar por las llamadas de la prensa y, ¿te acuerdas del documental que ibas a grabar? Pues bien, querida, acaban de contactarme para decirme que o solucionamos esta crisis o nos olvidamos.*

—¿Me estás diciendo que me van a dejar fuera por cortar con mi novio?

—*¡Despierta, Bela! Las putas cámaras querían captaros a los dos; vuestro día a día juntos.*

—Pero todavía pueden seguirme a mí.

—*¿A ti? La gente quiere morbo, salseo, y tú acabas de quitárselo. Ahora, ¿de qué le sirves?*

—Soy modelo y actriz. ¿De qué les sirvo? ¿Te parece poco?

—No seas ilusa. Modelos guapas hay a patadas. Os necesitan a vosotros, a esa pareja perfecta que suscita envidia. Quieren que la gente te vea y suspire por lo que no tiene. Una gran casa, fama, el novio perfecto... Te adoraban, soñaban con tu vida, la anhelaban, y cualquier ama de casa frustrada deseaba tenerla. Pero ahora, te odian y como no hagamos algo, y pronto, tu carrera se resentirá gravemente.

Sus palabras me dejan sin respiración, ¿no es eso lo que yo hice? Deseé la vida de Débora Cruz, maldita sea. Ojalá nunca la hubiese pedido.

—¿Me estás diciendo que mi faceta profesional no importa? ¿No vende? Que u ofrezco mi puta privacidad y doy carnaza a mis seguidores o me voy a la mierda, ¿es eso?

—Básicamente. Naciste de esto, Bela. Te convertiste en influencer, en alguien a la que idolatrar, y de ahí surgió todo lo demás. No importa lo bien que lo hagas en tu trabajo si no tienes seguidores que suspiren por lo que haces. ¿No lo entiendes? El mundo se ha convertido en esto. O triunfas en las putas redes sociales, o no eres nadie, y tú, querida, vas directa a lo segundo. Tenemos que contraatacar. Quiero que lances un vídeo hablando de las infidelidades de Laguerta, sus asuntos con las drogas, las peleas y cómo has sufrido por su culpa. Dirás que has dejado la relación porque estaba consumiéndote, yo me ocuparé del resto. Tengo material para la prensa, ¿recuerdas? En cuanto vean a Álex en esas imágenes, las de la coca, se le acabó la primicia.

—No entraré en eso.

—Si no les damos algo, lo que sea, para desviar la atención, tu reputación quedará tan dañada que tendremos serios problemas. Lo he visto antes, Bela. Mira, sé que piensas que solo te lo digo por mi propio interés, pero te aseguro que me importas, querida. A pesar de todo, te tengo aprecio, y no quiero ver cómo se jode tu futuro por una tontería.

—Adrián no es ninguna tontería, Rosa, y tampoco mi vida, ni las decisiones que tome en ella. He decidido cortar con Álex, estar con quien debo y dejar atrás toda esta farándula de mierda. Trabajaré y punto. Pienso que alejarme de los focos por un tiempo es lo mejor.

—Pues ya me dirás cómo te va porque dudo mucho que alguien te contrate, bonita.

—Eres mi representante, ¿no? Y, según tú, la mejor del mercado. Encontrarás algo.

—Sí, representante, no maga.

—Adiós, Rosa.

—Ea, tú verás.

Cuelga.

Me quedo pensando en la conversación durante más de media hora hasta que decido ponerme en marcha y arreglarme. Esta noche tengo una exposición de arte con las que supuestamente son mis mejores amigas. Amaya, una cantante, ganadora de un concurso de esos de la tele; Blanca, una morenaza guapísima que es actriz; y Lola, una mami *influencer*. Carol, gracias a Dios, después de suplicarle y casi prometerle la luna, ha accedido a acompañarnos.

Mi móvil suena y veo que es de un grupo que se llama: Las superestrellas. Qué modestas. Entro y leo:

Amaya: Bela, no me puedo creer que Álex te haya hecho eso. ¡Menudo cerdo! ¿Estás bien? Por cierto, no me esperéis, que tengo que hacer unas cosas antes. Nos vemos en la galería.

Blanca: Chicas, al final iré por mi cuenta, que se me hace tarde. Nos vemos allí, ¿vale?

Blanca: ¡Uy! Hemos lanzado el mensaje a la vez, Amaya. Pues eso, os veo luego. Y Bela, tú ni caso. Aléjate unos días de las redes y verás cómo se calma la gente.

Lola: Qué casualidad, justo os iba a poner lo mismo, que nos vemos esta noche. Bela, tienes

todo mi apoyo, cariño, después hablamos.

Me quedo mirando la pantalla pensando en qué contestar y, al final, opto por lo más sencillo. Total, realmente no las conozco y parecen majas.

Bela: Gracias, chicas. Estoy bien. Nos vemos esta noche.

Espero, pero ninguna responde. Lo que sí suena es el timbre de casa, contesto y sube Carol. Le he prometido un vestido, así que viene a ponerse algo de mi armario. Yo he escogido uno negro con cuello vuelto de camisa, en blanco, y botas altas negras de tacón. Pelo engominado, con la raya en el medio, y coleta.

La recibo con un abrazo y ella se separa con ojos preocupados.

—¿Estás bien? Sé que se ha armado una buena con lo del vídeo y Rosa me ha llamado, me ha contado lo que habéis hablado y sabes qué, te admiro. Tienes mi apoyo. Eres muy valiente... amiga. —Pasa una mano por el cabello y pienso en lo guapa que está. Lleva el pelo suelto y liso y va maquillada a la perfección, lo bueno de dedicarse a eso.

Le sonrío.

—Gracias, es justo lo que necesitaba oír.

La invito a pasar a mi habitación, y mientras ella bucea entre mis prendas, le leo los mensajes de las chicas.

—La verdad es que son muy majas, me las esperaba peor. Una especie de hienas guapas y famosas. No son tan malas, por cómo me las describiste estaba asustada.

Carol se gira y su rostro está contraído, veo la furia pintada en su cara.

—¡Bela!

—¿Qué pasa? ¿Por qué te has enfadado?

—¿Es que no lo ves? ¡Te han dado la espalda!

—No, no. Me han preguntado cómo estaba y luego me han dicho que nos veríamos allí, que iban a ir por su cuenta porque se les hacía tarde.

—¡Qué mezquinas! Lo que no querían es llegar contigo y que se os relacionase. ¡Menudas zorras!

—No creo...

Carol saca el teléfono del bolsillo, teclea y me lo pasa. Veo que se ha metido en la cuenta de Amaya y abro los ojos como platos al verla al lado de las otras dos. Juntas, en el coche.

—¡Qué hijas de...! Bueno, mejor. La verdad es que no me apetecía conocerlas, prefiero mil veces ir contigo.

Ella me mira sorprendida y sus ojos se humedecen.

—Te echaba de menos, Belén. —Y cediendo a un impulso me abraza—. Sé que resulta imposible, que no tiene ni pies ni cabeza, pero estoy empezando a creer que hay algo de verdad en tu historia y le agradezco a ese universo tuyo que te haya traído hasta a mí.

Chillo y me lanzo a su cuello, dándole besos en la mejilla. Ella ríe y juntas giramos como locas hasta que nos caemos sobre la cama.

Resulta increíble como un poquito de mala fama vuelve a la gente en tu contra. Nada más entrar por la puerta junto a Carol, y después de evitar a los periodistas de la entrada, compruebo lo buenas amigas que son las Hienas, como las he apodado. Se giran y, tras un leve, casi imperceptible, saludo de cabeza, desaparecen.

No me importa. Es más, lo agradezco porque tampoco sabría de qué hablar con ellas, así que me pierdo con Carol por la sala y comentamos los cuadros que vamos viendo.

—Bela, perdona. Vuelvo enseguida. —Asiento cuando alza el teléfono que no para de sonar y aprovecho para mirar el mío mientras sigo caminando por la estancia. Saco el móvil y veo varios mensajes:

Adrián: Bel, ¿estás bien? Me he enterado de lo que ha pasado.

Adrián: ¿Bel?

Adrián: He visto el vídeo, ¿por qué habla de traición? Bel, ¿no estabais juntos, verdad? Cuanto tú y yo... Por favor, dime que no. No lo soportaría.

Adrián: Perdona, Bel. No quiero marearte, pero necesito saber que estás bien. He pasado por tu piso y he visto a los periodistas apostados abajo. Contéstame cuando puedas, estoy muy preocupado por ti.

Oh no, mierda. Hace más de veinte minutos desde ese último mensaje. Respondo:

Bela: Estoy bien. Alex solo quiere fama. Adri, ¿cómo puedes preguntarme eso? Nunca te engañaría y menos con algo tan importante. Te dije que no estábamos juntos, no desde que tú y yo...

No tarda ni medio segundo en contestar.

Adrián: ¿Tú y yo...?

Adrián: Me dejas más tranquilo, estaba preocupado por ti. He leído barbaridades de la gente. Si necesitas algo...

Bela: Bueno, me refería a desde que tú y yo empezamos lo que tenemos, sea lo que sea.

Bela: Sí. A ti.

Adrián: Pero ¿estás bien?

Bela: Un poco agobiada, pero sí. Deseando verte. ¿Qué te parece si me paso esta noche por tu habitación? Me vendría bien huir de mi piso.

Adrián: Aquí te espero, cariño.

¿¿Cariño?? Vaya. Ese sí es un gran paso.

Bela: En cuanto me escape de la exposición, vuelo para allá.

Adrián: Te espero.

Adrián: Ansioso.

Bela: ¿Y desnudo?

Adrián: Ja,ja.

Adrián: También.

Sonrío y aparto el teléfono. Me fijo en la imagen que tengo delante de mí y capto el sonido de otras voces, las de los dos hombres que están a mi lado. Están discutiendo sobre el cuadro:

—No es lo que estoy buscando, ya lo sabes —responde abatido un mastodonte rubio con bigote y estómago prominente.

—Captaría el paisaje como quieres, estoy seguro. Conozco al artista y tiene muy buen ojo. La tierra se vería reflejada tal y como... —El moreno delgado se calla cuando el otro le levanta la mano y niega con la cabeza.

—Lo siento, pero necesito algo diferente.

—Si le das una oportunidad...

—No es mi hombre.

—¿Eres consciente de que no sentirás un flechazo, no? Demetrio, por favor, ¿cuántas galerías llevamos ya? ¿Es que no puedes conformarte?

—¿Y tú lo dices? Es el legado de nuestra familia. ¡Nuestros abuelos nacieron allí, primo! Debemos venerar el lugar.

—¡Ni que fuese un altar! Solo es un huerto, recórcholis.

—¡Huerto! Son las tierras más frondosas del norte, con un jardín resplandeciente, la envidia del pueblo.

—¡Un huerto!

—Lo que tú digas, pero buscaré al mejor.

—¡Cualquier artista decente lo retrataría para tu dichoso cuadro!

—Lo dudo. A veces siento que nunca encontraré a nadie.

—Si rechazas a todos los profesionales, ten por seguro que no.

—¿Tan difícil es captar la naturaleza? ¿Encontrar a un fotógrafo o dibujante de la talla de nuestro maravilloso Edén?

El otro puso los ojos en blanco y se alejó con una carcajada, mascullando: «Menudo Edén esos cuatro hierbajos».

Sé que no debo inmiscuirme, que debería dar media vuelta y alejarme, pero como nunca hago lo que debo, me acerco.

—Disculpe. No he podido evitar oír la conversación.

Él se gira, molesto. No me extraña, yo también lo estaría.

—Más bien, señorita, diga que ha puesto la oreja. —Joder, qué directo es. Sonríe a modo de disculpa.

—El caso es que creo que puedo presentarle a alguien.

Él alza una ceja a modo de interrogación.

—¿Y usted es...?

—Bela Ordóñez.

—Ya. He oído hablar de usted, sobre todo hoy.

—Bueno, habladurías, ya sabe. ¿Le interesa mi oferta o no?

—A ver. Total, por uno más... —concede, abatido.

Saco el teléfono y me meto en Google, tecleo la web de Adrián y entro en sus trabajos hasta hallar los retratos de paisajes.

—Mire. Su nombre es Adrián Fuertes. Le apasiona la naturaleza.

El rubio bizquea y con el dedo regordete pasa varias imágenes. Después me devuelve el teléfono, se alisa el enorme bigote, cuadra los hombros, y estira los labios en una pequeña sonrisa que pronto se torna gigante.

—Con que no iba a sentir un flechazo, ¿eh? Verás cuando se lo muestre a Patricio. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—El martes 26 expone en la Galería Kreismarl. Será un gran evento que yo misma patrocino. ¿Por qué no se pasa por allí y lo conoce?

—¿Cómo se llamaba?

—Adrián Fuertes. —Recuerdo la tarjeta que cogí de la habitación del hotel de Adrián el otro día y que guardo en mi cartera y la busco. Se la entrego al hombre y este la examina con gusto.

Asiente.

—Adrián Fuertes. Me gusta. Le pega, lo hace adecuado para esta labor —afirma, como si su nombre fuese relevante para el trabajo que va a desempeñar—. Soy Demetrio Regueiro, por cierto.

—Encantada, señor Regueiro.

—El gusto es mío, señorita.

—Entonces, ¿lo veremos el martes?

—Allí estaré.

Estoy tan contenta con mi proeza que doy media vuelta y cojo una copa de vino de una de las bandejas que ofrecen los camareros. Bebo un sorbo y me alejo con una sonrisa, sin darme cuenta de que no estoy sola. Que otra persona ha oído mi conversación y toma nota. Esta es una información demasiado jugosa...

Capítulo 21

El mejor cierre de negocios

Primer paso conseguido. Después de varios intentos, he podido sortear a la oronda recepcionista del hotel de Adrián; tarea ardua, pues ¡a esa mujer no se le escapa nada! Él no está, ha quedado con el señor Ibáñez para organizar la exposición del martes y yo he pensado en sorprenderlo: celebrarlo de una manera especial. Con nata y sirope de fresa que tendrá que lamer de mi cuerpo.

Estos últimos días han sido perfectos entre nosotros. Desde el lunes, prácticamente no nos hemos separado salvo para ir a por más ropa a mi apartamento. Sí, puede que me haya estado escondiendo aquí, pero es que es el único cobijo seguro. Fuera todo se está viniendo abajo y no me apetece enfrentarme a las cámaras, al cabreo de Rosa o la decepción de mis seguidores. Creo que esta vida me está superando, que tenía una idea de lo que sería alcanzar la fama y que la realidad ha sido como un jarro de agua fría sobre mi cara. No estoy hecha para los focos y la polémica. No me gusta.

Llego hasta su puerta y suspiro. ¿Ahora qué? ¿Cómo entro? Oigo unas voces y, asustada, giro la cabeza de un lado al otro, buscando refugio. Estoy atrapada. ¡Mierda! Van a pillarme y me echarán a la calle, joder.

Se acercan.

Cierro los ojos y ruego por un milagro que me salve de esta porque no me apetece nada combatir los gritos de la malhumorada recepcionista cuando se entere de que me he colado por fin. Es que lo nuestro se remonta a horas atrás, cuando he intentado camelármela (sobornarla con veinte euros que, por cierto, se ha quedado la muy pillita aunque me ha echado igualmente), y apelar a su corazón, hablándole de lo importante que son estos avances para nosotros y cómo estoy arañando ese escudo protector de Adrián. Ella ha asentido, me ha sonreído y con toda naturalidad me ha informado que: «Igualmente tendrá que esperarlo en el *hall*».

He aguardado casi dos horas y al final he tenido mi recompensa cuando un empleado la ha llamado a gritos y ha tenido que acompañarlo para solucionar algo de la planta superior. Entonces, me he dirigido a las habitaciones y aquí estoy, a nada de volver al punto de partida.

Sigo con los ojos cerrados. Suspiro.

Los pasos se oyen cada vez más cerca. Escucho una respiración; está justo enfrente.

—¿Señorita Ordóñez? —Doy un brinco, no de susto, sino de sorpresa. Es una voz amable, amistosa, que me recuerda a... Despego los párpados con una sonrisa resplandeciente.

—¿¡Sebastián!/? ¿Qué haces aquí?

—Trabajar. Nos encargamos de la tintorería del hotel. Bueno, es una tarea que gestiona mi hija pequeña, pero tiene ciática y la estoy sustituyendo hoy. Ella se negaba porque cree que ya tengo suficiente con la tienda, pero hay que arrimar el hombro cuando las cosas se ponen feas, ¿verdad?

—Observo al hombre. Me admira cómo alguien con su edad puede tener tanta energía. Va con uniforme y conduce un enorme carro negro repleto de bolsas de tela, clasificadas por

habitaciones. Imagino que son de los clientes del hotel que desean que les arreglen sus ropas. Le sonrío con cariño—. ¿Está usted bien? ¿Qué hace aquí?

—La tonta, Sebastián.

—Eso lo dudo, señorita.

—Le digo que sí. Quería darle una sorpresa a mi marido y esperarlo en la habitación, pero la recepcionista se ha negado a abrirme, así que he pensado en colarme y, cuando lo he conseguido, no se me ha ocurrido ninguna forma de acceder.

—Pues creo que yo sí puedo ayudarla.

Sebastián agarra un aparatejo negro que me recuerda a los *walkie talkie* y vocifera un nombre. Observa la puerta de Adrián y la cita justo aquí. A los pocos minutos aparece una mujer morena, que a todas luces es la camarera de esta planta. Al verlo, lo saluda efusivamente con la mano hasta que nos da alcance.

—Almudena, ¿cómo estás?

Ella lo abraza.

—Bien, Sebastián, como siempre, no me puedo quejar.

—¿Y los niños?

—Más guapos cada día. ¿Hoy no trabaja María?

—Ciática otra vez.

—Pobrecita, tiene que mirárselo. Mi prima Amparo conoce a un especialista muy bueno, ¿quieres que te pase el contacto?

—Sí. María te lo agradecerá.

—Vale, pues déjame que le pida el número y antes de que acabe mi turno, te lo doy.

—Muchas gracias, Almudena.

—¿Qué más necesitas? ¿Algún problema con...? —Me mira intensamente y abre los ojos al reconocerme. Por lo visto es una de mis detractoras porque justo en ese momento estrecha los ojos y me contempla con rabia. Sebastián, perspicaz, da un paso y sale en mi defensa antes de que pueda pestañear.

—La señorita Ordóñez es una vieja amiga, y te aseguro que es muy bondadosa. La última vez me hizo un gran favor. Me gusta juzgar a la gente por mí mismo, Almudena, no por la imagen que nos presentan los demás. Que, encima, suele estar manipulada en la mayoría de las ocasiones. Llevo años tratando con las personas y sé cuándo una merece la pena. Además, esta pobre chica ha sufrido mucho a manos de sus arrendatarios, ¡si te contásemos la atrocidad! Válgame Dios, todavía tengo pesadillas al recordar su historia. Y tú, como madre, la compadecerías si te enterases de la barbaridad que cometieron con su pequeña. Nadie debería pasar por una cosa así, ¡qué pena! —Me da la mano y me la estrecha. Yo, que he perdido mi buen juicio, solo puedo pensar en esas palabras y en mi Ángela. Me pongo a llorar y acabo siendo consolada por la trabajadora.

—Una hija... ¡Madre mía! Lo desconocía por completo.

Mierda. ¡Acabo de meter la pata hasta el fondo!

—Es un secreto.

—Mis labios están sellados, señorita.

—¡Y los míos! —se apresura a afirmar Sebastián.

—Entiendo que la quiera alejar de la prensa, hace bien. ¿Sabe que le digo? No se deje ningunear por ningún hombre. Ahora que la conozco, sé que lo que cuenta ese Laguerta es mentira, nadie con su bondad puede tener un corazón tan negro. Y Sebastián la quiere, así que yo también.

Ha ganado usted una fan desde ya. ¿Qué necesitáis?

Me quedo tan anonadada por ese cambio radical de actitud que enmudezco.

—¿Podrías abrirnos la puerta? Es que no he cogido las llaves y la señorita Ordóñez deseaba sorprender a su...

—¡Amigo! —lo corto para evitar que diga *marido*.

Sebastián levanta una ceja. Yo le guiño un ojo y él guarda silencio. Menos mal, bastante he liado ya. No quisiera que corriese la voz y Adrián acabase en el foco de la polémica.

—Claro, Sebastián. Por ti, lo que sea.

—Muchas gracias, Almudena.

Nos abre, se despide y se marcha. Sebastián me observa y sé que se pregunta qué está pasando.

—Es una larga historia, Sebastián. Digamos que a mi marido también lo perdí en la otra vida, como a mi hija, y ahora estoy intentando recuperarlo.

—Entiendo. Otro secreto, ¿no?

—Algo así, sí.

—Bueno, tengo que dejarla porque todavía me queda trabajo, estaré por aquí varias horas más, cualquier cosa que necesite, no dude en pedirla.

—Muchísimas gracias, Sebastián. —Y sin poder contenerme, lo abrazo.

Espero hasta que desaparece de mi vista y me cuelo en la habitación. Veo que han limpiado, pero las pertenencias de Adrián siguen en la mesa del centro. Una libreta, papeles, varios bolígrafos y el portátil. En el sofá, observo su última sesión de fotografías, retocadas y enmarcadas, y varios trabajos más por el suelo, ordenados en un lateral, obra de las limpiadoras, seguro. Consulto el reloj y maldigo, pues he perdido muchas horas y estará a punto de llegar. Me meto en el servicio con la mochila que llevo y me quito toda la ropa. Saco la nata y el sirope y me dirijo, desnuda, a la cama.

Me fijo en el ordenador de la mesa, está abierto aunque con la pantalla en negro. Imagino que estaba editando imágenes y que será lo primero que haga al llegar, así que se me ocurre una maldad. Me escondo debajo y, como el mantel es enorme, quedo oculta.

No tengo que esperar mucho hasta que lo oigo tras la puerta. Entra y sonrío. ¡Menudo susto le voy a dar!

—Siento las molestias. He estado trabajando en esa última fotografía y creo que confundí los papeles. Estará aquí, en mi mesa.

Está hablando con alguien por teléfono. Me pongo una mano en la boca para aguantar la risa. Espero un poco más y oigo que cierra la puerta.

—No tardo.

Aparta la silla y se sienta. ¡Al ataque! Saco una mano y le agarro el paquete.

—¡¡Pero quééé!! —Levanta el mantel y me ve. Agrandando los ojos y yo suelto una risita. Me lanzo a por su bragueta y se la bajo, liberando su miembro, que se eleva en cuanto lo suelto. Lo acaricio y él gime, con los ojos cerrados.

—¿Sucede algo, señor Fuertes?

Un momento. ¿¡Quién ha dicho eso!? ¿¡Quién coño hay en la habitación con Adrián? Un sudor frío me recorre la espalda. Adrián, que me observa, sonrío con malicia.

—No, señor Ibáñez, disculpe. Solo era un bicho. Me ha sorprendido por un momento, pero lo tengo controlado. Tome asiento, por favor.

¿Ah sí? Te voy a dar yo a ti bicho...

—Nunca limpian a fondo. Debería usted poner una queja en el hotel, apuesto lo que sea que

hasta hay polvo.

—Umm, seguro que hay polvo y del bueno.

—¡Quéjese! No puede permitirlo; usted está pagando por ciertas comodidades.

Adrián despega los ojos de mí y mira hacia el sofá, donde debe de estar el señor Ibáñez. Luego regresa a mi rostro. Ver el deseo en sus ojos me pone a mil, siento las mejillas sonrojadas por la excitación. Estamos haciendo algo malo, prohibido. El dueño de la Galería Kreismarl está en esta habitación y hasta que se vaya tendríamos que...

—Sí, reclamaré y exigiré que me limpien a fondo, que aspiren hasta extraerlo todo. —Abre las piernas y yo me paso la lengua por los labios, atraída por ese dulce caramelo que se me antoja irresistible.

—¿Eh? —El señor Ibáñez parece confundido.

—El original lo tiene ahí. Échele un vistazo. Mientras, revisaré las cláusulas que me comentaba y firmaré.

—Me gusta el encuadre es.... es... ¡Magnífico! De sus mejores trabajos, sin duda.

Adrián aguanta un gemido cuando froto la mejilla y los labios sobre su regazo. Saco la lengua y lo lamo. Sigo chupándolo y noto como él se acerca más a la mesa, inclinándose para darme pleno acceso. Me lo introduzco todo lo que puedo hasta que lo siento tan dentro, que él pega un sonoro puñetazo.

—Sí... ¡Sí! —grita Adrián sin poder contenerse. Tiene la mandíbula tan apretada, que en unas horas le dolerá.

Agarro su miembro con la mano y lo acaricio arriba y abajo mientras la punta de mi lengua roza su zona más sensible lentamente. Lo chupo y lo masajeo, una y otra vez.

—Veo que admira su obra. Eso está bien. ¿Qué le parece el contrato? —pregunta el señor Ibáñez.

Con la mano aprieto su verga y mis labios se dirigen al escroto, que engullo hambrienta.

—Joder. ¡Sí, sííí!!

—Vaya, me alegro. Pues creo que entonces estamos de acuerdo, introduciremos este último trabajo en la exposición. Puedo llevármelo, ¿no?

Lo sigo torturando, chupándolo, deslizando los labios desde su ancha punta hasta envolverlo todo. Quiero llevarlo al límite, que se folle mi boca hasta que se corra. Adrián se encorva mientras sus caderas siguen el ritmo que marco con mi lengua, incrementando el contacto. Entierra la cara entre las manos, aprieta los labios, pero se le escapa un gemido. Me siento poderosa. Ahí está mi Adrián, abierto de par en par a mí, a mis labios, a mi mirada hambrienta, temblando, jadeando.

—Dios mío...

—Tranquilo. Le aseguro que lo llevaré a la galería en cuanto salga de aquí. ¿Qué nombre le ponemos? —inquire Ibáñez, ajeno a lo que sucede bajo la mesa.

Adrián se sacude y lamo la pequeña gota salada que se le escapa. Lo pruebo, lo chupo hasta que siento cómo su cuerpo convulsa. Me introduzco su pene de nuevo hasta que me roza el inicio de la garganta. Repito la acción tres veces más. Sus piernas tiemblan tanto como él. Estoy tan excitada que, mientras me lo como, me acaricio. Él me observa, no puede apartar los ojos de mi rostro. Noto su mano apretando con reverencia mis pechos y gimo. Sigo lamiendo, abre más sus muslos y se entrega a mí, en completa rendición. Su mano rodea con cariño y suavidad mi cabeza y me guía, yo gimo sobre su hinchido glande y atiendo a esa necesidad que tiene. Más gotas se escapan, está a punto, listo para mí.

—¡¡Hostia puta!! —chilla.

—¿*Hostia puta*? Estoy de acuerdo en que es muy erótico y sugerente y puede que, entre usted y yo, señor Fuertes, sea lo que uno piensa cuando ve este desnudo artístico, pero creo que un nombre menos polémico para esta fotografía funcionará mejor.

Estoy tan concentrada en darle placer, que no atiendo a sus súplicas. No puedo parar y sé que él tampoco. Lo masturbo un poco más con las manos y la lengua y me toco el clítoris hasta que siento que me acerco al final, como él.

—¡Santa María!

—No, tampoco. Dejemos las santas fuera de la fotografía de desnudo artístico. ¿Qué le parece *Poder*? —sugiere el propietario de la galería.

Ya llega, lo sé. Chupo la punta y después atiendo su enorme erección, mientras mi mano derecha sigue dándome placer. Lo lamo una y otra vez hasta que su cuerpo empieza a moverse con una fuerza extrema y juntos alcanzamos el éxtasis.

—¡¡¡Sí, sí. Sí, sí, sííí!!!

Se descarga sobre mi boca hasta que sus energías remiten y cae sobre la mesa, con el sudor perlado su frente.

—Vaya, celebro tal entusiasmo. Sí, a mí también me gusta el nombre. Muy bien, pues creo que esto es todo. ¿Ha firmado ya el contrato?

Lentamente Adrián se incorpora, coge el bolígrafo que tiene sobre la mesa y garabatea sobre los papeles. El corazón me va a mil por hora cuando oigo que el señor Ibáñez se levanta del sofá y se acerca a la mesa, justo frente a Adrián, que ya se ha cerrado los pantalones. No se levanta, espera a que el hombre se acerque y le entrega los documentos.

—¿Se encuentra usted, bien? Parece enfermo.

—Creo que he perdido las fuerzas, señor Ibáñez —contesta con un hilito de voz.

—Bueno, pues tome reposo que el martes lo quiero fresco como una lechuga. Algo me dice que tendremos grandes éxitos.

Veo que Adrián extiende la mano y supongo que estrecha la del señor Ibáñez. Lo supongo porque desde mi escondite no veo nada. Espero y los pasos se alejan, se oye la puerta y, a continuación, Adrián aparta el mantel con decisión.

—¡Sal! —me ordena.

Lo hago y, antes de ponerme derecha, ya tengo su boca sobre la mía, devorándola. Me agarra de las nalgas y me coloca encima de la mesa, me abre las piernas y en menos de un suspiro me entrego a sus voraces labios.

—Adri...

—Shh. Es mi turno.

No puedo rebatirle aunque quiera pues mis pensamientos y mi juicio desaparecen en cuanto su lengua alcanza mis pliegues y llega hasta el clítoris. Lo succiona y sé que estoy perdida.

Capítulo 22

Una barbacoa y más

Estoy nerviosa. Bueno, es un eufemismo de mi estado real, que mejor se definiría como aterrada o acojonada. Hace dos días que no veo a Adrián, que he desconectado del mundo exterior para centrarme en mi familia, tal y como le prometí a mi madre.

Ellos me han acogido con los brazos abiertos y nos hemos tirado horas hablando, riendo y jugando a las cartas, para gozo de mi hermano que me ha ganado todas las partidas. Es curioso porque, a pesar de que en mi antigua vida sí estábamos unidos, siento que los echaba de menos, que los veía, pero no los disfrutaba como se merecían. Y eso es algo que me gustaría cambiar.

Hoy es domingo. El día de la famosa barbacoa de mi padre y, también, el día en el que mi relación dará un paso hacia delante o hacia atrás. He maldecido como trescientas veces mi impaciencia, mi prisa por precipitarlo todo y no aguardar a que las cosas se sucedan por sí solas. ¿Por qué tuve que escribir esa maldita nota antes de marcharme el viernes por la mañana, mientras él dormía? ¿Por qué se la dejé? ¡Joder!

«Domingo. Barbacoa en casa de mis padres. Te encantaba, ¿recuerdas? Sé que hemos pasado por mucho, que has sufrido y que tienes miedo de darme una segunda oportunidad, pero estos días te he demostrado cuánto he cambiado, cuánto me importas y cuánto estoy dispuesta a dar por ti. Renunciaría a cualquier cosa por recuperar lo que teníamos porque ahora lo sé, Adri, era feliz. Ojalá pudiese volver atrás, ojalá pudiese mostrarte mi corazón para que vieses que no miento. Que, a pesar de todo, solo hay un nombre grabado en él y es el tuyo. Sé que es una locura, sé que te pido demasiado, pero soy egoísta porque te quiero y te necesito. Adrián, ven el domingo, a las doce. Si apareces, buscaremos ese futuro juntos con el que tanto soñamos. Si no, te dejaré ir porque entenderé que es lo que deseas. Y aunque me destroce esa decisión, tu felicidad es lo único que me importa. Por favor, cree en nosotros, como yo lo hago. Te esperaré en nuestro rincón. Te quiero».

Ahora ya no hay marcha atrás. Cierro los ojos y me muerdo el labio. Suplico a quien me oiga allá arriba un último deseo:

—Que venga, que aparezca.

Nada más me importa, solo él, lo nuestro. Si esta va a ser mi vida, Adrián debe estar en ella o no será completa. Doy varios pasos, rodeo el árbol en el que lo he citado, el mismo en el que nos dimos nuestro primer beso cuando éramos unos chiquillos y nos enamoramos. Aquí me prometió que sería su alma gemela, aquí me pidió matrimonio y aquí yo le dije que Ángela vendría en camino. Por eso es justo que sea aquí donde lo nuestro tome rumbo o se vaya a pique.

El corazón me va a mil por hora, he mirado tantas veces el reloj que me duele la muñeca de girarla. Llega tarde, más de veinte minutos. Tengo que hacerme a la idea, no va a venir.

Me dejo caer al suelo y entierro la cabeza entre las manos. Siento cómo las lágrimas se deslizan por mi rostro mientras el pecho me pesa, me duele. Recuerdo todos nuestros momentos juntos y justo cuando dejo escapar un sollozo, un familiar sonido se cuele entre mis pensamientos

y me trae a la realidad. Despego los párpados y me coloco una mano a modo de visera para poder ver mejor porque a pesar de ser febrero hace un día muy soleado.

El pecho me palpita cuando distingo a lo lejos esa vieja vespa, la que guarda en el garaje de sus padres. Está aquí, ¡ha venido! Me levanto y mis piernas se ponen en marcha solas, corren hacia él hasta darle alcance. Siento que los labios me tiran, y me doy cuenta de que sonrío como una boba. Ha venido. ¡Ha venido! Cuesta hacerse a la idea, creérmelo.

Frena a mi altura y se quita el casco con una amplia sonrisa. Me observa, y leo en sus ojos una mezcla de sorpresa, miedo y alegría.

—Pareces sorprendida de verme, Bel.

Baja de la moto, deja el casco en el asiento y se acerca tanto que oigo su entrecortada respiración, muy al compás de la mía.

—¡Has venido! —repito, esta vez en voz alta, como una idiota enamorada.

—¿Acaso podía no hacerlo? —Coge uno de mis mechones, lo acaricia y me lo pasa tras la oreja. Su mirada captura la mía—. Te dije que eras mi alma gemela. Yo siempre lo he sabido, Bel, eras tú la que tenías dudas.

—Lo siento. —Bajo la voz y una lágrima traicionera se me escapa. Creo que he tardado demasiado tiempo en apreciar lo que tenía, lo que quería.

—Dejemos el pasado enterrado. Quiero ese futuro del que hablabas en tu carta, Bel. Deseo una segunda oportunidad y, quizá, un para siempre. ¿Te asusta?

—No, Adri. Lo estoy deseando. Por un momento creí que no vendrías y yo... —La voz se me quiebra, me muerdo el labio, controlando las emociones.

—La maldita moto esta, que no arrancaba. Pensé que sería gracioso aparecer en ella, como en nuestra primera cita, y darte una vuelta, pero no contaba con los años que lleva parada. Perdona el retraso, Bel, pero que sepas que no venir no era una opción. Desde que apareciste en mi clase el otro día, supe que estaba perdido, que siempre lo estaría contigo.

—¡¡Adri!!

Me lanzo a sus brazos y lo beso. Las palabras se acaban, estamos demasiado hambrientos para hablar. Me coge en brazos y, en dos zancadas, me empuja contra el árbol. Nuestras manos, inquietas, arrancan la ropa hasta que nuestras pieles se tocan. Las bocas, unidas, siguen un compás frenético, lengua con lengua.

Coge mis manos y las levanta hacia arriba, apoyándolas en el árbol suavemente, mientras su boca juega con mis pechos, mordisqueando mis pezones. No quiero preliminares, solo sentirlo dentro de mí, que me llene. Lo necesito.

Creo que él siente lo mismo porque de pronto alza mi pierna derecha y basta una embestida para que gritemos juntos, entra con facilidad. Estoy húmeda, preparada para recibirlo. Busco sus labios desesperada, jadeo y él también. Mis manos ahuecan su rostro mientras nuestras bocas se unen y nuestros cuerpos resuenan contra el árbol. Esta vez hemos abusado de la pobre planta. Quiero reírme, pero, en cambio, se me escapa un gemido cuando él empuja más adentro. Con un solo movimiento me tumba sobre la hierba, protesto cuando se retira, pero no me da tiempo de rogarle que siga porque vuelve a mí. Entrelazo las piernas en su cintura y sigo su ritmo con mis caderas. Adri mete uno de sus dedos en mi boca y yo se lo chupo lentamente. Lo retira y busca mi clítoris, acariciándolo hasta que me hace chillar.

Sus embestidas no dan tregua, sus caricias tampoco. Nuestros gritos y gemidos se juntan en uno solo hasta que ambos cuerpos convulsionan a la vez, estallando de placer, un placer tan intenso que me marea. Siento que se vacía dentro de mí y oigo su corazón latiendo tan fuerte como el mío.

Cae a mi lado, me abraza y así nos quedamos un buen rato sobre el césped. En silencio.

Al cabo de unos minutos, suspiro feliz. Mi mano roza una gruesa rama. La agarro, la miro y una sonrisa ilumina mi rostro. Tengo una idea tonta, infantil, pero no me importa. Me incorporo.

—¿Bel? —No le contesto. En cambio, me acerco al árbol. Trazo nuestras iniciales y al terminar río encantada. Giro el rostro y me sorprende al verlo tan cerca, observándome con sus intensos ojos verdosos.

—Te quiero —dice así sin más. Una palabra que, aunque he escuchado muchas veces de sus labios, hoy se me antoja especial. Como cuando pierdes algo muy valioso y tienes la gran suerte de hallarlo de nuevo. ¿Puedo ser más feliz?

Lo miro con amor y lo beso, demostrándole todo lo que siento por él. Al separarnos veo que sonrío travieso.

—¿Te apetece dar esa vuelta ahora? ¿Tenemos tiempo? Tu padre es muy exigente cuando se trata de su barbacoa.

—A mi padre le encantará tanto verte de nuevo, que perdonará cualquier retraso.

—Lo dudo, pero, aun así, correré el riesgo.

Nos vestimos deprisa y, como dos niños a punto de hacer una travesura, corremos de la mano hacia la moto, subimos y me sujeto fuertemente a su cintura, sintiendo la brisa sobre mi rostro.

—¿¡Belén!? ¡Por fin! Dios mío, cariño. ¿Dónde estás? He intentado llamarte, pero... —La voz de Carol suena agitada, preocupada. Me siento culpable por encender ahora el teléfono, sé que me ha llamado más de diez veces y Rosa también. Me espera una buena bronca, esa representante es inflexible. Estoy de tan buen humor que hasta tengo ganas de abrazar a Rosa y pedirle perdón por nuestras discusiones, a partir de ahora pondré más de mi parte e intentaré limar asperezas. Las cosas mejorarán, es hora de tomar las riendas de esta nueva vida que cada vez se me antoja más apetecible.

Miro el reloj, compruebo que pasan de las diez y consulto el chat de Adrián. Lo último que hay es mi mensaje, el que le escribí al llegar a Madrid esta madrugada para que no se inquietase. Después caí rendida en la cama y me dejé arrastrar por el sueño. Me extraña que no lo haya leído, ¡qué raro! Con lo que le preocupaba que condujese de noche...

De pronto me saltan varias llamadas de mi madre, de mi hermano, ¿el hermano de Adrián también? Veo algunas de números desconocidos. Cansada, aparto el teléfono y atiendo a Carol. ¿Qué estaba diciendo? Me parece oír un sollozo y estrecho las cejas, preocupada por mi amiga.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo, Carol?

—¿Qué si ha...? Belén, cariño, ¿no has visto las noticias?

—No, qué va. Mi móvil lleva apagado desde el viernes y también la televisión, le prohibí a mis padres cualquier contacto con el exterior. Necesitaba tranquilidad, disfrutar de ellos sin que nada se interpusiese. Y... ¡Ay, Carol! Tengo tanto que contarte... Adrián vino, ¿recuerdas la nota que le dejé? ¡Pues funcionó! Apareció y me dijo que me quería y ¡fue maravilloso! Estuvimos todos juntos y después él se marchó a casa, va a quedarse un día más con sus padres. Te reirás, pero me muero de ganas de que sea el martes para verlo de nuevo. Yo he apurado con los míos algunas horas más, pero, tranquila, que ya estoy en Madrid, llegué de madrugada. ¡Estoy molida! Nunca me ha gustado conducir de noche. Te juro que si no tuviese que maquillarme para el anuncio de hoy, me tiraría toda la mañana durmiendo. Te advierto que tendrás que fundirme el timbre porque igual doy otra cabezadita. —Bostezo sonoramente y río antes de disculparme—. Ay,

Carol. Estoy tan contenta... Creo que por fin esta nueva vida me está dando un respiro y que ahora las cosas irán bien, puede que sí me guste quedarme aquí.

—*Belén, cariño. Yo... Belén. Lo siento tanto...* —El llanto la interrumpe. Doy un brinco y mi voz se torna aguda.

—¿Carol? Madre mía, ¿qué pasa? Carol, ¿estás bien? —Oigo que llora más fuerte, sus lamentos me revuelven y mis lágrimas se unen a las suyas. No sé qué ha pasado, pero tiene que ser muy grave para que estalle así. El corazón me va a mil por hora. Salgo de la cama y me pongo de pie, muy asustada—. ¿Carol? Por favor, háblame. Tranquila. Escucha, voy para tu casa, ¿vale?

—*Be... Belén. Yo... No sé cómo decirlo. Joder, Belén...*

—Carol, no llores así. ¿Qué pasa? Me estás asustando. Mira, sea lo que sea, lo superaremos juntas, seguro que no es tan malo, que podemos encontrar una solución, pero tienes que calmarte.

—*Belén. Ha habido un accidente. Cariño, lo siento tanto...*

—Carol. ¿Quién...?

—*Belén...*

El corazón me da un vuelco. Un funesto presentimiento me asalta y siento cómo una zarpa invisible me atenaza la garganta, ahogándome.

—Carolina, ¡maldita sea! Habla de una vez. ¿Quién es?

—*Lo siento tanto...* —En ese momento lo intuyo. No hace falta que pronuncie su nombre porque mi corazón ya lo sabe.

—No... No... —suplico mientras pierdo el equilibrio y caigo de rodillas al suelo.

—*Belén.* —Llora y su explicación sale a borbotones, pero no puedo escucharla, no tengo fuerzas. El móvil resbala de mi mano con tanta fuerza como mis lágrimas lo hacen desde mis ojos —. *Al parecer, alguien filtró su imagen, vuestro romance y la prensa... Estaban esperándolo. Él iba en una moto, huyó. Solo querían fotografías... Lo persiguieron. Iba deprisa, Belén, se despistó. Fue un segundo, pero un camión... Cariño, él...* —Chillo y me tapo los oídos con las manos para intentar acallarla. Grito tan fuerte que mi voz retumba en la silenciosa estancia.

—¡Basta! ¡¡Baassstaaaa! ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me hieres así? —Noto que los sollozos se mezclan con mis palabras, reclamo al destino la mala jugada que me ha hecho. Carol, que me oye, cree que es a ella a quien hablo.

—*Belén, cariño. Lo siento. Voy para allá ahora mismo, no pienso dejarte sola.*

—No, no... Es una broma, es una broma, es una broma. Va a estar bien, se recuperará, lo sé. —Alzo la mano y miro con odio a ese anillo de amatistas que tanto ha cambiado mi vida, detestándolo con todas mis fuerzas—. No puedes hacerme esto, no puedo quedarme aquí sin él. No lo consentiré, ¿me oyes? ¿¡¡¡Me oyeesss!!!? Se pondrá bien, seremos muy felices.

—*Belén... Belén, cariño, él ya no... Él... se ha ido. Ha fallecido. Adrián ha muerto, cariño. ¿Belén? ¿Belén, sigues ahí?*

Las paredes se mueven ante mis ojos, parecen balancearse, acercarse a mí. O eso supongo antes de exhalar un último grito desgarrado y perder la conciencia. La oscuridad me engulle, pero antes de hacerlo, me agarro a un último pensamiento, a esa certeza de que ni puedo, ni quiero una vida sin él. Ha sido mi mejor amigo, mi confidente, mi amante, mi amor durante tanto tiempo que siento deseos de arañar, golpear y destrozar cualquier cosa por mi idiotez, por ese anhelo que me ha traído hasta este instante y me ha alejado de todo lo que tenía la Bela Ordóñez de antes. Ese deseo que me ha destruido.

Capítulo 23

Adiós, mi amor

Han pasado tres meses. Tres apáticos tristes y desgarradores meses. Sigo tirada en la cama, como un guiñapo. Creo que mi último baño fue hace una semana, cuando mi madre se instaló aquí y me obligó, literalmente, a meterme bajo la ducha. No tengo fuerzas, me parece que las he perdido para siempre. Ríe cuando me *animan* con eso de: «El tiempo todo lo cura, Belén». «Saldrás de esta, todos lo hacemos» o la mejor: «Ánimo, aunque ahora no lo veas, el dolor pasará y vendrán cosas mejores». ¿Mejores? Ja.

Estoy aniquilada. Muerta en vida y no quiero pensar en el puto futuro, ni en nuevos amores, ni mierdas de esas porque yo tuve una familia maravillosa y ahora ya nunca los recuperaré. La culpa es lo que más me corroe por dentro porque pedí aquel odioso deseo, porque en esta nueva vida lo busqué aun cuando me avisaron de que iba a trastocar su existencia, pero como soy una egoísta me dio igual y ahora lo he perdido, lo he perdido todo.

Hace unos días vino una psicóloga a casa, idea de mi madre, claro. Me dijo que esta forma de afrontar mi dolor no es buena para mí, que necesito desahogarme, expulsar lo que me quema por dentro porque me está gangrenando. Me sugirió con gran entusiasmo que empezase un diario y volcase sobre él mis sentimientos. ¡Como si un puto papel pudiese curarme! Es ridículo. Solo quiero volver atrás, a aquel maldito 14 de febrero. Con qué gusto tiraría ese anillo, el mismo que ahora porto en la mano como recuerdo permanente de mi estupidez para que, al mirarlo, sepa que un día destruí mi vida por una envidia insana hacia una mujer que ni siquiera conocía.

Dicen que de amor no se muere nadie, pero estoy segura de que el hijo de puta que lo afirmó por primera vez no sufrió una pérdida, porque, si lo hubiese hecho, sabría que es como si te abriesen en canal y te arrebatasen el alma.

Me siento rota, sin fuerzas. Las últimas las invertí hace meses cuando salí de mi perpetua apatía para gritarle a Laguerta que se marchase del funeral de Adrián, que no era bienvenido por su traición.

—Estás equivocada, Belén. No fui yo, te lo prometo.

—No te creo. Vete. ¡¡¡Lárgate!!! —grité. Carol, a mi lado, lo perforó con la mirada y le indicó que se fuese. Mis padres tuvieron que contenerse para no sacarlo ellos mismos y Rosa lo cogió del brazo, pero él se zafó, dispuesto a decirme la verdad. Noté que varios periodistas captaban el momento con sus cámaras, pero me dio igual, seguí chillando e ignorando las súplicas de Rosa, que me aconsejaba no llamar la atención.

La prensa ahora estaba del lado de Adrián, después de destrozarlo con calumnias y mentiras, pues alguien filtró que yo patrocinaba la exposición que iba a hacer y que pagué a un hombre — imaginé que se referían al señor Demetrio Regueiro— para que le encargase un trabajo. Lo apodaban el Consentido y lo despreciaban por acercarse a mí para favorecer su carrera, información que pudieron saber gracias a «fuentes cercanas a la modelo». Supuse que esas *fuentes* era el imbécil de mi ex y lo odié, proyecté toda mi rabia sobre él. Por su traición, Adrián se fue.

Esas noticias solo ocuparon los primeros titulares; más tarde se convirtió en una trágica historia de amor truncada por el destino porque un drama vende más ejemplares. ¡Malditos cerdos morbosos! Ah, y ahora sí estaban interesados en que grabase ese puto documental, supongo que querían despellejarme en directo, pero no les di el gusto, los mandé a la mierda, como a todo lo demás.

—Está bien, me voy. Pero antes quiero dejarte bien claro que no fui yo y quiero que lo sepas —me aseguró Álex.

—Me importa una mierda lo que tú quieras.

—Alguien te traicionó, Belén, alguien cercano a ti porque se revelaron detalles íntimos de vuestra relación. Piénsalo, ni siquiera yo conocía esas cosas. Además, a mí no me interesaba que saltase a la prensa tan pronto porque vuestra historia captaría todo el interés; su figura centraría las portadas. No fui yo y en el fondo lo sabes, aunque te duela. Sé que es más fácil culparme a mí, pero la realidad es que no soy el responsable, Belén. Mi egoísmo no lo permitiría; no soy de los que se echan a un lado mientras otros se llevan la noticia. Quería chantajearte para que volvieses conmigo, quería joderlo, sí, y os detestaba en ese momento, pero no abrí la boca.

—Eres un cerdo —expulsé con repulsa.

—Puede, pero no soy la persona que buscas, Belén. Jamás hablé con la prensa de Adrián.

—Lárgate, no soporto ni mirarte.

—Espero que te vaya bien, Belén.

—Ya, claro.

—A pesar de todo, no deseaba que sucediese algo así. Soy cabrón, pero no tanto.

No tuve que esperar mucho para descubrir la verdad, esa misma tarde se presentó en casa de mis padres Rosa, con lágrimas en los ojos. En cuanto abrí y la miré, lo supe.

—Bela, yo...

—¿Por qué? —Fue lo único que pregunté, mi voz estaba tan rota como mi corazón.

—Lo hice por tu bien, Bela, o eso creí. Estabas tan distraída, tan empeñada en pasar de todo, que temí que cometieses un error y tirases por la borda todo lo que habías construido. Además, pensaba que se aprovechaba de ti.

—*Habíamos*. Temiste por ti, Rosa, por si mi caída precipitaba la tuya.

—No, sí, no sé. Supongo que tienes razón, pero te juro que en ese momento pensaba que hacía lo correcto, que si te mostraba cuán diferentes erais, entenderías que esa relación no tenía futuro, que no serías feliz con él, ni él contigo. Adrián no habría llevado bien la fama, no es de los que están en el punto de mira. Quise demostrároslo.

—No hables de él. ¡Ni se te ocurra mencionar su nombre! No tienes derecho y tampoco te correspondía esa decisión.

—Pretendía ayudaros y de paso desviar la atención de las afirmaciones de Laguerta. No actué con mala fe. Bela, por favor...

—¿Por favor, qué? Rosa, tú lo mataste. ¡Fuiste la culpable de su accidente! ¡¡Tú me lo arrebataste con tu traición!! —Un sollozo me hizo doblarme, me agarré a la puerta para no caer.

—No, no... Yo...

—Márchate. No quiero verte nunca más. Confiaba en ti...

—Bela, jamás quise herirte. Me importas.

—Bonita forma de demostrarlo. Fuera. ¡¡Vete!!

—Ojalá pudiese volver atrás, deshacer aquello, no tuve mala intención, pensaba en ti, en ayudarte, tienes que creerme, querida. ¿Nunca te has arrepentido de algo? Yo sí, te lo juro, cada día desde el accidente.

No le contesté. Cerré la puerta, recogí mis cosas y tomé el primer AVE que salía hacia Madrid. Volví a mi apartamento y me encerré en él para recrearme en mi pena. Sin embargo, sus palabras me han acompañado a lo largo de estas últimas semanas.

Sí. Claro que me he arrepentido, claro que desearía retroceder el tiempo y hacer las cosas de otro modo. Jamás debí desear una vida que no era la mía, envidiar una existencia que no me correspondía, ni robar unos sueños que no eran los que yo tenía. Si tuviese una oportunidad cambiaría muchas cosas, pero no renunciaría a la Bela Ordóñez de antes.

Suena el teléfono y, como siempre, lo ignoro. Salta el contestador y dejan un mensaje. Es Carol y, por una vez, su voz trae un rayito de esperanza.

—Belén, cariño. Coge el teléfono, es importante. Sé que estás ahí. ¿Belén? Bueno, da igual. Escucha. Esta mañana lo han dicho en las noticias. Estos días habrá un fenómeno astronómico, tía. Algo así como una lluvia de estrellas. ¿No es eso lo que necesitabas? Y la he localizado, Belén, sé dónde vive tu Débora Cruz. Es hora de volver a casa.

Lloro en silencio. Sé que sigue sin creerme, que hace esto por mí, porque piensa que es la única forma de conservar mis fuerzas, mi alegría, y la quiero más todavía por ello. Acaba de darme el regalo más bonito de todos: una nueva oportunidad.

Me levanto y cojo el auricular:

—Recógeme; iremos a por ella.

Capítulo 24

Devuélveme mi vida

Estamos justo delante de su casa, observándola.

—Es muy guapa, pero parece infeliz, ¿verdad? —comenta Carol mientras contempla a Cruz. Mis ojos repasan esa figura que está sobre los escalones de la entrada, fumando, con la mirada perdida en la lejanía. Lleva un vestido que queda oculto tras el abrigo verde que la cubre. Sus largas piernas están enfundadas en unas medias negras que hacen resaltar las deportivas blancas. El cabello recogido en una alta cola, y su rostro no tiene ni rastro de maquillaje; qué distinta es esta mujer de la que yo conocí. Pienso en lo que ha dicho Carol y le doy la razón interiormente: parece desolada, triste y superada.

Tras ellas se oyen gritos de niños y la voz de un hombre llamándola, pero Débora los ignora. Está observando el cielo, coloreado de estrellas.

—Venga, vamos. Es el momento que esperábamos —digo. Y es cierto. Llevamos dos días casi acampadas en el coche, mirando hacia su casa, aguardando pacientemente. Hoy es el día de mayor intensidad de la lluvia de estrellas, la única posibilidad de que el hechizo surta efecto. Estoy tan nerviosa, que se lo he contagiado a Carol, tal y como ella me ha confesado. Creo que hasta este momento no había considerado mi historia, pero al ver mi reacción, al sentir que estoy atacada, empieza a creer en este anillo un poco más.

—Espera, Belén. —Me coge del brazo justo cuando abro la puerta de su coche—. Solo quería... No sé qué pasará, pero... Te quiero, ¿vale? Tienes que prometerme que, suceda lo que suceda a partir de esta noche, pondrás de tu parte, mejorarás. Y si no funciona...

—Pedirá el deseo, lo sé. —Y de verdad lo creo. Así como mi vida está donde la dejé, Débora también ha de regresar. Seguramente no sea plenamente feliz porque su camino era otro y tiene que volver a él.

—Pero si no lo hace, tienes que prometerme que saldrás del pozo en el que te has metido, que te esforzarás por abandonar esa pena que te está consumiendo. Belén, nos está destrozando verte así.

—Está bien, Carol. Si me quedo aquí, te juro que procuraré superarlo. Me costará, pero lo intentaré.

—Vale, me sirve. Estaremos a tu lado, cariño. —Le sonrío y la abrazo con fuerza. Ella se aferra a mí y llora. Sus lágrimas contagian a las mías.

—Te echaré de menos —susurro con voz entrecortada.

—Bueno, si lo que cuentas es verdad, nos veremos en el otro universo, ¿no? ¿O es que allí no somos amigas?

—Sí, sí lo somos. Y de las buenas.

—Bien, entonces, ¡a por ella!, ¡a encasquetarle el anillo!

Lanzo una carcajada y la sigo al exterior. Vamos directas hacia Débora, que al vernos sale de su ensañación y ahoga una exclamación. Se pone en pie, algo asustada.

—¿Débora Cruz? Perdón, ¿María Jesús Sánchez Cruz? —pregunto por cortesía, pues sé muy bien que es ella.

—¿Quiénes sois?

—Digamos que nos conocimos hace mucho.

—¿Ah sí? No os recuerdo, aunque tu cara me resulta familiar... —Fija sus intensos ojos azules en mí—. Me suena mucho.

Me quito el anillo y se lo entrego.

—Esto te pertenece. —Ella lo mira atentamente y niega con la cabeza. Me lo devuelve, pero no lo cojo.

—No, jamás lo había visto.

—Pero es tuyo, de verdad. Mira, sé que es difícil de creer y seguramente pienses que he enloquecido, pero esta sortija tiene poderes, ¿vale? —Agranda los ojos y sí, piensa que estoy como una regadera—. Puedes pedir cualquier cosa y te la concederá. María, tú eras una mujer exitosa, la más famosa del país, te hacías llamar Débora Cruz. Actriz y modelo. Me entregaste la sortija y yo deseé tu vida y te la robé.

—Oh, ya sé de qué me sueñas... ¡Te he visto en la tele! ¡¡¡Eres Bela Ordóñez!!!

—Por favor, Débora. Digo, María. Tienes que ponerte el anillo y pedir un deseo, debes rogar que tu vida de antes te sea devuelta para que yo retorne a la mía.

—¿Te has vuelto loca? En la prensa... Ví que tu novio había muerto y... —Ve el dolor reflejado en mis pupilas—. Mira, no quiero ser insensible, pero tenéis que marcharos o llamaré a la policía. Y deberías dejar de beber, te lo digo yo que sé de qué hablo. No es bueno, y menos para ahogar la tristeza. —Me tira la sortija y, en un acto reflejo, la cojo.

—Tienes que ponerte el anillo. ¡¡Lo necesito!!

—Me estáis asustando. Voy a llamar a las autoridades. ¡¡Miguel!! Miguel, sal.

Estoy desesperada. Miro a Carol y ella asiente.

—Sujétala. —Nos lanzamos a por Cruz y ella grita, forcejea, se libera y echa a correr. Carol y yo la seguimos, damos varias vueltas rodeando su vivienda. Todas chillando como locas.

—¡Fuera! Socorrooooo. ¡¡Vecinos!!

—Por favor, Débora, ¡tienes que ponerte el puto anillo!

—Estás loca, ¡¡ayuda!! Que alguien me ayudeeee. ¡Que alguien llame a la policía!

Carol frena y respira con dificultad. Se deja caer en el césped de Cruz y me hace gestos con la mano para que yo continúe. Nosotras seguimos corriendo en círculos sobre la casa como idiotas hasta que por fin salto y le doy alcance, justo frente a su puerta. Vocifera el nombre de su marido mientras intenta patear. Me siento a horcajadas sobre ella e intento agarrar su mano.

En ese momento se abre la puerta de la casa y un hombretón moreno aparece rodeado de cuatro niños.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Mari?

—¡Ayúdame, Miguel! Quítame a esta loca de encima.

El hombre se acerca a nosotras, consigo hacerme con la mano de Débora y le planto el anillo.

—Pide el deseo esta noche. Es nuestra única oportunidad, tendrás la vida que deseas, te lo prometo —le susurro en un último y desesperado momento.

Siento las manos del tipo sobre mi cintura y me separa de su mujer. A los pocos minutos, aparece un coche patrulla alertado por varios vecinos. Nos pide la documentación y, tras amenazarnos seriamente con multarnos por invadir una propiedad privada, nos obliga a alejarnos de allí en el coche de Carol. Por supuesto, nos sigue hasta mi calle.

Durante el trayecto de vuelta, no paro de llorar porque sé que el plan no ha funcionado. Nunca regresaré a casa.

Es tarde, pasan más de las doce y la cabeza de María Jesús Sánchez Cruz va a estallar. Los niños ya deberían estar en la cama, pero tras el encontronazo con la modelo chiflada están más revolucionados que nunca. Miguel se ha ido a trabajar porque tiene el turno de noches y ella no tiene fuerzas. Le pesa el alma. A veces se siente encerrada en su propia vida y se pregunta si no habrá algo más esperándola.

Mira a su alrededor y quiere llorar, montones de platos sin fregar. La cocina hecha un cuadro y los pequeños gritando como locos mientras se persiguen por toda la casa. Necesita una copa, la última del día, se dice.

Se sirve el vino y de pronto recuerda que no se ha quitado el extraño anillo de amatistas. Bela Ordóñez asegura que es mágico, que puede convertirla en una famosa actriz y modelo. Su frustrado sueño: la actuación. Siempre quiso dedicarse a ello, pero conoció a Miguel y eligió quedarse a su lado. Se decía que era la decisión correcta, que estaba bien, pero un demonio dentro de ella le susurraba que no, que ella deseaba más, que siempre lo anhelaría, que no estaba hecha para la vida familiar.

¿Bastaba un deseo? ¿Por qué no? Mira la lluvia de estrellas, roza el anillo y lo pide con fervor:

—Quiero ser la gran Débora Cruz. Famosa, deseada y admirada. Modelo y actriz. Deseo esa otra vida de la que hablaba la loca.

Capítulo 25

Adiós, Bela, adiós

Una mano me zarandea, noto la presión que ejercen los dedos sobre mi hombro, poco a poco la luz del día llega hasta mí, arrancándome del intenso sueño en el que me hallaba sumida. Parpadeo lentamente y voy abriendo los ojos mientras esa voz tan conocida penetra por mis oídos.

—Cariño, vamos. Bel, cielo, despierta. Nos hemos dormido. ¡Bel! —Me sacude de nuevo e intento abrir los ojos, acostumbrarme a esa claridad que me ciega. Lo veo, está aquí, sobre mí, con su rostro somnoliento también.

—A... ¿Adri? —Sonríe. ¿Estoy durmiendo? Muevo la cabeza, me pellizco.

—Pareces sorprendida, ¿es que soñabas con otro? Ese actor famoso que tanto te gusta. Laguirta.

—No puede ser... ¡Adrián! ¿Estoy despierta? ¿Eres tú de verdad? Dios mío... —Mi mano va directa a su mejilla y, cuando siento sobre mi palma su piel, rompo a llorar. Sollozos desgarradores me sacuden. ¡He vuelto! ¡¡¡He vuelto!!! El hechizo ha funcionado, al final Débora lo hizo, ¡lo pidió!

—¡Cariño! Eh, eh. Vamos, ¿qué pasa?

Me abrazo a él sin contestar. No puedo, el nudo es tan fuerte que me asfixia. Lo quiero tanto... Y está aquí, ¡aquí!

—Adri, mi amor. Creí... Te había perdido... Yo... No podía, dolía tanto... —Mis ojos transmiten con intensidad el infierno que he atravesado estos últimos meses y él traga saliva. Roza mis labios con los suyos en una dulce caricia.

—¿Perdido? Bel, necesitas algo más fuerte que un mal sueño para deshacerte de mí. Eres mi alma gemela, ¿recuerdas?

Lloro más y él me abraza, besándome el cabello.

—Solo era una pesadilla, mi amor. Venga, tranquilízate. Estoy bien, ¿no lo ves?

—Lo siento... —¿Cómo explicarle que un anillo mágico me dio otra vida? Que nos enamoramos de nuevo y lo perdí. Tengo tanto que contarle... Seguramente jamás lo crea, pero qué importa. He vuelto, soy la Belén de siempre y nunca he sido tan feliz. Quiero chillar de alegría, ¡qué coño! ¿Por qué no?

Me pongo en pie, echo la cabeza hacia atrás, estiro los brazos y grito tan fuerte que Adrián se tapa los oídos y lanza una carcajada. De pronto, oigo una protesta en forma de lágrimas de bebé.

—Oh, oh. Creo que has despertado a la fiera.

—¿Ángela? ¿Es... es ella?

—Belén, ¿estás bien? Cariño, ¿qué...?

Salto, esquivo a mi anonadado marido y corro hacia la cuna.

—¡Mi bebé! Mi preciosa niña, ¡cómo te he echado de menos, mi corazón! No sabes cuánto te quiere tu mami. Angi... —Rompo a llorar de nuevo. Cojo en mis brazos a mi hija, que se calma enseguida al sentirme. La huelo, la abrazo y me la como a besos, deseando retenerla siempre así,

junto a mí. El corazón me palpita tan deprisa que siento que se me va a quebrar en mil pedazos. Giro el rostro y observo a Adrián, cuya mirada me transmite una emoción intensa.

—Te amo, Bel. Si tuviese una cámara en las manos, capturaría este instante. Pareces radiante. Es lo más bonito que he visto nunca.

Me acerco y nos abraza a las dos.

—Y pensar que ayer querías ahogarme porque se me olvidó San Valentín... ¿Sabes? Si voy a obtener una reacción tan amorosa, creo que limpiaré más veces las rayas del suelo. —De repente, la sonrisa abandona su rostro y se pone serio—. Cariño, te juro que te compensaré. Hoy saldremos donde tú quieras, ¿vale?

—¿Fue ayer? ¡¡He vuelto, verdaderamente he regresado!!

—Y tendrás tu regalo —continuó, obcecado—. ¿Podrás perdonarme el descuido?

—No necesito nada, Adri, solo a vosotros dos.

—Aun así te compraré algo especial.

—Pero...

—¡No se hable más!

Río, feliz.

—Te quiero. Adrián, te quiero muchísimo, sé que últimamente las cosas han sido difíciles, pero yo...

—Shh. —Me besa—. Todo irá bien. Siempre conseguimos que así sea, ¿no?

—Voy a dejar mi empleo, hoy mismo. ¿Qué me dices?

—Que has aguantado demasiado, cariño. Y que voy a estropear este gran momento con mi confesión, pero tengo que decírtelo.

—¿Qué sucede?

—Sé que no me correspondía y que seguramente te enfades, pero...

—Venga, Adri. Te aseguro que no podrá ser tan malo como todo lo que he experimentado en mi pesadilla.

—Envié tu currículo a una oferta que vi. Era de lo tuyo y me pareció que debías aprovechar la oportunidad. Puedes rechazarlo si te llaman y también mosquearte por mi intromisión, pero no me arrepiento, Bel. Tú eres una gran profesional que solo necesita creérselo más y confiar en sí misma. Si te vieses con mis ojos...

—Gracias, cariño. —Lo beso—. ¿Sabes? Creo que tú también deberías tener un cambio.

—¿Y qué podría hacer?

—Montarte tu estudio. Ya es hora, Adrián, y algo me dice que te iría genial. —Abre los ojos con sorpresa y... ¿esperanza?

—Pero... Dijimos de ahorrar y en cuatro años...

—Cariño, la vida es demasiado corta. Pediremos un préstamo, lo que sea, pero quiero que luches por tu sueño.

—Es curioso.

—¿El qué?

—Justo ayer se presentó en la oficina un hombre, un tal Demetrio Regueiro que venía expresamente por mi trabajo. ¿Te acuerdas de los últimos trabajos que subí a mi web? Pues por casualidad se topó con ellos y me ha propuesto una sesión.

—¿¿Has dicho Regueiro??

—¿Lo conoces?

Negué con la cabeza mientras ocultaba una sonrisa. Vaya con el destino. Finalmente, Adrián

retrataría su preciado huerto.

—No, solo que me parece curioso su nombre.

—Es un tipo peculiar. Alto, rubio e imponente. El trabajo sería en Galicia, tendría que viajar y...

—¡Hazlo!! Adri, cógelo. Sé que es tu oportunidad.

—¿Estás segura? Tendría que ausentarme un mes, y Ángela...

—Estará bien, las dos lo estaremos. Quiero que vayas.

Sonríe y asiente. Nos abrazamos y siento que he vuelto a casa.

Han pasado dos horas desde que desperté. Estoy frente a Survivor en el que es mi último día, qué bien sabe, joder. Llego tarde, pero me da igual.

Entro. Octavia me espera en la puerta de su oficina junto a Herman. Su cara no presagia nada bueno, pero ya no la temo, a ninguno. Recuerdo cómo fue nuestro último encuentro cuando era Bela y hasta la compadezco; esa mujer necesita alzarse sobre los demás para sentirse bien, pero conmigo se acabó.

—Espero que tengas una buena excusa para el retraso, Belén, porque una falta como esta es inaceptable en este trabajo. ¡Ni siquiera has llamado! Creo que hemos sido lo suficientemente justos contigo como para que actúes de este modo. ¿Y bien? ¿Qué tienes que decir?

—Que me voy.

—¿Qué? No puedes... ¿Cómo que te marchas?

Le tiendo la carta de renuncia voluntaria que he redactado y ella la coge y la devora. Herman, que está a su lado, parece tan anonadado como ella. Lee sobre su hombro.

—¡Pero no puedes irte, Belén! ¿Qué vas a hacer? Sin paro, sin finiquito, porque de nosotros no vas a recibir nada más, que lo sepas. ¿Verdad, Herman? Después de lo que nos has hecho, dejarnos tirados así... —Él asiente como un corderito.

—Ese es mi problema, Octavia, no el tuyo.

—Vamos, Belén, recapacita. No puedes dejar tu puesto, eres una persona muy valiosa para este equipo. Mira, ¿es por el aumento? Podemos renegociar los términos, seguro que llegamos a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

—Te lo agradezco, Octavia, pero está decidido. Dejo el trabajo hoy mismo.

—¡Tienes que pensar un poquito con la cabeza! Es tu vida la que estás tirando por la borda.

—En eso te doy la razón. Es mi vida y lo estaba olvidando. Ningún dinero vale la felicidad. Hay muchos empleos, Octavia, y estoy segura de que otro me estará esperando muy pronto. Quiero agradeceros la oportunidad que me disteis y os deseo lo mejor, de verdad, pero mi tiempo con vosotros ha llegado a su fin.

Y como una reina y dejándolos con la boca abierta, me doy media vuelta, me despido de mis compañeros, que no se han perdido ni una palabra de la conversación, y salgo por la puerta. El querido Sugar días después me seguirá, y el resto de los trabajadores exigirán mejoras en su contrato que Octavia deberá aceptar para conservarlos.

Quizá, después de todo, solo se necesitaba un pequeño impulso para cambiar las cosas.

Estoy sentada. Esperando. Hace dos días que recibí una llamada proveniente de la oferta que

me comentó Adrián. Estaban muy interesados en mi perfil y querían entrevistarme. Y aquí me hallo. Cierro los ojos y rezo implorando una señal, algo que me indique que no he cometido una locura al dar un giro a mi vida.

La puerta se abre.

Me controlo para no darme la vuelta y observar al que puede ser mi próximo jefe. He estado leyendo que este negocio empezó como una pequeña tienda familiar que se fue expandiendo hasta convertirse en una gran cadena de supermercados. Quiero este trabajo. Seré la estilista jefe de sus productos.

—Disculpe la tardanza, señorita. Tenía una reunión y me he demorado. Mi hija me ha hablado de usted, está muy contenta con sus referencias y debo admitir que a mí también me ha impresionado su talento. Es justo lo que buscamos para nuestra cadena, queremos a alguien que sepa captar nuestros valores y la imagen que deseamos transmitir en Mía. —Joder. Esa voz... La conozco. Lentamente me giro y enmudezco.

—¿¿Sebastián???

—Perdone, ¿nos conocíamos?

Sonrío. Sí, imagino que esto se podría considerar una señal, y de las buenas. Respiro más tranquila. Todo irá bien.

Epílogo

Haciendo un Jumanji

Rosa llegó baldada a casa. Había sido un día duro repleto de grabaciones y clientes insatisfechos. Ella misma lo estaba, a veces se preguntaba cómo se habían tornado las cosas de esa manera y qué santos hacía, por qué soportaba los berrinches de la malcriada de su representada y no la mandaba al cuerno.

Pero sabía la respuesta: la necesitaba.

Era de la vieja escuela, con poca preparación en cuanto a estudios, pero con un máster en el boca a boca y los contactos. Hubo un tiempo en que era una de las representantes más solicitadas del país, grandes nombres del panorama español habían pasado por sus manos, pero ahora estaba fuera de onda. Primaban los jovencitos con miles de cursos, aplicaciones, webs y palabras raras, o las grandes agencias que se habían comido a los que eran como ella, a los de antes. Por Dios, ni siquiera tenía dominio de las malditas redes sociales. Ella era de teléfono, de cara a cara, de camelarse a clientes, de cenas o copas de celebración, de cartas, y si la apurabas, de *email*, pero poco más. Si perdía a Débora Cruz, su vida laboral se iría al traste.

Su economía y su prestigio profesional dependían de esa mujer, por eso tragaba su insufrible comportamiento y arreglaba sus desaguisados sin rechistar. Cuando entró en esto tenía sueños, sueños que se habían quedado por el camino. No es que detestase su vida, qué va. Sin embargo, había renunciado a tanto por su carrera profesional...

El otro día, por casualidad, se topó con una antigua amiga del instituto y simuló que la llamaban para no acercarse a saludar. Paseaba con una chica más joven, que sería su hija o nuera, y un bebé. A su lado, un hombre de su misma edad le sonreía con ternura. Se la veía tan feliz, tan satisfecha...

Rosa echó de menos esa vida, la que había dejado de lado en pro de su trabajo.

Suspiró rememorando la entrañable escena.

Fue directa al comedor y se sirvió un trago. Se acomodó en el sofá y recordó las facturas pendientes, alargó la mano y cogió el montón de papeles que tenía sobre la mesita del comedor. De pronto, algo salió disparado.

Se agachó a recogerlo y, asombrada, descubrió el anillo de amatistas de Débora Cruz. Ni siquiera entendía cómo había ido a parar allí. Se lo puso y jugueteó con él, imaginando que era una alianza y tenía una vida tan bonita como la de su antigua compañera.

—Ay, ojalá fuese tú —pidió con el anhelo de quien siente que ha renunciado a demasiado por una existencia tan vacía y solitaria.

Se acercó a la ventana y se quedó mirando el cielo, que gritaba con la misma fuerza que lo hacía su corazón. Una tormenta eléctrica azotaba la noche. Esos rayos eran tan peligrosos y hermosos como su deseo.

FIN.

Agradecimientos

Desde que esta novela comenzó a fraguarse hasta que ha visto la luz ha pasado por muchas manos talentosas a las que tengo que agradecer encarecidamente la ayuda prestada:

A Solenne Caveró y Lorena Pacheco. Gracias por esos segundos ojos, por aconsejarme y guiarme en cada línea. Pero, sobre todo, gracias porque a pesar de las prisas siempre estáis al pie del cañón. No me olvido de Patricia León, pues aun cuando sus circunstancias eran algo complicadas, cogió la primera parte y armada con el bolígrafo rojo fue dándole forma a mi lado.

A Gloria Pueyo, por sus maravillosas aportaciones capítulo a capítulo y porque me ha dado el empujoncito que necesitaba cuando el bloqueo me sacudió.

A mi madre, que me dijo: «Esta tiene muy buena pinta, ¡hazla!», y fue una de las primeras lectoras del borrador. Por supuesto, a mi familia y a mis amigas, por su apoyo incondicional en esta y en todas mis publicaciones.

A Ana Pérez, por darle rostro a mi Belén y a Roberto Fernández porque en cuanto le pedí la ilustración lo dejó todo para ponerse manos a la obra con ello. Gracias a ambos por tanto arte.

A mi Cam, porque este ha sido un año movido y ha comprobado en primera persona lo que me ha costado llegar hasta aquí. Gracias por recordarme cada día que he de pelear por lo que adoro aunque sean tiempos convulsos.

Y, por supuesto, a ti, lector y lectora, como siempre digo, eres responsable de este maravilloso sueño.

Ah, por cierto, me he tomado algunas licencias literarias por el bien de la novela, como ciertos lugares y personajes, y he hecho mía la historia de Tituba, la primera acusada en los juicios por brujería de Salem. Obviamente, no existió ningún anillo mágico, ni ninguna Anita Marhop.

Sobre la autora

Alexia Mars es mi seudónimo. Soy una libra que reside en Valencia, cerca de la costa, y es allí, bajo el susurro del mar, donde cobran vida mis historias.

Licenciada en periodismo y especializada en el marketing digital, aunque mi verdadera vocación son los libros, desde siempre. He pasado por muchas profesiones durante estos años, empecé siendo *Xena: la Princesa guerrera* a los tres; corresponsal de guerra, en la adolescencia; redactora y *Community Manager*, después, en la madurez. Y, ahora, por fin, me dedico a escribir.

Me encanta la poesía. Disfruto mucho a través de las rimas. De hecho, cuando era pequeña las hacía a encargo para jóvenes enamoradas.

Como curiosidad me gustaría contaros que he estudiado en Howgarts de la mano de su autora, he recorrido planetas durante estos años aprendiendo de «la Fuerza» y creo en universos paralelos gracias a Marvel. He viajado al Antiguo Egipto y he descubierto que a las momias es mejor dejarlas en paz, por mucho que tengas a un O'Connell a tu lado para salvarte. He visto caer al Imperio romano a los pies de un gladiador y ahora, desde hace unos meses, custodio mi Anillo Único, como si fuese un Bolsón. Ah, y ya me estoy preparando mentalmente para lo que se nos viene encima: adiestrar a un futuro Padawan. Como veis soy algo friki y es que estas son mis aficiones favoritas: viajar en el tiempo y espacio a través de los libros y del cine.

Confesaros que esta historia nace de una conversación con una amiga sobre *influencers*. Ella me dijo: «Algunas veces quisiera tener una vida así». Fue ahí cuando apareció Belén y su anillo mágico.

Puedes encontrarme en:

Instagram: @alexiamars1

Twitter: @AlexiaMars1

Facebook: Alexia Mars